Repensar el progresismo

En el 50 aniversario del Frente Amplio

Enrique Rubio

Ediciones de la Banda Oriental

Diseño de Portada: Micaela Lemos
Edición y Diseño: Adriana Barros

Primera edición digital: *Vadenuevo*, revista digital. ISSN 2301-153X

© de esta edición Ediciones de la Banda Oriental
ISBN 978-9974-1-1242-1

«Las multitudes siempre pesan en la vida política del país,
pero solamente cuando están organizadas deciden.»

Héctor Rodríguez

Índice

Introducción 9
El nuevo diseño geopolítico mundial 17
El ascenso de China y la debacle de las prospectivas 17
¿Cuán profunda es la crisis del poderío de EEUU? 24
Rusia o el retorno del águila bicéfala coronada 29
Incertidumbres varias en otros espacios 31
¿Un giro neokeynesiano? 33
Uruguay en el mundo internacional 41
Primarización y balcanización son hermanas 41
La georreferencia de Uruguay 47
Viabilidad de Uruguay, ¿sí o no? 51
Geoeconomía y nuevas exigencias 59
Un escenario internacional más exigente 59
¿Qué efectos tiene para países como los nuestros esta reestructuración de las cadenas? 61
A contracorriente 64
Maduración de las cadenas 66
La curva sonrisa 69
Diversificar la matriz productiva 75
Una propuesta ignorada: el núcleo innovador y la nueva base productiva 75
¿Es la bioeconomía un camino? 79

Educación, Investigación, Tecnología, Innovación y Sociedad (EITIS) 82
Ambiente y pandemia: somos vulnerables 91
Ecología y horizonte verde 91
Pandemia y deriva 93
Un escenario mundial riesgoso 95
Huella ecológica, contaminación y biodiversidad 97
Una transición energética variable 101
La agenda ambiental pendiente 107
¿Qué hemos hecho en Uruguay? 107
¿Cuál es la agenda nacional pendiente? 112
¿Hacia los estallidos de protesta? 117
El incremento de las desigualdades 117
Las derechas y los perdedores de la globalización 123
Pandemias: un mundo sin asilo ni refugio 126
El cambio tecnologico y el mundo del trabajo 132
Control y cambio cultural 135
De Gramsci a Guha 135
De Deleuze a Han 139
Zuboff: *La era del capitalismo de la vigilancia* 148
Por sociedades de inclusión 153
Piketty: el Estado federal, social y fiscal 153
¿Sociedad justa? 155
¿Poscapitalismo? 157
Repensar el progresismo 169
¿Lo nuevo es nuevo y de una sola dirección? 170

Los movimientos sociales 176
Autocrítica y nuevo impulso 185
Bibliografía 197
Notas 205

Introducción

Los signos de estos tiempos parecen ominosos, desventurados. Todo indicaría que ingresamos en una época de vulnerabilidad múltiple y global. Ya no consisten en el terror nuclear del exterminio recíproco de la Guerra Fría. Es decir, del período que siguió a la segunda guerra mundial o de la crisis económica traumática de 1929. Ahora se expresan en una acumulación tal, de viejas y nuevas cuestiones, que agobian. En las catástrofes climáticas, como los tsunamis, que irrumpen sin aviso y arrasan las costas densamente pobladas. En las pandemias, que destruyen, y frente a las cuales se manifiesta la cruel asimetría de ricos y pobres (el acceso a las vacunas lo ha puesto de manifiesto en forma irritante) y en otras desigualdades igualmente lacerantes. En las identidades vulneradas, las migraciones por oleadas caóticas, los derechos humanos violados, el autoritarismo de la represión colectiva o del control invasivo e inteligente de las personas mediante

distintas plataformas tecnológicas. En el jaqueo, que desestabiliza el sistema nervioso de la vida colectiva, los enfrentamientos militares locales e interminables, el terrorismo y el crimen organizado y, fundamentalmente, la dificultad (¿o imposibilidad?) para contraponer a los problemas globales/respuestas globales.

Las resistencias de las corporaciones hegemónicas y del nacionalismo de cortas miras parecen tener un poder superior a la capacidad para desarrollar una gobernanza planetaria de racionalidad, sobrevivencia y justicia anclada en la coexistencia (conflicto y cooperación) de la nueva bipolaridad de Estados Unidos y China.

¿Estamos condenados a correr hacia el abismo? No lo creemos. Primará el instinto de sobrevivencia, *pulsión de vida* sobre *pulsión de muerte*, para expresarlo de acuerdo con la elaboración teórica de un gran clásico.

¿Qué podemos hacer los pequeños países con escasa incidencia internacional, pero con voluntad de resistencia a duras pruebas? Ya la pandemia de COVID-19 ha desafiado nuestro sistema científico y de salud y esperamos salir muy castigados, pero airosos en esos planos. Las consecuencias serán largas, profundas y

quemantes, pero saldremos. Sin embargo, no seremos los mismos. No solamente por los muertos, la nueva pobreza que se agrega a la anterior o la rápida y dramática acentuación de la brecha educativa, sino porque algo en el aire que respira la sociedad, algo aún muy difícil de asir, habrá cambiado.

Si esto es así, ¿se justifica reflexionar cuando la tormenta no ha terminado? Estimamos que sí, al menos acerca de lo no alterado. Luego la ansiedad de la salida y la vorágine de los nuevos tiempos quizá nos impidan hacerlo.

En ese contexto, este ensayo de comprensión tiene propósitos políticos y no académicos, al igual que todos los realizados con anterioridad. Por ello, siempre hemos elaborado y también reiterado conceptos y textos que nos parecían importantes para la izquierda, incorporando nuevos datos e investigaciones producidos en el camino.

Siempre pensamos que una izquierda que no se actualiza a partir del contraste con la realidad y del contraste con la investigación corre serios riesgos de esterilizarse. Lo primero, el vínculo con los ciudadanos, permite identificar la evolución del pensamiento y de los

sentimientos colectivos en su vasta diversidad social y territorial. Lo segundo, la articulación con la academia, porque investiga el mundo que nos toca vivir al tiempo que recorre su pasado y prospecta su futuro.

¿El mundo persiste sustancialmente igual después del fulgurante ascenso de China, de la extensión de cambios técnicos y sociales que pueden trastocar los fundamentos del capitalismo, de la introducción del control personalizado de todos los seres humanos con el manejo de los *big data* o luego de la profunda conmoción provocada por la pandemia del COVID-19? Los ejemplos podrían multiplicarse.

El Frente Amplio, nuestra fuerza política, acaba de cumplir sus cincuenta años de existencia en febrero. En su ya largo periplo ha sorteado con éxito las pruebas más difíciles: la de autoproclamarse en 1971 a partir de la amplia diversidad, la de soportar estoicamente la más dura persecución bajo la dictadura cívico-militar, la cual usurpó el poder entre mediados de 1973 y comienzos de 1985; la de realizar una acumulación política y social exitosa que le permitió crecer, cuidando celosamente su unidad en la diversidad, hasta alcanzar el gobierno

departamental de Montevideo en 1990 y después el gobierno nacional en 2005 y otros gobiernos departamentales desde esa fecha en adelante.

No obstante, en 2019 el Frente Amplio fue derrotado en las elecciones nacionales, y en 2020 perdió varios gobiernos departamentales. El proceso de autocrítica en el que se encuentra deberá identificar las causas de su derrota tras quince años de notables avances económicos, sociales y culturales.

A partir de la ardua tarea de esa identificación de los orígenes de su derrota, el Frente Amplio deberá otear el horizonte y elaborar un nuevo programa de cara al futuro. Este trabajo de innovación no será nada sencillo. No se debe ofrecer a la ciudadanía más de lo mismo, porque, así como tuvimos grandes aciertos también incurrimos en errores importantes. Por otra parte, los datos de la realidad internacional revelan cambios importantes, y otros se producirán mientras dure el mandato conservador en el país.

En dicho contexto, este ensayo se enfoca en una agenda de Uruguay en el mundo, pero con una mirada específica puesta en el problema de la inclusión.

Tenemos el propósito de enfatizar la inserción de nuestro Uruguay, un pequeño país del Sur Global, en la agenda mundial. No creemos posible un desarrollo nacional en condiciones de insularidad, y tampoco consideramos convenientes algunas de las apuestas del pasado reciente y mucho menos las principales del gobierno actual.

De cara al futuro estamos convencidos de que existen alternativas viables e importantes para el desarrollo social y nacional y de que resulta imprescindible transitarlas en profundidad. Ventanas de oportunidad en tiempos escasos. ¿Será posible? Estimamos que sí.

No obstante, no seremos exitosos como país si no realizamos el esfuerzo para identificar los cambios y nuevos datos que definen los escenarios internacionales, regionales y nacionales en todos los órdenes. El mundo y la región han cambiado en distintos aspectos, y la pandemia ha trastocado profundamente las rutinas colectivas. Las fracturas expuestas del neoliberalismo son inocultables, y difícilmente pueda cooptar la crisis y elaborar un relato que permita que otros la paguen mientras prosigue con su reinado.

Reiteramos lo que muchos han sostenido en las décadas recientes: los problemas globales solo se pueden enfrentar con políticas globales. Pero no se alcanzan respuestas globales si no se avanza en respuestas locales.

Este trabajo procura aportar a esas políticas locales desde el lugar en el mundo que nos ha tocado, y se limita a algunos señalamientos que nos parecen importantes.

Por una parte, la geopolítica de la bipolaridad Estados Unidos-China persistirá durante un tiempo histórico prolongado, y no es buena cosa que el Mercosur se extinga ni que juegue como un peón de alguno de los grandes actores.

Por otra parte, vale proseguir con la estrategia de inserción en las cadenas regionales y mundiales de valor agregado, pero ello resulta más complicado y exigente que en el pasado y no es viable sin una profunda diversificación de nuestra matriz productiva. A su vez, esta diversificación no tiene la menor chance para Uruguay sin una apuesta vigorosa a la educación, la ciencia, la tecnología y la innovación social. Es ahí donde radica la clave de nuestro desarrollo nacional y la única variable independiente y verdaderamente resiliente.

Tenemos aún una agenda pendiente en materia ambiental, y no debemos eludirla en un mundo tan incierto como azaroso.

Además, las tensiones sociales muy probablemente se acentuarán en el futuro del mundo y de la región, pero ello no implica la continuidad o el retorno del progresismo. Si este aspira a alcanzar o mantener su legitimidad deberá contribuir a impregnar la vida colectiva con un nuevo universo de sensibilidades y valores. Para ello, a nuestro juicio, necesitará realizar una autocrítica profunda, propiciar una apertura radical a la sociedad, comprender las nuevas formas de control social desarrolladas por los poderes dominantes e identificar las características de la subjetividad de las personas desarrolladas como consecuencia del impacto social, cultural y psicológico de la pandemia del coronavirus.

Solo nos resta agradecer la generosa ayuda de Adriana Barros, Bárbara Rodríguez, Micaela Lemos y Salvador Schelotto.

Enrique Rubio
Montevideo, 30 de julio de 2021

El nuevo diseño geopolítico mundial

Los cambios recientes en la geografía política mundial impactan directamente en nuestros márgenes de maniobra propios y regionales. Es necesario dar cuenta de alguno de ellos, ya que las posibilidades de nuestro país en materia de desarrollo van a depender en una medida muy importante de la evolución del contexto regional y mundial. En relación con este último, daremos cuenta de algunas transformaciones, a nuestro juicio centrales, que hacen a la geopolítica.

El ascenso de China y la debacle de las prospectivas

En geopolítica han sufrido tremendos dolores de cabeza políticos, politólogos y prospectivistas de toda clase.

En solamente tres o cuatro décadas naufragaron, sucesiva o simultáneamente, el anunciado *fin de las ideologías* caro a Francis Fukuyama, la pronosticada debacle del Estado nacional en el marco de la globalización neoliberal, el mundo unipolar con el

reinado incuestionado de EEUU, la eterna postergación del Sur Global con el empuje de China, el sudeste y sur asiático; se pasó de una tímida multipolaridad asimétrica (que suponía otro poder para la Unión Europea, Rusia o Brasil) a la actual bipolaridad; a la vez, el liberalismo político exhibió fuertes traspiés y los organismos internacionales (OMC y resto) ocuparon un lugar muy secundario en este mapa.

Como es muy obvio, gran parte de los cambios geopolíticos tienen que ver con el ascenso de China. El decimonoveno Congreso que el Partido Comunista de China (PCCh) celebró en Beijing del 18 al 24 de octubre de 2017 tuvo su final con la presentación del nuevo Comité Permanente del Buró Político, el máximo órgano de dirección del partido y del país. En su discurso de apertura, Xi Jinping, quien inició su mandato en 2012, apuntó al desarrollo, la innovación, la ecología, la gobernanza y la fortaleza ideológica (el centenario del partido es en 2021 y de la República Popular en 2049).

El redespliegue de China abarca todos los planos: infraestructuras, bancos, moneda, ciencia y tecnología,

acuerdos de integración regional y acuerdos bilaterales de inversión de gran importancia.

Como es sabido, el proyecto mayor en materia de infraestructuras a escala internacional gira en torno a la Franja y la Ruta de la Seda (vinculadas con el Banco Asiático de Inversiones en Infraestructura (BAII). La Nueva Ruta de la Seda constituye un auténtico megaproyecto visualizado a varias décadas para construir carreteras, ferrocarriles, puertos, oleoductos y gasoductos y otras infraestructuras que conecten China a Asia Central y del Sureste, Europa y África por tierra y por mar. Involucra a varias decenas de países. Xi Jinping lanzó la iniciativa en setiembre de 2013, con lo cual, con independencia del impacto regional y mundial del proyecto estrella, encontró una salida a la sobreproducción de acero, cemento y otros elementos de construcción e industria de China, y posibilitó el desarrollo articulado al proyecto de sus 15 regiones del interior.[1]

El ascenso del yuan constituye un aspecto clave de esta estrategia mundial de poder. El FMI decidió (en noviembre de 2015) incluir el yuan en la canasta de

monedas que componen sus derechos especiales de giro (DEG) junto al dólar, el euro, la libra esterlina y el yen.

Desde hace tiempo China viene desarrollando una política de acceso a su mercado interno a cambio de derechos de propiedad intelectual, sin duda porque tiene aún mucha desventaja por cubrir. De acuerdo con distintas estimaciones, hace una década China tenía un déficit en materia de *royalties* y licencias por pago de patentes de 17 000 millones de dólares y EEUU un superávit de 82 000 millones de dólares. Por el retraso en materia de innovación China es consciente de que debe crear poderosos lazos con contrapartes extranjeras, negociando el acceso a su mercado interno a cambio de la llave de derechos de propiedad intelectual, fundamentalmente allí donde una emergente clase media ofrece rápidas oportunidades de crecimiento. Eso sí, la China de Xi Jinping dispuso condiciones exigentes. Desde 2014 ello se tradujo en reglas específicas para operar con empresas extranjeras y organizaciones no gubernamentales (Kerry Brown, 2017).

De acuerdo con Scott Kennedy (2017) los esfuerzos en innovación han sido muy poderosos. Pero claro, los

resultados como promedio de toda la sociedad todavía están lejos de las sociedades de alto desarrollo. Las inversiones en I+D se han más que duplicado desde el año 2000. Pero el éxito comercial de China aún no se debe, de acuerdo con este autor, a las inversiones en innovación.

¿Qué propone la estrategia china? En un interesante texto, Katherine Morton (2016) sostiene que China impulsa tres orientaciones o líneas en política internacional. En primer lugar, aspira a colocarse en el centro del axis este-oeste, tanto en el dominio continental como en el marítimo, al tiempo que protege su periferia con la Franja y la Ruta. En segundo lugar, China procura el liderazgo en la gobernanza global. Su presencia y compromiso en todos los asuntos se incrementan constantemente, las Naciones Unidas persisten como su punto focal, pero al mismo tiempo se involucra en foros regionales y en instituciones informales como el G20, y muestra su determinación con sus iniciativas financieras y con otros proyectos en la disputa por el centro de las reformas de la gobernanza económica global. Por último, según la autora, la tercera tendencia consiste en el acento puesto en el *civilisational*

revival como contrapeso de los conflictos ideológicos. Sus élites políticas e intelectuales abogan por la coexistencia pacífica entre las civilizaciones, fundada en una comprensión del pluralismo de la cultura global. La promoción del *gong sheng*, el concepto chino de «simbiosis» busca colocar la relación cultural entre el Este y el Oeste en el centro de las relaciones globales.

Está claro para los analistas que Xi Jinping no es un primero entre pares, sino simplemente el primero, con una muy importante acumulación de poder como secretario general del partido (en 2012), presidente de China, con máximos poderes en seguridad (incluido internet), reformas, tecnología, política internacional, etcétera.

En China la igualdad no sería un ideal colectivo. La estructura de las clases sociales chinas está determinada en gran medida por «las desigualdades de riqueza, estatus y poder, la base social y la transferencia intergeneracional de privilegio. En el corazón estos procesos se encuentran las familias, que reproducen la clase social de manera mucho más predecible que la supuesta en otras sociedades» (Frenkiel, 2016, p. 151).

Resulta muy esclarecedor un artículo de Graham Allison (2017) en *Foreign Affairs* acerca del contraste entre la cultura china y la occidental: la noción de una civilización universal es una idea occidental que choca directamente con el particularismo de la mayoría de las civilizaciones asiáticas. Según el autor, en el caso de los EEUU y China la trampa de Tucídides (cuando una hegemonía es desafiada y se ingresa en una situación de riesgo creciente de guerra desatada por cuestiones marginales) incorpora la incompatibilidad entre sus civilizaciones, lo que exacerba la competencia y hace más difícil el acercamiento.

No es posible ignorar que las concepciones del Estado (mal necesario para los estadounidenses y buena cosa para los chinos) y del mercado (mucho más regulado en China) son totalmente diferentes en ambos centros de decisión a escala planetaria.

La cultura china, de acuerdo con Allison, no celebra el individualismo estadounidense. El término chino para el individualismo —*gerenzhuyi*— sugiere una preocupación por sí mismo por encima de la propia comunidad. El equivalente chino para el estadounidense «give me liberty

or give me death» podría ser «give me a harmonious community or give me death». Para el chino el orden es el valor supremo y la armonía resulta de una jerarquía en la cual sus integrantes obedecen la máxima de Confucio: «Know thy place».

Para el autor, los dos grandes jugadores tienen un complejo de superioridad extremo, pero en cierta medida el excepcionalismo chino es aún más radical que el estadounidense. Para los estadounidenses la democracia es la única forma de gobierno justa, pero en China el gobierno gana o pierde su legitimidad política de acuerdo con su *performance*.

En suma, los estadounidenses se conciben como una nación misionera y los chinos más como una civilización omnicomprensiva. Todo ello sin considerar la diferente idea del tiempo en cada uno de estos ámbitos: unos muy centrados en el presente y otros con una mirada de larga duración, medible en términos de décadas o aun de siglos.

¿Cuán profunda es la crisis del poderío de EEUU?

Todas las tendencias que se pueden visualizar indican un progresivo relevo del predominio de China en perjuicio

de EEUU. Pero, si bien eso es cierto, sería equivocado subestimar el poderío estadounidense.

Así lo manifiesta, por ejemplo, Joseph S. Nye, profesor de la Universidad de Harvard, quien en algún período estuvo vinculado al gobierno. En palabras de Nye (2017), Estados Unidos cuenta con una demografía favorable, con energía cada vez a menor costo, las universidades y las empresas de tecnología más importantes, el mayor poder militar y el mayor poder blando (o capacidad de seducción). Por otra parte, para el autor la complejidad es cada vez mayor, y la política mundial pronto no será el dominio exclusivo de los gobiernos, dado que los individuos, las corporaciones, las organizaciones no gubernamentales, los terroristas, los movimientos sociales, las redes informales, etc., disputan el monopolio del poder de las burocracias tradicionales. Hay que pensar en el poder para resolver los problemas con los demás.

El poder cultural o, dicho de otra forma, la capacidad de seducción, es un punto fuerte de Estados Unidos. Joseph S. Nye, elaboró el concepto de *soft power* en 1990 para referirse a esta capacidad de seducción, con base en

las normas y valores de occidente, como clave para mantener la hegemonía estadounidense. En su famoso trabajo de 2004 describe, según Wilson (2015), al *soft power* no solamente como el arte de la seducción, sino también como la habilidad para la cooptación de los otros a través de la cultura, de los valores políticos y de la política internacional, llevados adelante por el Estado y también por las iniciativas del sector privado, los ciudadanos y grupos de la sociedad civil.

¿Cuál es el *soft power* que importa? No es principalmente Hollywood el que formatea culturalmente, sino los gigantes tecnológicos: Google, Apple, Facebook y Amazon, a la que se suele agregar Microsoft (Fachin, 2017).

Con algunos puntos de contacto con el pensamiento de Nye, el propio Zbigniew Brzezinski pensó que llegó la hora del realismo. Uno de los principales ideólogos de la supremacía estadounidense pide amigarse con China (y Rusia, si esta se consolida). En efecto, en *The American Interest,* Brzezinski en un artículo de 2016 titulado *Toward a Global Realignment*[2] así lo manifiesta. Recordemos que en su momento Brzezinski elaboró y

justificó la expansión imperial de EEUU en su libro *El gran tablero mundial. La supremacía americana y sus imperativos geoestratégicos* (1997). Para él, la era de las hegemonías se cerraría con EEUU. Pues bien, ya en 2016 sostuvo que nunca ha habido una potencia global verdaderamente *dominante* hasta la aparición de Estados Unidos en la escena mundial. Esa era ahora está terminando.

Estos giros estratégicos aconsejados no son, por cierto, incompatibles con la continuidad de la disputa entre los colosos en todos los terrenos.

Para Michael Roberts (2019), la base de la actual guerra comercial se encuentra en la disputa tecnológica. Hay una nueva Guerra Fría, puesto que el sector de altas tecnologías es el último bastión de la superioridad productiva de América. Y todo depende de las FAANGs (Facebook, Apple, Alphabet, Netflix y Google) más Microsoft.

En las últimas décadas se volvió casi un lugar común apelar al concepto de crisis del Estado nacional en el marco de la globalización. El peso creciente de los actores globales y de redes de toda naturaleza hacía

pensar que el concepto de soberanía sostenido desde Westfalia, con los estados nacionales como centro, había perdido total vigencia. Se convirtió en habitual señalar su pérdida de gravitación y la inadecuación de ellos en un mundo globalizado (Haass, 2017).

Sin embargo, dos tipos de factores han convergido para modificar esta situación. Por un lado, la reacción de los perdedores de la globalización a la que hemos aludido, condujo, entre otras consecuencias, a una exaltación del nacionalismo de derechas. Por otro lado, la orfandad en la que quedaron la mayor parte de las sociedades por la liquidación o el debilitamiento del Estado de bienestar llevó al choque con las demandas de las poblaciones. Adicionalmente, otros factores coadyuvantes, como el envejecimiento de las sociedades, los eventos ambientales críticos o las pandemias (como la actual) o la eclosión identitaria, desataron la búsqueda de asilo y refugio en el Estado nación.

Aunque, está claro que este retorno amortiguado al Estado nación no tiene significados similares en las diferentes áreas geográficas y culturales. No es lo mismo la deriva en Rusia o en el mundo islámico, por ejemplo.

Rusia o el retorno del águila bicéfala coronada

El retorno del nacionalismo ruso es muy fuerte. Rusia pasó en pocos años de la humillación, los desprendimientos territoriales, el caos institucional y el fulgurante ascenso de los nuevos empresarios a la era Putin. Recordemos que Mijail Jodorkovski, dueño de la petrolera Yukos, fue condenado a nueve años de prisión en mayo de 2005. Su encarcelamiento tuvo, de acuerdo con Brzezinski (2008), de forma similar a la campaña antichechena, importantes consecuencias de largo plazo. La fusión de política y riqueza enfiló a Rusia hacia una especie de capitalismo de Estado. El control sobre el poder político del Estado y sus activos, así como una fuerte incidencia en la opinión pública, han hecho posible que Putin tome decisiones que, al acumularse, conducirían a Rusia en tres direcciones básicas. Políticamente, hacia un autoritarismo de Estado cada vez más represivo (aunque con ciertos márgenes para el disentimiento individual o en el mundo de lo privado); económicamente, a favor de un estatismo corporativo centralizado, e internacionalmente, hacia una postura más explícitamente revisionista (Bzerzinski, 2008).

En realidad, la de Rusia es una economía parcialmente primarizada: las tres cuartas partes de sus exportaciones son *commodities*, y un porcentaje superior son importaciones de productos manufacturados. Por eso, Brzezinski estima que la gestión de Putin es exitosa en el corto plazo y definitivamente mala en el largo plazo, porque no la enfila a una sociedad avanzada. El futuro dirá si esta proyección se verifica. La muy fuerte inquina de Brzezinski hacia Rusia nos hace por lo menos sospechar sobre el acierto de este pronóstico.

La expresión simbólica más clara del resurgimiento del nacionalismo ruso es el extraño pájaro que reemplazó a la hoz y al martillo en el escudo ruso: el águila bicéfala coronada.[3]

Ese nacionalismo procura establecer una línea de continuidad con la Rusia de los zares, no solamente en las expresiones simbólicas del poder, sino en la propia continuidad de Putin, extendida ahora por la reforma que acaba de aprobarse a principios de abril de 2021 por la cual puede ser reelecto hasta 2036. Recordemos que su ciclo comenzó en el año 2000 (todo ello sin considerar el retorno a los patrones más tradicionales, como la

prohibición del matrimonio entre las personas del mismo sexo).

Las relaciones Estados Unidos-Rusia han sido muy cambiantes. De acuerdo con Luque (2016), evolucionaron desde la sumisión de los años noventa a la cooperación y el conflicto hasta 2009, y al conflicto declarado desde 2009 a 2016. Tendríamos que agregar los confusos vínculos entre ambas potencias en la era Trump.

Incertidumbres varias en otros espacios

Así como algunos centros geopolíticos han adquirido gran empuje (sudeste asiático) o reconstituido una parte de su peso relativo histórico (Rusia), otros han tenido un quinquenio aislacionista primario (EEUU), del que ahora es posible salgan con la mayoría demócrata, o han ingresado en un ciclo de crisis de larga duración (Europa, antes y después del Brexit de junio del 2016); otros han perdido el empuje que iniciaban (América Latina con la crisis del progresismo), o persistido en su crisis secular (mundo islámico) o solo revinculado con las estrellas ascendentes como proveedores de *commodities* (como África).

En relación con la crisis perpetua del mundo islámico vale la pena tener en cuenta la reflexión de William Pfaff (2015), quien sostuvo con agudeza que desde la caída del Imperio otomano tras la primera guerra mundial la civilización islámica árabe atraviesa una profunda crisis que solo habrá de resolverse desde dentro. Esta crisis es de carácter tanto político como religioso, y podría compararse a la vivida en Europa durante la guerra de los Treinta Años, que terminó en 1648 con la Paz de Westfalia —la que supuso— la aparición de un nuevo sistema de Estados soberanos nacionales y, en el ámbito religioso, allanó el camino para la aceptación del principio *cuius regio*, *eius religio*, fijado por la Dieta de Augsburgo en 1555 (p. 1).

Lo cierto es que no se visualiza una salida con estas características en tiempos históricos breves. En realidad, Occidente dio recientemente varios pasos más, logró vencer a los fundamentalismos y abrió el camino a la secularización de la sociedad y a la laicización del Estado (Blancarte, 2016).

En relación con África, deberíamos mencionar que en 2021 comenzó a funcionar la Zona de Libre Comercio

Continental Africana, que abarca a casi todo el continente y tiene un largo camino por recorrer.

¿Un giro neokeynesiano?

Las sorpresas no cesan, y el revés electoral de Trump en EEUU, que determinó el ascenso de Joe Biden, abrió nuevas perspectivas.

El reciente discurso de Joe Biden ante el Congreso de los Estados Unidos en el día 101, pronunciado el 28 de abril de 2021 con una duración de una hora y ante unos doscientos asistentes, constituye una auténtica pieza conceptual en términos de reformulación de rumbos para esa nación y construcción de agenda, que debemos tener muy en cuenta para la evolución tanto de su política interna como de su proyección geopolítica en los próximos años.

Algunos temas muy importantes fueron reflotados, reformulados o incorporados en forma original en el discurso de Biden.

En primer lugar, el énfasis desde el pique en el protagonismo de la mujer (destaca el papel de la

vicepresidenta del país, Kamala Harris, y la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi).

En segundo lugar, el centro puesto en la situación generada por la pandemia: doscientas veinte millones de dosis en cien días a mayores de 16 años y millones de cheques de apoyo de 1400 dólares ya distribuidos.

Además, el plan de rescate neokeynesiano, el cual incluye: el anuncio de grandes inversiones públicas en infraestructura y en particular en el transporte, las telecomunicaciones (internet rural de alta velocidad), la electrificación, la sustitución de millones de cañerías de plomo en la distribución de agua, la masiva creación de empleo en los próximos ocho años (lo que se iniciaría con una previsión de crecimiento del 6% del PBI en 2021), de las cuales tres cuartas partes serían para personas sin formación terciaria, y, por último, el nexo entre la creación de empleos y el cambio climático, lo que incluye la voluntad de crear medio millón de estaciones de recarga eléctrica y la producción masiva de transporte eléctrico. El sistema de compras públicas y privadas *Made in America* colaboraría con estos objetivos. En esa misma línea se plantea el relanzamiento de grandes

inversiones en I+D; en el pasado se invertía un 2% del PBI en I+D, después 1% y ahora se propone un salto con centro en la DARPA (la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa, base de los grandes avances tecnológicos anteriores) para usos no exclusivamente militares, y en la creación de un equivalente en Salud. Como bien se sabe, el financiamiento público siempre ha estado en la base de los avances disruptivos científico-tecnológicos. Como lo demostró brillantemente Mariana Mazzucato,[4] la mayoría de las innovaciones revolucionarias, desde el ferrocarril hasta internet, se fundan inicialmente en inversiones del Estado, lo que también se aplica, por ejemplo, al iPhone, de Steve Jobs.

En cuarto lugar, el anclaje en la clase media como el gran protagonista social y político: ella habría creado al país y los sindicatos a la clase media (de lo que se desprende el proyecto relativo al derecho a crear sindicatos).

En quinto término, la fuerte expansión de los planes sociales, particularmente de la inclusión en el Obamacare y en el Medicare y la fijación del salario

mínimo en 15 dólares la hora con el objetivo de evitar que quien trabaja 40 horas semanales caiga por debajo de la línea de pobreza; el pago igualitario para hombres y mujeres, la ejecución de un plan de familias con base en cuatro puntos: extensión del ciclo educativo (con énfasis en la educación inicial a los 4 y 5 años), el cuidado infantil de calidad hasta 5 años, las 12 semanas de permiso familiar remunerado y el crédito por hijo de varios miles de dólares. Con este conjunto de medidas se espera lograr la reducción de la pobreza infantil a la mitad.

En materia de recursos, se parte de la base de que la teoría del derrame nunca funcionó. En impuestos se fijaría una línea de corte en ingresos de unos 400 000 dólares anuales, no incrementando la presión tributaria por debajo de esa cifra y sí haciéndolo significativamente más arriba, focalizándolo en el 1% de mayores ingresos, en un país en el que se ha ensanchado notablemente la brecha entre los muy ricos y la mayoría de la población (los ingresos de los CEO, por ejemplo, multiplican los de los trabajadores comunes en 320 veces). Se procuraría anular, por otra parte, la evasión total que realizan las

corporaciones, cuando además resultan evidentes los beneficios que obtienen por las inversiones públicas.

Es notorio el avance de la competencia externa y muy extendida la sensación de que Estados Unidos está perdiendo la carrera. De ahí la tentativa de recuperar el protagonismo, los diálogos realizados con los principales mandatarios, las referencias a las largas reuniones con Xi Jinping, el enfoque de los problemas globales con respuestas globales, el destaque de la contraposición de la autocracia con la democracia y la apelación al poder del ejemplo y no a la exhibición de poder. En relación con los anuncios en materia militar se plantea la competencia sin conflicto con China, pero manteniendo la presencia militar en el Pacífico. En relación con Rusia se afirma que no se escalará, pero se responderá proporcionadamente. Y, además, se realizará rápidamente la retirada de Afganistán.

En relación con el ambiente se plantea la vuelta a los acuerdos de París, sobre la base de que hay importantes decisiones que pueden acordarse para salvar el planeta.

Por último, en materia migratoria se regularizará a 11 millones de indocumentados y se procederá a la reforma migratoria.

En suma, de la mano de Biden, EEUU aparentemente está dando un fuerte giro hacia una nueva política que combina neokeynesianismo, agenda de derechos, bipolaridad, agenda global y hegemonía del *soft power* del que hablaba Joseph S. Nye. El futuro indicará si esta orientación tiene capacidad para actuar y vencer a los grandes conglomerados de poder o si solo se trata de un nuevo compromiso que no cambia sustancialmente las realidades dominantes.

La pulseada con las grandes corporaciones se está poniendo a prueba, por ejemplo, con la iniciativa de un impuesto a la renta mundial del que ellas no puedan escapar. Dicha iniciativa fue lanzada en abril de 2021 por la nueva administración para acordarla en la OCDE con base en un 21% como piso mundial, ya antes de terminar mayo la propuesta estadounidense bajó al 15%. Es una iniciativa importante, fundamentalmente en relación con los paraísos fiscales y con los países embarcados en reducciones tributarias drásticas para obtener la radicación de empresas extranjeras. Veremos cuál es su suerte.

Los ministros de Finanzas del G7 (EEUU, Canadá, Japón, Alemania, Francia, Italia y Reino Unido) acaban de aprobarlo en Londres a principios de junio de 2021. Después vendría el G20 y la OCDE. ¿Se iría hacia el fin de la globalización neoliberal con gobernanza corporativa? Es posible. La crisis que se inició entre el 2007 y 2008 y la pandemia que comenzó en 2019, y en la que seguiremos por un tiempo incierto, han hecho su obra.

Uruguay en el mundo internacional

El entorno geopolítico ha cambiado significativamente, y como veremos, también el ecológico, tecnológico, social, cultural y el entorno económico mundial. Como nuestro pequeño país siempre ha estado fuertemente sobredeterminado por dichos entornos resulta muy importante tener en cuenta algunos datos históricos y perspectivas hacia adelante. Deberemos ingeniarnos para navegar en estas nuevas y agitadas aguas.

Primarización y balcanización son hermanas

En un documento que elaboramos para un proyecto de Fesur en 2017-2018 (que luego no pudo culminar), al cual denominamos *Replantear el Proyecto País*,[5] sosteníamos que era necesario revisar la mirada geopolítica de Uruguay en la región y el mundo.

Durante el último medio siglo largo, las corrientes y referentes intelectuales principales de la izquierda uruguaya adhirieron crecientemente, en términos de Juan José Arteaga, al imaginario latinoamericanista.[6] Los

orígenes de esta postura se pueden rastrear mucho más lejos. Dicho imaginario se contrapuso fuertemente al panamericanismo que EEUU hegemonizó durante la segunda posguerra y que insertó en la macro geopolítica de la bipolaridad con la URSS.

En nuestra región esa postura latinoamericanista encontró una concreción inicial y regional en la reelaboración y ampliación del federalismo de raíz artiguista. Dicha postura se expresó primariamente en el Mercosur en 1991, al que la izquierda apoyó críticamente en sus inicios y al que después adhirió con mayor entusiasmo y contenido programático.

En ese marco geopolítico, Montevideo, aquel antiguo Apostadero Naval de la flota española en el Atlántico sur, aspiró a convertirse, dos siglos y medio más tarde, en puerta atlántica de la Cuenca del Plata, no ignorando que encontraría fuertes resistencias en los intereses ligados al puerto de Buenos Aires (la secular lucha de puertos continúa escribiendo una y otra vez nuevos capítulos en la actualidad). Aunque en realidad el nunca concretado puerto de aguas profundas en el este (en la costa

Atlántica del departamento de Rocha) sería la verdadera puerta.

En el fondo, la alternativa que opone a los nacionalismos estrechos y a los intereses económicos de cada uno de los puertos con (y contra) una política de integración —que conviene a todos y que permite disputar un lugar en el mundo— sigue siendo la cuestión más importante.

Más adelante, algunos años después, con el empuje del Brasil y en particular de Lula y la maestría de su principal asesor en política exterior, Marco Aurelio García, enancado en el auge de las *commodities* para América del Sur, el imaginario mercosuriano ingresó en el sudamericanismo. Sin embargo, muy rápidamente, como resultado de la crisis profunda del progresismo en varios países —y fundamentalmente en Brasil—, se desanduvo el camino.

El Mercosur, por su parte, en su versión mínima como espacio ampliado de libre comercio (no como espacio de integración más ambicioso) recibió el apoyo de las multinacionales y encontró los límites de los intereses locales. El deterioro político del progresismo

en los países mayores remató este proceso, según el caso o sector, de parálisis o retroceso.

Por otra parte, la versión primarizada del progresismo latinoamericano (en el caso uruguayo se trató de una versión, por cierto, bastante amortiguada) mantuvo los rasgos centrales de la antigua relación entre el centro desarrollado y la periferia, sin cuestionarlos.

En el ámbito de la globalización se desarrolló al mismo tiempo una multipolaridad asimétrica con varios poderes de distinto peso relativo (EEUU, China, Rusia, Europa, a los que se sumó Brasil) que, como se ha dicho, aceleradamente tendió hacia una nueva bipolaridad establecida entre EEUU y China. El crecimiento del sudeste y sur asiático y la recomposición de Rusia alteraron el contexto global, así como también lo hizo el protagonismo de las empresas transnacionales (financieras y productivas) y su sistema mundial de cadenas productivas.

No estamos en la época en la cual se formularon las distintas versiones de la teoría de la dependencia,[7] pero el auge de las *commodities* no solo la mantuvo, sino que además profundizó la primarización (fuerte predominio

de la producción de productos con bajo valor agregado), fundamentalmente sudamericana. Y no parece que el posterior declive de los precios y su actual repunte haya alterado esta situación, sino que, por el contrario, la consolidó en la mayoría de nuestros países.

El hecho de que la primarización constituya la contrapartida de nuevos centros de poder no modifica la cuestión de fondo. Ella constituye el principal obstáculo para los procesos de integración latinoamericanos. Primarización y balcanización son hermanas.

Por otro lado, el replanteo del panamericanismo (con hegemonía estadounidense), el apoyo en la Alianza del Pacífico y la geoestrategia de cerco a China pareció ingresar en un *impasse* con el propio declive de EEUU, con las orientaciones de la era Trump y con el relacionamiento económico creciente de China con América Latina. Pero esto dio lugar muy rápidamente a una contraofensiva de la política estadounidense (antes de Trump y luego también con él), la que articuló una sucesión de golpes blandos» en nuestra región, por lo general apoyados en nuevos factores de poder y no tanto

en el ruido de sables,[8] con el objetivo de mantener a América Latina dentro de su histórica área de influencia.

Las debilidades éticas y otras vulnerabilidades políticas e ideológicas que el progresismo mostró en varios países (incluidas las derivas autoritarias, la corrupción y las renuncias programáticas, manipuladas y adecuadamente capitalizadas por el poder mediático y operadas en forma coordinada con la judicialización de la política) ambientaron estas acciones y permitieron derribar varios gobiernos legítimos (mediante el *lawfare*, como en Brasil) y en algún caso también utilizar la violencia, en particular contra sectores de población y contra los líderes sociales, y posibilitó a las derechas vernáculas ganar elecciones. Sin embargo, y luego de duros reveses, en varios países la recomposición de las izquierdas se inició, y este proceso se encuentra en curso. Sin duda, el pronunciamiento en el pasado marzo del Tribunal Supremo Federal (TSF) a favor de Lula no es un dato menor para América Latina.

La georreferencia de Uruguay

En este contexto descrito más arriba es preciso replantear la georreferencia de Uruguay, ¿con el objetivo de evolucionar en dirección a una suerte de *insularidad*? No, por cierto. Aunque hemos ganado en margen de maniobra, en la medida en que en los últimos quince años se produjo el *desacople* relativo de nuestra economía por primera vez en la historia del Uruguay en relación con nuestros vecinos: Argentina y Brasil.

La nueva estructuración del mundo internacional en lo político y económico, principalmente, a la que nos hemos referido y la meta puesta en el cambio de la matriz productiva respaldan fuertemente la necesidad de desarrollar negociaciones en diversas direcciones y la conveniencia de contar con la plataforma regional para llevarlas adelante. El esquema del patio trasero de EEUU y el mundo unipolar ya pertenecen al pasado.

Es hora, sí, para reexaminar y reformular los acuerdos del Mercosur y adoptar con mayor vigor la política de la flexibilidad estratégica. Así, por ejemplo, podemos perseguir acuerdos convenientes con los tres grandes centros de poder mundial: EEUU, Unión

Europea y China; o procurar otros caminos complementarios. Como es obvio, el buen desarrollo de la plataforma regional permite la negociación conjunta e importa por sí misma, en tanto otorga escala para la diferenciación productiva. Máxime si se apoya en desarrollos complementarios en materia de bioeconomía.

Nuestra referencia inicial ha sido y es la región. Ninguna potencia mundial negociaría con nosotros teniendo en contra o ignorando a los grandes vecinos.

Es cierto que el Mercosur no ha logrado avanzar significativamente. El comercio intrarregional medido por las exportaciones a la región no ha logrado superar el 15 al 20% del total. Pero, sin embargo, tiene aún un enorme potencial. Con casi 300 millones de habitantes, formidables reservas en biodiversidad y agua dulce, gran potencial energético en fuentes renovables y no renovables y en toda clase de recursos naturales, increíble riqueza en diversidad cultural y grandes posibilidades para desarrollar intercambios sobre la base de cadenas de valor, el Mercosur puede constituir una formidable plataforma conjunta para el cambio de la

matriz productiva en y de la región. Aparte de todo ello, el Mercosur es nuestro segundo mercado de bienes, y sigue siendo el primero en turismo receptivo.

En cuanto a la orientación de las negociaciones para acuerdos económicos y comerciales con otros países y regiones, nos parecen muy adecuados los criterios orientadores desarrollados en un documento elaborado en 2018 a pedido del Secretariado Ejecutivo del Frente Amplio.[9]

Dicho documento consideró que la estrategia de desarrollo a impulsar implica necesariamente la transformación de la matriz productiva. Con esa meta la estrategia de inserción comercial debe servir tanto al sector agroexportador, como ser un instrumento de desarrollo industrial y de servicios de sectores hoy incipientes, pero que presentan un gran potencial para el Uruguay. Asimismo, ha de contemplar aspectos tales como sostenibilidad medioambiental, defensa y promoción de derechos sociolaborales, promoción de pequeñas y medianas empresas e inclusión de éstas en el comercio internacional.

En el marco de las consideraciones anteriores es preciso determinar los sectores estratégicos y los sectores a priorizar en la negociación.

De acuerdo con el documento, «los sectores donde Uruguay tiene empresas estatales (energía, telecomunicaciones, agua, comunicaciones, servicios financieros), han de ser preservados en el marco de los acuerdos comerciales». Esto no obsta para que puedan preservarse áreas que en una estrategia de desarrollo sean considerados igualmente importantes. Por otra parte, la negociación de sectores, subsectores y actividades debe contemplar y tener presente «el valor como bien público o sus implicancias en materia de derechos». También es relevante que en la negociación de sectores «se apliquen excepciones, por ejemplo, de cláusulas como Acceso a Mercados o Trato Nacional, a subsectores específicos dentro de los sectores negociados».

Además, los bienes y servicios culturales y educativos deben ser excluidos de los acuerdos comerciales. Se reservarán, por otra parte, las

contrataciones y compras públicas como mecanismo de estímulo al desarrollo nacional.

En materia de liberalización de mercados se estima que «Uruguay negociará principalmente sus tratados comerciales a través de rebajas arancelarias por producto y o servicio».

Por su parte, se señala allí que los acuerdos comerciales vinculados a la propiedad intelectual «no podrán restringir el acceso a la salud, educación, ciencia, la tecnología, el conocimiento, y la cultura [...]. Uruguay no negociará propiedad intelectual en acuerdos bilaterales, solo en negociaciones multilaterales, como por ejemplo en el caso de la OMC».

Viabilidad de Uruguay, ¿sí o no?

En este marco deberíamos tener en cuenta otros elementos propios de carácter endógeno.

En primer lugar, en relación con las dimensiones del Uruguay quizá sea necesario reconsiderar el tópico del *paisito* y la interrogante sobre la viabilidad de Uruguay. Durante tiempos largos, en distintas circunstancias, ha estado en cuestión y ha sido (malamente) discutida la

llamada viabilidad de Uruguay. En primer término, por su debilidad frente a sus grandes vecinos. Más adelante el país pareció superar la cuestión de la viabilidad con el crecimiento económico y la inserción internacional y con las notables reformas del primer batllismo; y posteriormente con el crecimiento durante la política de sustitución de importaciones.

No obstante, hacia mediados de los años cincuenta del siglo XX retornó la interrogante sobre la viabilidad del país. El retroceso secular de Uruguay en materia productiva (PBI per cápita comparado a nivel internacional desde 1913 en adelante), que ni el crecimiento hacia fuera ni la política de sustitución de importaciones consiguieron neutralizar, sumado a su escaso tamaño y dimensión demográfica, configuraba un pequeño país.

Sin embargo, hoy es preciso reconocer que no es cierto que seamos tan pequeños en lo territorial. Recordemos que desde el 30 de agosto de 1916 la plataforma continental de Uruguay se amplió de 200 a cerca de 350 millas marinas (unos 83 000 kilómetros cuadrados más). Tenemos más espacio en el territorio marítimo que en tierra firme. ¿Cuál es el potencial de

explotación de dicho espacio? ¿No debería Uruguay reorientar más decididamente su mirada y dejar de ser un país de espaldas al mar? O quizá insistir mejor en incluir a la Antártida más profundamente en nuestras políticas. Porque no hemos aún abandonado totalmente en nuestras políticas públicas el país triádico de puerto-pradera-frontera; aunque también sepamos que la exportación del disfrute de la naturaleza, si así puede llamarse, no es una exportación de *commodities*.

¿Cuánto invertimos en I+D en nuestro territorio marítimo? ¿En qué medida podemos convertir en un bien cultural —más allá de la dilatada cinta de las playas fluviales, platenses y oceánicas— a nuestras aguas territoriales? ¿Podemos replantear y relanzar el proyecto de puerto de aguas profundas? ¿Continuaremos dando libre curso a la apropiación tanto como extranjerización o como monopolización de recursos naturales finitos, como las tierras, y de puntos estratégicos de vinculación con el mundo, como lo es el Puerto de Montevideo?

El escenario mundial y regional se transforma aceleradamente e impacta en nuestras decisiones y

perspectivas. Es preciso tener en cuenta los cambios que se han producido en la geoeconomía y la geopolítica mundial y sus consecuencias actuales y futuras en el comercio internacional, los medios de transporte (marítimo, fluvial, ferroviario, carretero). Basta con tener en cuenta la ejecución ya mencionada del proyecto de la Franja y la Ruta, diseñado e impulsado por China, o la ampliación del Canal de Panamá, en ejecución, que alcanzaría profundidades muy importantes.

Como sabemos, la cuenca del Río de la Plata tiene una enorme gravitación en el abastecimiento mundial de proteínas vegetales y animales. En ese marco, la propuesta país debe incorporar los cambios producidos y proyectados en los medios de transporte marítimo, fluvial y terrestre, las rutas, canales, puertos y sistemas logísticos. Sin perjuicio de ello, resulta absolutamente relevante la orientación del proceso de cambios. Como lo advertimos antes, las transformaciones que se están produciendo y las futuras se podrán realizar en el marco de políticas integracionistas y de complementación de modos de transporte y articulación de países (Bolivia,

Paraguay, Argentina, Brasil y Uruguay) o en un escenario de competencia y enfrentamiento. Ese es el dilema.

Como es conocido, la incidencia en estas cuestiones de los actores privados, fundamentalmente transnacionales, es muy importante. Ahí podemos encontrar el trasfondo de las decisiones y cuestionamientos que se están produciendo en torno a la Terminal Cuenca del Plata en la bahía de Montevideo.

La posición de Uruguay es muy apetecible para los inversores. Tengamos en cuenta que nuestro país, a través del Ministerio de Transporte y Obras Públicas y de la Administración Nacional de Puertos, decidió iniciar las obras para profundizar el canal de acceso al Puerto de Montevideo, extendiéndolo hasta el kilómetro 54 en la isobata de 13 metros (al que seguirá la tramitación de permisos para alcanzar los 14 metros), lo cual permitirá la operación de buques que podrán salir con carga completa al puerto de destino.

¿Por qué se desataron tantas tensiones en Argentina a raíz de la decisión de fines de 2020 de no renovar la concesión de dragado de la hidrovía de Santa Fe al mar, con lo que ello implica para el sistema Paraguay-Paraná

(Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, Chaco y Formosa)? Recordemos que también se decidió establecer objetivos con su inserción en un sistema de transporte multimodal, con el desarrollo de una flota fluvial-marítima nacional y la incorporación del proyecto canal Magdalena, como alternativa al canal Punta Indio.

¿Qué otra raíz puede tener el anuncio de Brasil del 3 de febrero de 2021 de que a partir del 9 de febrero de 2022 dará por finalizado el Acuerdo de Transportes Marítimos, vigente desde 1985, por el cual el comercio exterior por vía marítima entre ambas naciones se debía realizar en buques de bandera de Argentina o de Brasil?

Reiteramos: deberían primar los intereses públicos y la complementación entre países, lo que beneficiaría a todos e incrementaría significativamente la gravitación en el mundo de la región y de sus cadenas de valor agregado.

En segundo lugar, debe tomarse como un dato relevante el hecho de haber crecido ininterrumpidamente durante un tiempo prolongado. Ese crecimiento ininterrumpido del producto desde 2003-2004 asociado

a fuertes inversiones en infraestructura y la innovación institucional hasta los años de la pandemia sumado a la considerable ampliación de la plataforma continental propia y a la posibilidad de flujos significativos de inmigración calificada pueden alterar las referencias históricas con que nos movimos hasta hace algunos años.

En tercer lugar, el fenómeno de corrimiento de las zonas climáticas es un dato que puede modificar —positiva o negativamente— muchas de las conclusiones tomadas como obvias de otras épocas. Pero ¿nos estamos preparando para un corrimiento más profundo? ¿Alcanza, desde un posicionamiento como país, con la resistencia, mitigación, adaptación y resiliencia?

En suma, cabe preguntarse: ¿hemos asumido los desafíos de la innovación no solamente en la explotación de recursos naturales, sino también en lo relacionado al disfrute de la naturaleza y en el fortalecimiento de la resiliencia estratégica ante el cambio inevitable?

Geoeconomía y nuevas exigencias

Para una agenda país/mundo en economía y tecnología, quizá la mejor manera de ingresar en la conversación consista en plantear los dilemas nacionales a la luz de las tendencias estructurales de la economía y tecnología mundial.

Un escenario internacional más exigente

En la última década se han producido algunos cambios importantes en la geografía económica mundial. Recordemos que hacia 1980 había cobrado un notable impulso el proceso de globalización, el cual incluía una acelerada fragmentación o división del trabajo a escala internacional y que en ese marco las Empresas Transnacionales (ETN), verdaderos motores de la globalización, construyeron las cadenas mundiales y regionales de valor. Pero que, de acuerdo con diversos estudios, la maduración de las cadenas estuvo pronta ya hacia 2012. Antes se había iniciado la crisis de 2007-2008, y pronto

se decidiría un cambio estratégico en China con el *Made in China 2025*.

El comercio internacional se había desacelerado y las Inversiones Extranjeras Directas (IED) menguaron. Las Empresas Transnacionales, por otra parte, habían profundizado la denominada *curva sonrisa* (o curva en U bien abierta), es decir, la curva de valor agregado que se inicia con la Investigación y el Desarrollo (I+D) y termina en los consumidores finales. Como se sabe, en los diferentes eslabones se genera distinto valor. En la expresión gráfica de la cadena los eslabones iniciales y finales se representan con muy alto valor y los centrales con muy bajo.

¿Qué significa que profundizaron la curva? Significa que recapturaron los eslabones claves del inicio y término de la cadena recentrándolos en los países desarrollados. Este proceso se acentuó, a su vez, con los cambios políticos conservadores y con el despliegue de tendencias proteccionistas en países centrales, y culminó con la reciente guerra comercial Estados Unidos-China.

¿Qué efectos tiene para países como los nuestros esta reestructuración de las cadenas?

En toda la exposición anterior se parte de la base de que un país pequeño como Uruguay no tiene posibilidad alguna de desarrollo, en el sentido fuerte de la expresión, si no se engancha o alinea en las cadenas mundiales o regionales de valor en aquellos lugares en los que se genera una parte importante de dicho valor. En la denominada *curva sonrisa* se puede ir aguas arriba hacia la I+D y el diseño o aguas abajo hacia los consumidores finales, pero no quedarse en el medio como generador de productos primarios, de *commodities*, en actividades de ensamblado o similares.

Pero esta estrategia tiene muchos presupuestos en cuanto ciencia, tecnología, educación e innovación; y no puede ignorar los cambios que se han producido en el escenario internacional en la última década. Estos cambios no hacen más fácil, sino, quizá, aún más difícil la inserción de países como el nuestro en las cadenas allí donde se genera más valor.

Para ello es necesario, en primer lugar, profundizar en el concepto y en la nueva situación mundial en la

medida en que en solamente una década los cambios han sido muy importantes.

Algunos autores, como Fernández y Trevignani (2015), sostienen que el concepto de cadenas globales de valor (CGV) tiene su origen en la obra de Hopkins y Wallerstein (1977), quienes elaboraron la noción de cadenas de mercancías (*commodity chains*), las cuales articulan procesos y traspasan fronteras en la nueva división internacional del trabajo. Constituiría un desarrollo de la teoría del sistema-mundo. En esta teoría, dichas cadenas permitirían la reproducción de las relaciones centro/periferia.

Con independencia de estas consideraciones y del conocido debate sobre centro/periferia, desde hace mucho tiempo se insiste en la literatura especializada en que la fragmentación o segmentación de la producción (el abaratamiento de los costos laborales y de otros costos actuó como impulsor clave) redobló el despliegue del comercio y las inversiones internacionales.

En relación con los costos laborales, en varios trabajos hemos citado los aportes de Delgado Wise. Es innegable que «el arbitraje laboral global se ha

convertido en un pilar fundamental de la nueva arquitectura global» (Delgado Wise y Martin, 2015, p. 23). Los salarios más bajos en el extranjero le permiten al capital «apropiarse de enormes ganancias monopólicas o rentas imperiales, al aprovechar la relativa inmovilidad del trabajo» (p. 23). Se ha escrito abundantemente sobre cómo esta estrategia ha presionado a la baja de los salarios en los países centrales, incluso vinculándola con la crisis de la socialdemocracia europea (y no europea) y con el giro a la derecha, en muchos países extrema, de buena parte de los trabajadores y de otros sectores populares.

Resultaría conveniente evaluar estas consideraciones a la luz de la revolución tecnológica, fundamentalmente en relación con la automatización de los procesos, porque quizá le ha quitado impulso a la fragmentación fundada en la mano de obra barata (la que a su vez ha venido subiendo). Sobre estas cuestiones avanza el último libro del economista uruguayo Juan Manuel Rodríguez *La revolución tecnológica. ¿El fin del trabajo?*

Por otra parte, no siempre la expansión de las cadenas es favorable a los países centrales. De acuerdo con un estudio para el Banco de Italia (2015), la fragmentación de la producción fronteras afuera puede tener efectos positivos o negativos en la productividad y el empleo propios. Todo depende de la distribución de la captación del valor agregado dentro y fuera del país.

A contracorriente

Ya hace una década, Isaac Miniam (2009) insistía en que el comercio de productos intermedios venía creciendo rápidamente desde comienzos de los años ochenta, o aún desde antes. La búsqueda de menores costos en países emergentes, la especialización, la escala u otros elementos serían los factores que lo explican. Esta nueva división internacional del trabajo se estructura en redes regionales o globales que combinan en forma variable ventajas de países, espacios o sitios de producción y empresas. Comprende industrias y servicios en toda la escala, incluidos los de alta tecnología. Las empresas líderes en estas redes se concentran al principio y final del proceso, es decir, en los puntos estratégicos, en la

innovación y diseño y, en el otro extremo, en los mercados finales (sobre este aspecto volveremos más adelante).

El uruguayo Carlos Pérez del Castillo (2014), experto en comercio internacional, registraba en mayo de 2014 que los bienes intermedios ya representaban un 60% del comercio mundial y que impactaban en la captación de valor en la cadena productiva global, la que, a su vez, en materia comercial estaba dominada en un 80% por las transnacionales.

A su vez, las cadenas tendían a una fuerte regionalización. Para Baldwin, Kawai y Wignaraja (2014), la experiencia asiática era muy exitosa y estaba vinculada con el libre comercio regional.

La regionalización de las cadenas en Asia y el Pacífico era notable en 2013 (United Nations, 2015). La expansión de las cadenas globales abrió posibilidades para la integración regional en esta región, permitiendo una división del trabajo en la zona. Por ejemplo, las partes y componentes electrónicos intensivos en tecnología son producidos en los países más avanzados en términos relativos como Japón y la República de

Corea, mientras que el ensamblado en productos finales es realizado por economías emergentes como China y Vietnam. En 2013, más del 65% de las importaciones de productos intermedios realizadas por los países de Asia y el Pacífico destinadas a las cadenas globales provenían de países de la región.

En forma concomitante, otros estudiosos han insistido en el efecto de los cambios en las reglas de juego en el comercio internacional. Ha sido notorio el empuje de los acuerdos bilaterales, regionales, plurilaterales —pero no globales o multilaterales— en el marco de la OMC y en su incidencia en todos los órdenes (Albertoni, 2017).

Esto quiere decir que las cadenas han tendido a recentrarse en los eslabones más valiosos y a regionalizarse en buena parte del planeta; todo lo contrario de lo que hemos hecho en nuestra región y en el Mercosur en particular.

Maduración de las cadenas

En efecto, la estructuración en cadenas mundiales y regionales, que tan fuerte impulso había tenido, arriba al

comienzo de la segunda década del siglo XXI a su madurez.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), por ejemplo, explora distintas hipótesis explicativas del enlentecimiento del crecimiento del comercio internacional, y destaca que dicho enlentecimiento es más pronunciado que la desaceleración del producto y que este debilitamiento económico viene desde 2011. También arriesga una hipótesis interesante al sostener que hay una fuerte conexión entre el deterioro de largo plazo de los salarios globales y el dinamismo del comercio internacional en la última década del siglo XX y en la primera del siguiente y el posterior enlentecimiento desde el 2011. Como resultado, se perjudican principalmente los países en desarrollo.

Roberto Kreimerman (2017), quien fuera ministro de Industria, Energía y Minería de Uruguay, sostenía, en relación con la maduración de las cadenas de valor y el apaciguamiento del comercio de partes, que «a partir de 2012 las CGV han alcanzado un estado de madurez, abarcando el 80% del comercio mundial, por lo que

restan pocas cadenas por transformar y pocas subregiones o países por integrar al nuevo sistema de producción. Un ritmo más lento de expansión de las cadenas globales es un factor determinante de la desaceleración del comercio» (p. 206).

Más adelante, Kreimerman (2018) vinculaba esta situación de enlentecimiento a la mencionada maduración de las cadenas a la caída en la Inversión Extranjera Directa (IED), fundamentalmente hacia el sur, y al cambio de la política en China con el *Made in China 2025*, la que se focaliza en una estrategia hacia las altas tecnologías, con la consiguiente repercusión en el ciclo de las *commodities*.

Algunos análisis complejizan la explicación para el descenso en la tasa de crecimiento del comercio internacional al atribuirla a la interacción de diversos factores: su maduración, la caída en las IED y los cambios estructurales en la economía de China (Frankel, 2016).

Un estudio importante para el Banco de Japón (Nakajima, Takatomi, Mori, Ohyam, 2016) discrimina los factores estructurales y coyunturales en el enlente-cimiento. Coincide en cuanto a la maduración y

enlentecimiento de las cadenas de valor y destaca como uno de los factores explicativos al progresivo cierre de la brecha salarial entre China y EEUU.

La curva sonrisa

De acuerdo con un trabajo para el centro de estudios Luca d'Agliano sobre la base de un relevamiento de más de dos millones de empresas en Europa en el 2015, la mayor parte del valor agregado queda en las dos puntas, y la menor, en el centro de la curva: en la I+D y en la colocación final (Rungi y Del Prete, 2017).

¿La economía digital disminuye o acentúa el fenómeno? Claramente lo hace más complejo para los países en desarrollo y más favorable para los centros. De acuerdo con los informes de la UNCTAD, principalmente el de 2017,[10] de 2010 a 2015 el número de empresas tecnológicas entre las cien principales de la nómina de la UNCTAD aumentó de 4 a 10. Las ETN digitales, apoyándose en las ETN de las TIC, «incluyen diversos modelos de negocios, como las plataformas de internet y las empresas de comercio electrónico y de contenidos digitales» (p. 34). De acuerdo con este estudio, a

diferencia de otras multinacionales, las cuales muestran un equilibrio entre activos y ventas en el extranjero, las transnacionales tecnológicas realizan las tres cuartas partes de sus ventas en el extranjero, y solo poco más del 40% de sus activos se encuentran allí. «Las ventas en el extranjero de las mayores plataformas de internet multiplican por unas 2,5 veces sus activos en el extranjero» (p. 36). Esta capacidad para operar mundialmente con inversiones limitadas «en el extranjero podría invertir la tendencia dominante de la IED en el último decenio hacia la "democratización" de las salidas de IED, y hacer que se vuelva a la concentración en unos pocos países de origen de gran tamaño, en particular los Estados Unidos» (p. 36).

El riesgo es muy grande, ya que una economía digital depende menos de la mano de obra barata y más de la capacitación de trabajadores calificados y de la energía de bajo costo.

Por otra parte, en los años recientes las dificultades para los países pobres y poco desarrollados se han incrementado; y con los impactos de la pandemia se han agudizado. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre

Comercio y Desarrollo (UNCTAD, 2020) reafirma que en la última década la inversión extranjera en bienes tangibles productivos dejó de crecer y el comercio se enlenteció, incluido el comercio dependiente de las cadenas mundiales de valor. A su juicio:

> Durante los tres últimos decenios, la producción internacional y la promoción de las inversiones en la industria manufacturera orientada a la exportación han sido los pilares de las estrategias de desarrollo e industrialización de la mayoría de los países en desarrollo. Las inversiones orientadas a la explotación de los factores de producción, los recursos y la mano de obra de bajo costo seguirán siendo importantes, pero el volumen de ese tipo de inversión se está reduciendo (p. 35).

En realidad, dicho informe cree advertir en la actualidad una importante reestructuración de la producción internacional como producto de los cambios tecnológicos (robotización, digitalización extendida, fabricación aditiva o replicación), del nacionalismo económico y de los problemas de sostenibilidad (ambiental o de resiliencia de las cadenas de suministro).

Estos procesos están en curso e implican relocalizaciones, acortamiento de las cadenas, fabricación distribuida, mayor concentración del valor agregado en determinadas fases y lugares, regionalización, entre otros.

La economista uruguaya Lucía Pittaluga (2017) ya había manifestado antes que no todas las actividades de las CGV tienen la misma capacidad para crear valor agregado. […] Las actividades de pre- y postproducción (servicios) tienen mayor capacidad de generar valor que las de producción propiamente dicha. Además, esas diferencias se acentuaron entre los años 1970 y 2000, período dentro del cual las actividades de producción (básicamente el ensamblado) perdió capacidad para generar valor.

El pasaje a lo largo de la curva sonrisa de actividades generadoras de bajo valor a mayor valor se denomina *escalamiento*. […] Hay dos tipos de escalamiento posible: el vertical, que es el mejoramiento dentro de la CVG en el mismo sector de producción, y horizontal, que es el pasaje a nuevos sectores productivos más intensivos en conocimiento (p. 16-17).

En la nueva realidad todo esto se ha acentuado.

En suma, si no realizamos grandes inversiones en Educación, Ciencia, Tecnología, Innovación y Sociedad (ECTIS) continuarán sonriendo otros.

Diversificar la matriz productiva

En el contexto internacional anteriormente descrito ahora nos interesa destacar una mirada, que compartimos, desde el país y sus perspectivas.

Una propuesta ignorada: el núcleo innovador y la nueva base productiva

En el documento elaborado para Fesur denominado *Replantear el Proyecto País* (Rubio, 2018), nos guiamos en aspectos muy relevantes por un trabajo elaborado previamente en el ámbito de la misma institución en 2015 titulado *Desarrollo Productivo e Inserción Internacional* (en adelante DPII). Dicho trabajo, producto de un importante esfuerzo colectivo, apoyándose en estudios realizados en la Oficina de Planeamiento y Presupuesto (OPP), vinculaba las cadenas de valor, los complejos productivos y las políticas públicas para promover el desarrollo productivo y la diversificación de la matriz. Es decir, abordaba la cuestión estratégica central.

El DPII sostenía, en primer lugar, que la política de desarrollo productivo comprende herramientas horizontales, sectoriales y territoriales para promover la transición hacia cadenas de valor y lugares en ellas, caracterizadas por mayor valor agregado. Decía textualmente que: «En ese sentido [...] las políticas estarán orientadas hacia las cadenas de valor existentes en las que el país tiene ventajas de dotación y hacia la creación de nuevas cadenas y roles donde se pueden generar otras ventajas competitivas».

En segundo lugar, el documento referido mapeaba los complejos productivos claves de acuerdo con los estudios de la OPP. Dada la conocida interrelación entre cadenas, e incluso su competencia por recursos, el documento opta por caracterizar la estructura productiva como un conjunto de complejos productivos. Propone una metodología para identificar en los complejos nuevos eslabones en cadenas existentes y nuevas cadenas de valor con sus eslabones correspondientes, investigando las matrices insumo-producto a nivel nacional y regional, fundamentalmente para determinar los posibles eslabonamientos. «Los

insumos intermedios necesarios, la disponibilidad de materia prima para producirlos, las tecnologías relevantes y las mejores prácticas de fabricación, así como la viabilidad económica de su producción.»[11]

En tercer lugar, sostiene el DPII que la política de desarrollo productivo debe colocar su énfasis en la creación de capacidades nacionales con la investigación y el desarrollo en el país, la priorización y reforzamiento de la economía social, el apoyo a la gestión y el incentivo a la asociatividad de las pequeñas y medianas empresas, la coordinación de inversiones necesarias para promover los nuevos eslabones y el fortalecimiento de un sistema de desarrollo de proveedores.

Los autores del documento no ignoraban, tal como lo expusiera en 2017 en el Instituto de Altos Estudios de Ecuador el economista uruguayo Sebastián Torres,[12] que la estrategia de inserción en los eslabones de las cadenas mundiales de valor supone mucha fuerza negociadora de los Estados con las ETN, dado que ellas tienen un control oligopólico de los Estados, puesto que el mercado de insumos está tan oligopolizado como el de bienes finales.

En relación con los complejos y con el núcleo innovador el DPII afirmaba, fundándose en estudios de la OPP, que Uruguay cuenta con al menos diez complejos productivos importantes; y proseguía sosteniendo que los complejos productivos de la bioeconomía y de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) «conforman el núcleo innovador del conjunto, a través del cual el resto de los complejos productivos más maduros se interrelacionan, se potencian y se modernizan». Ese núcleo TIC-bioeconomía representaría la convergencia de dos revoluciones tecnológicas y se proyectaría hacia una nueva base productiva.

Las TIC en Uruguay tienen un desarrollo importante[13] con base en el software y las telecomunicaciones, y la bioeconomía ha hecho lo suyo apoyándose en la producción primaria, la salud animal, la producción manufacturera y los biocombustibles.

El desarrollo de los complejos productivos de alimentos, forestal-madera-celulosa, minería-metalúrgica-equipamientos y producción energética está directamente vinculado con la convergencia tecnológica entre la bioeconomía y las TIC […]. Por último, el avance

de un conjunto de servicios dinámicos, tales como las industrias creativas, los servicios globales de exportación y el turismo, está ligado a la evolución de las TIC.

El documento citado puntualiza más adelante que estas dos revoluciones tecnológicas están en fases diferentes de su ciclo de desarrollo:

> La primera se encuentra en etapa de maduración, difundiéndose su uso a nivel global, a lo largo de todas las economías. La segunda está en pleno período de despliegue a través de la consolidación de los avances de la biotecnología moderna. Una tercera revolución tecnológica está actualmente surgiendo, a partir de la combinación de los avances de las dos revoluciones anteriores.

El trabajo concluye que la interrelación entre estas revoluciones tecnológicas constituye el núcleo innovador que abre las puertas al cambio estructural.

¿Es la bioeconomía un camino?

Corresponde interrogarse, más específicamente, acerca de la naturaleza de la bioeconomía y sobre las posibilidades que se le abren a nuestro país con la

industrialización de la biomasa. En efecto, ¿de qué se trata cuando se habla de bioeconomía?

De acuerdo con la economista Lucía Pittaluga (2017), a partir de recursos biológicos usados como materia prima se puede desarrollar una amplísima gama de bienes y servicios. La bioeconomía «incluye a los sectores que desarrollan, producen o usan plantas, animales o microorganismos, como la agricultura, ganadería, pesca, productos forestales y alimentos, así como productos químicos, farmacéuticos y energía». Para desarrollarla, resulta imprescindible la generación de conocimientos científicos y tecnológicos, fomentar «la convergencia de la biología molecular, la ingeniería genética, la genómica, la química, las ciencias de los materiales y las ciencias de la información, para lograr una mejor utilización de los recursos biológicos».

Según lo planteado por Pittaluga, los aspectos críticos, a propósito de este cambio de paradigma, se pueden formular de la siguiente manera: ¿Uruguay puede incorporarse en esta nueva revolución sorteando la heterogeneidad estructural (sectores innovadores y persistencia de no innovadores)? Además, ¿puede

hacerlo superando la exogeneidad (paquetes tecnológicos importados) del modelo de innovación tecnológica? ¿Qué tiene que hacer para lograrlo? En particular, ¿qué necesita realizar en materia de ciencia, tecnología e innovación, educación, políticas de integración social, desarrollos de infraestructuras y vías de inserción internacional?

A nuestro juicio, estas cuestiones son centrales. Por esa razón las reflexiones siguientes se subordinarán a la cuestión estratégica planteada.

De acuerdo con Pittaluga, la geopolítica del nuevo paradigma se juega en la disponibilidad de biomasa, la fortaleza de las infraestructuras, el desarrollo de la investigación biológica y de los recursos financieros para la inversión productiva.

La economista considera que la bioeconomía se constituye en una opción para diversificar la matriz productiva de los países con disponibilidad de biomasa con base en productos y servicios de alto valor agregado. Coloca como ejemplo a los biopolímeros, los compuestos químicos intermediarios, los biofármacos y los nutracéuticos o alimentos funcionales. Uruguay cuenta

con una amplia base de biomasa, instituciones muy vinculadas al sector agropecuario y agroindustrial y «relativa capacidad científica en las disciplinas en las que se sustentan los nuevos desarrollos. A esto se agrega que el sector forestal es un candidato ideal de la bioeconomía, dado que produce biomasa no alimentaria. Las biorrefinerías son la nueva planta industrial del nuevo modelo industrial que refina la biomasa y la transforma en bioproductos».

Por otra parte, estas plantas industriales pueden ubicarse territorialmente cerca de la generación de biomasa. No obstante, si no se agregan actividades de preproducción como de I+D, de innovación y de logística Uruguay puede crear biorrefinerías y mantenerse en actividades de bajo valor.

Educación, Investigación, Tecnología, Innovación y Sociedad (EITIS)

¿Podemos superar esto? ¿Es posible darle relieve a la I+D? ¿Se pueden desarrollar políticas industriales con esa orientación?, ¿realizar inversiones en ciencia y tecnología de gran porte?, ¿hacer los cambios educativos

necesarios para una vía al desarrollo de estas características?

Hace muchos años que venimos trabajando e insistiendo en esta línea junto con un grupo de uruguayos con los cuales compartimos convicciones similares.

Durante los noventa, Rodrigo Arocena, Judith Sutz y otros realizaron un esfuerzo pionero en esta dirección. En 2003 dimos un paso adelante: el proyecto Cientis (Ciencia, Tecnología, Innovación y Sociedad), auspiciado por Fesur y el Frente Amplio, elaboró un programa con esas características. Ese programa se tomó en el eje del *Uruguay innovador* de la propuesta de gobierno del Frente Amplio en 2004 y su aplicación desde 2005, y se tradujo en asignación de mayores recursos para tales fines. En menos de una década se multiplicaron los recursos, fundamentalmente públicos, para Actividades de Ciencia y Tecnología (ACT) y para Investigación y Desarrollo, aunque en términos relativos medidos como porcentaje del PBI nunca alcanzaron las metas planteadas en las campañas electorales. De cualquier manera, la inversión pública en ACT «pasó de alrededor

de 40 millones de dólares en 2005 a poco más de 200 millones de dólares en 2010, y la relación ACT pública/PBI pasó de 0,21% en el año 2005 a 0,55% en el año 2010» (Rubianes, 2017).[14]

Hubo a su vez una muy fuerte innovación y creación institucional que acompañó esa asignación de recursos. La creación de la ANII[15] y el desarrollo del Instituto Pasteur-Uruguay y del Centro Uruguayo de Imagenología Molecular (CUDIM) quizá sean tres de las novedades más significativas. Esta línea de trabajo siempre encontró dos escollos: uno proveniente de la escasa innovación realizada por el sector privado (quizá las primeras novedades significativas se pueden encontrar en el registro que hace la Memoria de la ANII de 2019) y, en segundo lugar, los bloqueos existentes en algunos sectores del sistema educativo.

En el documento referido para Fesur del 30 de abril de 2018 advertíamos sobre las dificultades en materia educativa y en general de formación de recursos humanos para implementar un modelo con estas características. En 2017 Martín Pasturino[16] había insistido en la resistencia al cambio en algunos actores

gravitantes del sistema educativo, lo que se expresó en el «sistema de vetos» que había imperado durante décadas y en la importante privatización que se registraba fundamentalmente en el ciclo básico de la educación media: «El tenaz bloqueo de los últimos cincuenta años ha consolidado un modelo educativo segmentado e inequitativo». Uruguay se ha estancado en su avance de cambio educativo y presenta una significativa incidencia cuantitativa y cualitativa de sectores de mayores ingresos y poder en la educación privada. A pesar de que las evaluaciones de aprendizajes realizadas desde los años noventa «han demostrado que no existen diferencias significativas entre alumnos que asisten a los centros públicos o privados si quitamos los efectos de las diferencias socioeconómicas. (INEED, 2017). Contrariamente a lo que se piensa, Uruguay es uno de los 65 países de las pruebas PISA con mayor volumen de matrícula privada», fundamentalmente en el ciclo básico de la educación media y también con una incidencia creciente en la educación superior.

Entre otras consecuencias de lo anterior, buena parte de los jóvenes que acceden a la Udelar provienen

de la educación privada, estando sobrerrepresentados con relación a aquellos estudiantes que provienen de instituciones públicas.

A mi juicio, para cambiar es necesario partir de los problemas y también de los avances registrados en la última década larga.

Entre los avances que podríamos referir, en distintos documentos de la Fundación Líber Seregni o del Frente Amplio se insistió reiteradamente en algunos puntos: incremento de la matrícula desde la primera infancia y la educación inicial en adelante, baja de la tasa de repetición en primaria y del número de alumnos por grupo, duplicación de la oferta de tiempo extendido en primaria y antes de ella, quintuplicación del programa de educación física escolar, incremento de la matrícula y diversificación de la oferta educativa en educación técnico-profesional media y terciaria, importante crecimiento de la matrícula en educación universitaria pública, mejora de los egresos sobre ingresos de grado en la Udelar en torno al 50% con un guarismo similar para el incremento de las carreras de grado, duplicación de las carreras de posgrado, destacable e inédita

descentralización territorial de la Udelar e importante despliegue en el interior del país. Así también registremos las innovaciones institucionales, como la creación de la Universidad Tecnológica del Uruguay (Utec), de los programas de alto impacto como el *Plan Ceibal* y de los exitosos programas de apoyo en educación básica (primaria y media) como Tránsito educativo, Maestros comunitarios, Aulas comunitarias, Formación Profesional Básica o Compromiso educativo; fortalecimiento y expansión del sistema de becas, incremento de las asignaciones familiares, extensión del boleto gratuito, ejecución de un importante plan de obras en infraestructura educativa en todos los ciclos (incluyendo nuevos centros de educación inicial, escuelas primarias —muchas de tiempo completo— liceos, escuelas técnicas y centros universitarios regionales), importantes incrementos salariales y, entre otros, destacables avances en la educación no formal para jóvenes y adultos.

Entre los problemas fundamentales es necesario reconocer que durante todo el ciclo progresista se han registrado y mantenido resultados que no son buenos,

fundamentalmente en la educación media, expresados en persistencia de la deserción, repetición, rezago y bajo nivel de aprendizaje. Se trata de una educación que es masiva en los niveles medios, pero que no culmina el ciclo básico en algo menos de un tercio de los estudiantes y que no completa la educación media superior en cerca de dos tercios.

En relación con el proceso de cambios, en distintos eventos y publicaciones diversas instituciones y personas han propuesto líneas de transformación profundas; sin embargo, ello no se ha podido realizar. El cambio profundo estuvo bloqueado, muy probablemente porque el sistema de vetos imperó en cuestiones estructurales básicas.

La agenda de transformación educativa debería determinar el alcance y la orientación de algunas cuestiones centrales. Sin duda se necesita una visión y una conducción estratégica vigorosa. Pero ello no significa necesariamente implementar grandes o nuevos rediseños institucionales (como se hizo equivocadamente en las disposiciones sobre el tema contenidas en la Ley de Urgente Consideración en 2020 con un sentido

retrógrado). Sin desconocer que la institucionalidad educativa fue bien diseñada para la resistencia al poder y para la contrahegemonía, pero que en parte quedó prisionera de ella. Es obvio que se trata de alcanzar metas ambiciosas en cobertura, retención, no repetición, culminación de ciclos, ampliación del tiempo educativo, conexión con el mundo del trabajo, calidad del aprendizaje, infraestructura a escala humana o vínculo con la comunidad. Pero, además, parece fundamental lograr una fuerte innovación pedagógica.

No obstante, gran parte de lo anterior no parece posible sin un cambio estructural. Nos parece muy acertado el foco puesto en distintas propuestas para implementar un *Marco curricular común* de 3 a 14/17 años, incluida la variedad de formatos locales y de compromisos de las comunidades educativas. Un sistema integrado de educación básica que posibilite el desarrollo de principios pedagógicos comunes para los distintos ciclos y que permita y contemple su diversificación territorial.

Para que sea posible este cambio estructural se requiere de recursos mayores, estabilidad y

concentración docente por centros (profesor cargo), incentivos al buen trabajo y a la formación en servicio y capacidad para el empleo de las nuevas tecnologías. Al mismo tiempo supone pedagogías para motivar en una época de acelerado cambio cultural (incluida la subjetividad juvenil), al cual nos referiremos en el capítulo «Control y cambio cultural» y que impacta fundamentalmente en el ciclo básico (que se acumula con la fragmentación social de base). Asimismo, el cambio estructural implica un fuerte vínculo con la investigación y con el mundo del trabajo, así como también nuevos criterios, especializaciones e idoneidades para la carrera docente.[17] También supone comunidades educativas fortalecidas y descentralizadas. Todo ello en el marco de políticas centrales comunes y de cooperación interinstitucional por zonas o regiones, con el apoyo de equipos interdisciplinarios que fortalezcan las propuestas comunitarias.

Finalmente, un balance autocrítico exigente de la calidad de nuestra educación terciaria pública aparece, por otra parte, como una condición necesaria para cualquier proceso de desarrollo.

Ambiente y pandemia: somos vulnerables

En materia de cuestiones relevantes, un tercer escenario al que deberíamos prestar la mayor atención es al ambiental. Aún más, en las luchas sociales y políticas necesitamos otorgar prioridad a nivel mundial a la cuestión ecológica. Todas aquellas movilizaciones y los despliegues por la libertad, la igualdad y la solidaridad, así como los esfuerzos denodados por avanzar en la dirección de una sociedad más justa y aún por el poscapitalismo naufragarán si el suelo exhibe rajaduras más amplias y profundas y si el cielo se resquebraja.

¿Se puede? ¿Hay caminos? ¿Estamos a tiempo?

Ecología y horizonte verde

Lo primero a tener en cuenta es el horizonte. Un camino posible hacia un horizonte que se muestra desafiante. El *principio esperanza*, caro a Ernst Bloch.

Como decía hace pocos años en una entrevista la talentosa Carlota Pérez (2016):

> La orientación que podría ser efectiva ahora es lo que yo llamo el «crecimiento verde e inteligente» —es decir—, transformar los problemas ambientales en soluciones para los agudos problemas de falta de empleo y de inversión con el apoyo de la informática. Se trataría de aumentar la proporción de intangibles. Eso abriría un mundo amplísimo de innovación en nuevos materiales [...], economía circular con reciclaje, reutilización y cero desperdicios, conservación de energía además de producirla por métodos renovables, economía colaborativa, arquitectura sustentable, materiales biodegradables, y así sucesivamente.

Carlota Pérez pinta un hermoso horizonte, como también lo han hecho otros. Este horizonte verde, deseable y posible supone cambios en todos los órdenes. Las revoluciones tecnológicas, cuando se producen, transversalizan un proceso de cambios y abren o posibilitan nuevos ciclos.[18] Pero el problema no radica solamente en el diseño del futuro, sino en el proceso de acumulación de fuerzas para conducirnos a él. De

cualquier manera, nos esclarece y nos hace sentir agradecidos.

Pandemia y deriva

Al comienzo de la pandemia que hoy nos jaquea, Salvoj Žižek (2020) escribía: «necesitamos una catástrofe para que podamos repensar las características básicas de la sociedad en la que nos encontramos. En Vivo».[19]

El título del artículo de Žižek (*Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de "Kill Bill" y podría conducir a la reinvención del comunismo*) puede sonar algo exagerado, pero cuando analizamos el tema en profundidad no nos resulta tanto. Observamos, entre otros fenómenos actuales, la guerra de las vacunas en el mundo occidental y la indefensión en que se encuentran los países más pobres. Su afirmación en relación al capitalismo no es exagerada si la leemos a la luz de las sospechas más que fundadas de un nexo entre la destrucción de la biodiversidad y las pandemias originadas en zoonosis.

De acuerdo con distintas publicaciones del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), la mayor parte de las enfermedades infecciosas

emergentes son zoonóticas, es decir, que son transmitidas por los animales. Entre las zoonosis que surgieron o reaparecieron recientemente se menciona al ébola, la gripe aviar, el síndrome respiratorio del Oriente Medio (MERS), el virus Nipah, la fiebre del Valle del Rift, el Síndrome Respiratorio Agudo Severo (SRAS), el virus del Nilo Occidental, el virus del Zika y ahora, más recientemente, el nuevo coronavirus que causa la COVID-19.

Para muchas zoonosis el ganado sirve como un puente epidemiológico entre la vida silvestre y las infecciones humanas. A su vez, como hemos devastado los ecosistemas estos drásticos cambios ambientales inducidos por el hombre han modificado la población de vida silvestre y reducido la biodiversidad, lo que ha derivado en nuevas condiciones ambientales que han favorecido los huéspedes, vectores o patógenos particulares. En otros términos, hemos alterado, eliminado o dañado varios eslabones entre la vida silvestre y la vida humana.

Hace ya muchas décadas que una buena parte de la humanidad viene tomando conciencia de estos

problemas y sospecha o sabe que las cuestiones ambientales afectan profundamente las bases de la construcción civilizatoria. No obstante, como civilización global continuamos inmersos en inercias y en una deriva extremadamente peligrosa.

Un escenario mundial riesgoso

No parece realista esperar grandes cambios, y rápidos, a nivel mundial. Pero si no se hacen, los impactos negativos van a ser muy severos.

Desde los años ochenta y los noventa muchos nos hemos embanderado en la causa ambiental y los movimientos ecologistas. En acciones y escritos prestamos mucha atención a la cuestión ambiental. Tanto en lo que escribimos (desde 1994 en *Utopía y Estrategia. Democracia y Socialismo*, en colaboración con Marcelo Pereira)[20] como en la actividad política en general. Incluso, en otros trabajos posteriores, atendimos la advertencia de los expertos sobre los riesgos de las crisis sanitarias.[21] Para frustración de muchos, la posibilidad de alterar las tendencias hegemónicas ha sido mínima, y

solo hemos sido testigos y presenciado el agravamiento de la crisis ecológica.

Frente a la timidez y escasa potencia de la reacción planetaria la preocupación y la angustia han crecido. En última instancia, la acumulación económica fundada en una competencia feroz entre empresas, sistémica y escasamente regulada explica esta continuada y poco resistida agresión ecocida.

La cuestión energética, por ejemplo, que está en la base de la contaminación atmosférica y de otros espacios, acompasa el ritmo de la acumulación económica. Quiere decir que el problema, para ser revertido, debe ser encarado con actos políticos y sociales fuertes. Estoy convencido de que solo la reacción indignada de las sociedades puede revertir las tendencias. ¿Esto será posible?

Hemos carecido, por otra parte, de una visión sistémica del problema, más holística que focalizada.

No somos partidarios, por ejemplo, del reduccionismo de lo ambiental a lo climático y de este al problema (real, pero no el único) del calentamiento global. Estimamos que es necesario jerarquizar antes la

cuestión de la contaminación. Hace mucho que sabemos que las emisiones superan la capacidad de absorción de la biósfera, pero también que la contaminación ambiental tiene una vasta diversidad de manifestaciones. El cambio climático es una de ellas, aunque existen discusiones científicas en cuanto al grado de su carácter antrópico (o antropogénico).

Huella ecológica, contaminación y biodiversidad

Como lo sugerimos, la pandemia del nuevo coronavirus ha venido, entre otras cosas, para recordarnos quizá que la cuestión de la biodiversidad es tan importante como la contaminación. Y no siempre la crisis de la primera se debe a la segunda.

La huella ecológica de la acción humana en los últimos doscientos cincuenta años es tremenda. Hemos impactado severamente en toda la biósfera. Nada nos ha sido ajeno: ni la atmósfera, ni la hidrósfera (los deshielos en la criósfera, el deterioro alarmante de los océanos y cursos fluviales y la contaminación o escasez del agua dulce afectan a centenares de millones de personas) ni el agotamiento de recursos naturales provenientes de la

litósfera o la erosión y desertización de las tierras cultivables. Hemos arrasado con la biodiversidad.

En general, la disputa por los recursos naturales se ha desatado en términos globales y severos. Ya dimos cuenta en trabajos de divulgación anteriores del porte de la disputa por las tierras públicas y sociales y de los procesos llamados por David Harvey (2014) de «acumulación por desposesión» (p. 58-61).[22]

El propio papa Francisco se pronunció categóricamente en su encíclica *Laudato sí'* de mayo de 2015 en defensa del cuidado de la casa común.

Es cierto, como veremos más adelante, que en poco más de trescientos años hemos saltado de unos 600 millones de habitantes a más de 7500 millones. Pero el problema fundamental no es el crecimiento demográfico (y ahora, además, el envejecimiento de la población), sino el sistema económico dominante. Basta y sobra con el ejemplo de las quemas en el Amazonas.

En relación con el cambio climático y con los eventos extremos vale considerar las dificultades e idas y vueltas para el cumplimiento del Acuerdo de París (2015) y otros caminos que se abren en relación con dicho

cambio, así como también las crecientes protestas de la sociedad civil planetaria y en particular la mayor sensibilidad expresada por parte de los jóvenes. Lamentablemente persisten como válidas las afirmaciones del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC) de 2013:

> Se ha detectado la influencia humana en el calentamiento de la atmósfera y el océano, en alteraciones en el ciclo global del agua, en reducciones de la cantidad de nieve y hielo, en la elevación media mundial del nivel del mar y en cambios en algunos fenómenos climáticos extremos. Esta evidencia de la influencia humana es mayor desde que se elaborara el Cuarto Informe de Evaluación (p. 2).

El informe concluye que la mayor parte de los aspectos del cambio climático continuarían durante muchos siglos, ni siquiera en el caso de que cesaran las emisiones de dióxido de carbono.[23]

Los informes especiales posteriores de 2018 y 2019 reiteran los conceptos e incorporan datos cada vez más preocupantes. En la actualidad se prepara el sexto

informe del IPCC para 2022. Recientemente se conoció la primera entrega del Grupo de Trabajo I para dicho informe y sus advertencias son aún más duras de lo anticipado.

Es cierto que en París se alcanzó el primer acuerdo universal y jurídicamente vinculante sobre el cambio climático, adoptado en la Conferencia sobre el Clima (COP21) en diciembre de 2015. Dicha conferencia generó enormes expectativas y asumió compromisos muy ambiciosos, pero las metas país se establecieron como voluntarias, y además los cambios de orientación política afectaron dramáticamente la voluntad de cumplirlas. Ya vimos lo que sucedió con los resultados de la COP21 en Estados Unidos durante la administración de Trump o las declaraciones y acciones de Bolsonaro en Brasil. Es cierto también que luego vino el cambio de timón en Estados Unidos y las nuevas promesas de la administración de Biden.

Es verdad que la alianza entre la protesta de la sociedad civil, los avances en el conocimiento y los procesos de innovación tecnológica pueden actuar como contratendencias frente a estas acciones, pero no alcanzan. El desafío es enorme.

Una transición energética variable

Como se sabe, una cuestión clave en materia de descarbonización de la atmósfera es la transición energética desde el abrumador predominio de las fuentes de energía fósil hacia fuentes alternativas. Sin embargo, ese proceso carece actualmente de una conducción global que sea capaz de timonear una transición con dificultades técnicas e indudables impactos económicos y sociales de gran porte y que debería hacerse en los tiempos requeridos, es decir, que se pueda concretar en tiempos históricos breves. Un mundo en el que predominan algunos actores públicos nacionales y los actores privados transnacionales más poderosos no habilita la gobernanza necesaria para impulsar y conducir esa transición.

De acuerdo con la información disponible, el panorama descripto por el FMI en 2016 en relación con la transición energética no solamente no ha mejorado en un mundo dominado en 2020 y 2021 por el impacto de una pandemia. Recordemos como una referencia y una orientación, que algunos comparten y otros no, lo que sostuvo el FMI en abril de 2016: «La transición energética

se encuentra en una coyuntura crítica» (p. 51). Esto sería así porque a pesar de que la participación del petróleo en la energía primaria descendió significativamente en el último medio siglo y el gas natural incrementó la suya significativamente y seguirá haciéndolo, y pese al aumento de las energías renovables, según las estimaciones de la Agencia Internacional de la Energía (AIE) en 2015, las emisiones totales de gases de efecto invernadero aumentaron debido al incremento de la demanda de carbón. […] Teniendo en cuenta su relativa limpieza y abundancia, el gas natural puede desempeñar un papel clave como eslabón en la transición del uso del carbón al uso de energías renovables. […] Hay un formidable descenso del costo de diferentes energías renovables, como la energía solar y la energía eólica (p. 53-54).

Además, «la AIE pronostica que la proporción de las energías renovables aumentará de 14% en 2013 a 19% en 2040, a la luz de los cambios previstos en las políticas energéticas» (p. 55).

Estas proyecciones no dejaban de ser muy desestimulantes en su momento, y en los últimos años no

se han producido cambios muy importantes en el sentido deseado; por el contrario, nada indica que se haya avanzado. Incluso considerando que los costos para obtener petróleo serían crecientes, porque cada vez se gasta más energía para producirlo, procesarlo y entregarlo como producto final.

Las relativizaciones en algunos terrenos se originan en el predominio de la incertidumbre. Basta recordar lo que sucedió o está sucediendo con la denominada *revolución del esquisto* y todo lo relativo principalmente con el *shale gas*. Como señalaban David G. Victor y Kassia Yanosek (2017), en la década pasada la innovación ha trastocado la industria de la energía.

No sabemos cómo continuará produciéndose la transición energética —ignoramos fundamentalmente cuáles serán y en qué proporciones los ingredientes y los tiempos de dicho puente— pero sí sabemos por qué objetivos luchamos: por energías limpias y con la urgencia debida a la humanidad.

El horizonte verde al cual nos referimos tiene implicaciones en diferentes planos. La distribución equitativa de los recursos naturales es uno de ellos, como

se ha advertido de manera reiterada en relación, por ejemplo, con la distribución del agua dulce. Tanto la población como la oferta de agua tienen una distribución absolutamente desigual en el planeta, y sin computar la variabilidad espacial y temporal de las precipitaciones.

> De hecho, […] los países con menor disponibilidad de agua compran los alimentos en los países donde existe un excedente de agua, por lo que aquellos financian la importación de agua en los alimentos, exportando productos industriales y servicios; eso es lo que está sucediendo en China, India y el sureste asiático[24] (Genta, 2016).

La historia enseña que muy importantes civilizaciones se han precipitado en el vacío ecológico, y su decadencia o desaparición se explican por fenómenos de este origen. Muy cerca nuestro, en esta América Latina, ¿cómo explicar, por ejemplo, el derrumbe de la civilización maya sin apelar al impacto de la restricción ambiental?

Para bloquear esta terrible perspectiva es necesario luchar con un objetivo claro. Desde ese punto de mira cabe preguntarse si están bien enfocadas las luchas

actuales de los movimientos ecologistas más conocidos. Si bien dicho movimiento social ha tenido un desarrollo destacable en los últimos cuarenta años, incorporando nuevas preocupaciones y temáticas, no nos parece que esté en consonancia con el desafío.

Sabemos que el horizonte verde es una cuestión vinculada, más que nada, con el modelo de desarrollo. Es por esa razón que estamos convencidos de que el ambientalismo solo tiene perspectivas si se articula con otras luchas.

La agenda ambiental pendiente

¿Qué hemos hecho en Uruguay?

Corresponde que nos preguntemos: ¿qué hemos hecho y deberemos hacer en y desde nuestro país para enfrentar el desafío ecológico?

Ciertamente, en Uruguay hemos avanzado decididamente en los últimos quince años. Basta con recordar algunos datos: las energías renovables cubren más de la mitad de nuestra matriz energética primaria y la casi totalidad de la generación eléctrica (los parques eólicos, en particular, han tenido un desarrollo notable). A su vez, se ha fortalecido en forma importante la capacidad pública para evaluar los impactos ambientales de los proyectos de inversión, así como también se incluyó en esta valoración el enfoque territorial y patrimonial.

El plan estratégico elaborado durante la primera administración Vázquez (2005-2010) tuvo resultados notables. Fue liderado desde el Ministerio de Industria,

Energía y Minería y ejecutado principalmente por dos empresas públicas (ANCAP y UTE). Los resultados se alcanzaron en ese tiempo y después en materia de diversificación energética y de energías alternativas.

En un campo complementario, estimo que un buen documento resumen de lo que se ha hecho en el país por parte del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA) fundamentalmente en la segunda administración Vázquez (2015-2020) lo constituye su Memoria de Gestión, publicada a principios de 2020 algunas semanas antes del cambio de gobierno, con Eneida de León, como ministra y Jorge Rucks como subsecretario.

En dicha Memoria, Ignacio Lorenzo, director de Cambio Climático, advierte sobre nuestra vulnerabilidad, porque nuestros sistemas productivos, incluido el turismo, dependen del clima, y porque el 75% de la población está en zonas costeras, el 98% vive en áreas urbanas y en algunas ciudades un número importante de familias habitan en áreas inundables (MVOTMA, 2020).

En el mismo documento, Jorge Rucks se pregunta: «¿las consecuencias ambientales de las actividades

productivas intensivas hacen necesario repensar el modelo productivo en el Uruguay?» (p. 15).

Además, Salvador Schelotto, desde la Dirección Nacional de Vivienda, sostiene con énfasis que «la precariedad urbano-habitacional es uno de los problemas relevantes» (p. 21).

José Freitas, a cargo de la Dirección Nacional de Ordenamiento Territorial, enfatiza la importancia del equilibrio territorial, la jerarquía de la planificación de las ciudades y el territorio, su mirada anticipatoria y su aptitud para identificar tendencias. A su juicio, es preciso adoptar decisiones y profundizar las acciones en el marco de la Ley de Ordenamiento Territorial y Desarrollo Sostenible (2008) y de la Ley de Directrices Nacionales de OT (Ordenamiento Territorial, 2017).

Recuerda que el ordenamiento territorial es un acuerdo social, que requiere negociación para privilegiar el interés general. Esa perspectiva sería clave para la gestión del territorio urbano y rural, costero, interior o fronterizo. En el área urbana para enfrentar sus complejos problemas (en 2018 se aprobó, por ejemplo, la Estrategia Nacional de Acceso al Suelo Urbano que

involucró coordinación entre Vivienda, Ordenamiento Territorial y Gobiernos Departamentales) y en el área rural para la determinación de los espacios de uso preferente para la forestación o la lechería, la conservación del agua dulce y otros recursos naturales, etcétera.

Otro avance significativo fue la aprobación de la Ley de Directrices Costeras de Ordenamiento Territorial (2019), norma que busca un marco de planificación integral de la costa del Río de la Plata y del océano Atlántico, dado que el ecosistema costero sufre una degradación importante y requiere un manejo específico.

Por su parte, Alejandro Nario, desde la Dirección Nacional de Medio Ambiente (dependencia que hoy forma parte del novel Ministerio de Ambiente), sostiene con acierto que «el principal problema ambiental del país es la forma de producción y consumo, más allá del control de las externalidades que eso genera, como pueden ser los residuos o los problemas de calidad del agua» (MVOTMA, 2020, p. 74).

Destaca el significado de los estudios sectoriales porque incorporaron nuevos sectores a autorizar, como el eólico, forestal y agropecuario.

En materia de políticas públicas de porte estratégico incluye la aprobación de la Estrategia Nacional de Biodiversidad 2016-2020 (con las bases para la gestión y conservación de los ecosistemas, especies y recursos genéticos y de los bienes y servicios derivados), y en particular el fortalecimiento del Sistema Nacional de Áreas Protegidas y el decreto que aprobó en 2019 el Plan Nacional Ambiental para el Desarrollo Sostenible. De acuerdo con sus datos, las áreas protegidas eran 17 a principios del 2020 con cerca de 377 000 hectáreas, representando el 1% del territorio continental y marino, 100% de las ecorregiones, 100% de las unidades de paisaje, 51% de los ecosistemas amenazados y 45% de las especies amenazadas.

Por otra parte, la gestión integral de residuos dio sus primeros pasos hacia un modelo de economía circular. En 2019 se elaboró el *Sexto Informe Nacional al Convenio de Diversidad Biológica*, que registró avances superiores al 70% de las metas nacionales.

Además, desde 2016 se desarrolla el Plan de Restauración de Ecosistemas con participación ciudadana (como la recuperación del monte nativo como una de las acciones para proteger la calidad de las aguas en la cuenca del río Santa Lucía).

Daniel Greif, desde la Dirección Nacional de Aguas, lista los avances normativos más importantes: en 2009 la Ley de Política Nacional de Aguas, en 2017 el decreto que aprobó el primer Plan Nacional de Aguas (PNA) y, finalmente, en 2020 el decreto que hizo otro tanto con el Plan Nacional de Saneamiento (PNS), «primer instrumento de planificación que aborda el acceso al saneamiento de toda la población del país» (MVOTMA, 2020, p. 101). A su vez, enfatiza la función de los Consejos Regionales de Recursos Hídricos y de las Comisiones de Cuenca, así como también la importancia de la gestión integrada de cuencas transfronterizas (principal pero no exclusivamente la cuenca del Plata).

¿Cuál es la agenda nacional pendiente?

A nivel nacional se ha avanzado en los órdenes mencionados, y también principalmente en los planes de

uso y manejo de los suelos impulsados por el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca; aunque están pendientes, entre otras cuestiones, investigaciones sobre las emisiones de metano por los rumiantes. En ese contexto parece claro que nuestra principal contribución debería pasar por la centralidad de la cuestión ambiental en la estrategia de desarrollo, más específicamente por la diversificación y transformación de la base productiva agropecuaria.

Esa diversificación, incluida la disputa por las tierras, se ha focalizado desde hace muchos años y principalmente en las políticas públicas y los debates en relación con el desarrollo de la forestación y la industria forestal y toda la cadena productiva forestal-maderera; temas tales como soberanía y extranjerización, extensión de las áreas de prioridad forestal, diversificación de las especies, consideración de los impactos sociales y ambientales, desarrollo de la cadena de valor e incorporación de tecnología, nexo con la bioeconomía y otros temas vinculados.

En un zoom realizado recientemente por varias unidades temáticas del Frente Amplio con Pierre

Gautreau, este insistió críticamente en la actualidad de estas cuestiones y en conceptos que ya había desarrollado en su libro de 2014.[25] En particular insistió en aquellos relativos a la ultraespecialización celulósica del modelo de silvicultura desarrollado en nuestro país y a sus problemáticos efectos agronómicos, ambientales (incluidos los paisajísticos), económicos, sociales y locales. A esta cuestión se refiere Pittaluga (2018).

De cualquier modo, el debate ya abarca a la agricultura intensiva, al uso de los agroquímicos y a otros problemas directa o indirectamente relacionados, así como a la agroecología, cuya demanda emergente debe ser considerada.

Todo ello sin omitir la importancia del transporte eléctrico y el impacto favorable que tendría el uso de las vías fluviales y marítimas para el transporte de mercancías y de nuestra producción.

En el documento para Fesur sosteníamos que era preciso avanzar mucho más en materia de desarrollo de infraestructuras, tarea que el país debería afrontar conjugándola con fuertes consideraciones ambientales. Teníamos en cuenta los logros en energías alternativas y

renovables, telecomunicaciones o plataformas logísticas. Pero recordábamos los déficits existentes para ese momento en el modo ferroviario (que ahora muy recientemente inició su recuperación —parcial— con el proyecto de *Ferrocarril Central*), en el transporte fluvial y la navegación de cabotaje y en todo lo relacionado al sistema de puertos.

En el mundo, como lo ha recordado el ingeniero José Luis Genta,[26] como la mayor parte de la energía se destina al transporte y al hábitat el crecimiento de las energías renovables en las matrices energéticas constituye un avance decisivo en la sustentabilidad. No obstante, sostiene que en los próximos años es necesario maximizar el ahorro de energía en el transporte dada su dependencia de los combustibles fósiles.

¿Qué significa ello para nuestras políticas públicas?

En el mismo lugar Genta menciona que «se ha estimado[27] que una barcaza en una hidrovía equivale a 20 vagones en el modo ferroviario y a 60 camiones en el modo carretero de transporte. Esta orientación de política pública es, quizá, aquella en que más se aplica un

decidido esfuerzo incremental. Y también la más fácil de acordar a amplia escala regional».

En suma, en relación con el punto ambiental de la agenda nacional y sin olvidar los avances ya realizados y las dimensiones y escala del país, una de nuestras principales apuestas inmediatas debe pasar por avanzar en los modos y sistemas de transporte. Como veremos, a escala estratégica la diversificación de la matriz productiva constituye la cuestión medular y de fondo (sin perjuicio de la continuidad o el inicio de las líneas de acción mencionadas y de todo lo que se pueda hacer en materia de adaptación y mitigación de impactos).

¿Hacia los estallidos de protesta?

En 2013 en la introducción a nuestro trabajo titulado *El nuevo mundo* nos preguntábamos:

> ¿Qué perspectivas abren los cambios sociales que se están dando aceleradamente, como los que ocurren en el mundo laboral, en materia de migraciones o con el desarrollo de las clases medias, los movimientos de protesta de base étnica, cultural o de género o las manifestaciones de indignación frente a las políticas de ajuste en el capitalismo central? (Rubio, p. 15).[28]

Para intentar una respuesta, ocho años después de haber formulado esa interrogante fundamental, comenzaremos con distintas aproximaciones.

El incremento de las desigualdades

El incremento de las desigualdades, los cambios tecnológicos y su impacto en el mundo del trabajo, el impulso de las migraciones hacia los centros, el corrimiento de los electorados a la derecha o a la

extrema derecha en ellos y la crisis del progresismo en América Latina (fundamentalmente en Sudamérica), los cambios en las formas de comunicación, los avances de las sociedades de control social y, por último, el impacto de las pandemias son solo algunos de los factores a tener en cuenta como nuevos escenarios para las luchas sociales y políticas.

Los nuevos desarrollos de la cuestión de la desigualdad, a partir de aportes de Thomas Piketty (2014), han cambiado muchas cosas. Nunca se había realizado una investigación de tal envergadura y de solidez a mucha prueba.

Esta desigualdad fundamental, que expresaremos como r>g —en la que *r* significa la tasa de rendimiento del capital (es decir, lo que en promedio produce el capital a lo largo de un año en forma de beneficios, dividendos, intereses, rentas y demás ingresos del capital, como porcentaje de su valor) y donde *g* indica la tasa de crecimiento (es decir, el incremento anual del ingreso y de la producción)—, tendrá un papel esencial en este libro; en cierta manera, resume la lógica del

conjunto de sus conclusiones (p. 42, 390-391, gráficas claves X.9 y X.10).

En estas gráficas se expresan claramente dos cuestiones clave: la primera, que antes de los impuestos la tasa de ganancia del capital siempre ha sido superior a la tasa de crecimiento del producto, lo que implica que crece la participación de los ricos en la riqueza social; y la segunda, que en países dados y durante períodos limitados la presión de las sociedades y la acción de la política han modificado esta evolución. El impacto de las políticas redistributivas (y de las guerras) es evidente.

Las conclusiones se extraen *in extenso* en *Capital e ideología* (2019): la desigualdad siempre se incrementa, salvo en el período de las guerras mundiales y en la edad de oro (1950-1980) de las políticas redistributivas de la socialdemocracia.

El equipo de Piketty, Alvaredo, Chancel, Saez y Zucman en el *Informe sobre la Desigualdad Global 2018* ofrece una versión didáctica del tema a los actores sociales y políticos. Para su elaboración, el World Inequality Lab (laboratorio sobre la desigualdad global)

se basa, según se manifiesta en el inicio, en las evidencias más recientes sobre la desigualdad en el mundo.

Es particularmente expresiva la gráfica denominada *la curva del elefante*[29]. La versión incluida en la introducción de *Capital e ideología* de Piketty es interpretada de la siguiente manera:

> El 50% de los habitantes con menor renta del mundo ha experimentado un aumento importante de su poder adquisitivo entre 1980 y 2018. El 1% más rico del mundo ha experimentado un crecimiento todavía mayor […]; las rentas intermedias, en cambio, han experimentado un crecimiento más modesto. En resumen: las desigualdades entre la parte inferior y la parte intermedia de la distribución mundial han disminuido, mientras que han aumentado entre la parte intermedia y la parte superior (p. 41).

En otras palabras, disminuye la pobreza a nivel mundial, aumenta la concentración de los ingresos y de la riqueza (aumenta la desigualdad desde la década del ochenta),[30] baja la participación relativa de las clases medias, porque esta aumenta en los emergente y baja en el mundo desarrollado.

Resulta claro que si en lugar de estimar la participación relativa de las clases medias se estima su desarrollo en relación con niveles mínimos y máximos de ingresos dados —individuales o familiares—, el resultado es un impresionante crecimiento de esos grupos sociales. De acuerdo con Homi Kharas (2017), por 2015 las clases medias superaban ampliamente los 3000 millones de habitantes, y casi la mitad vivían en Asia.[31]

¿Este incremento de la desigualdad, que se viene registrando al menos desde los años ochenta del siglo XX, es compatible con las tesis sobre la caída tendencial en la tasa de ganancia de las empresas? La respuesta depende de muchos factores: comportamiento del producto, captación de los incrementos de productividad, etcétera. En todo caso, corresponde a un debate entre economistas.

A pesar de que se registra una importante diversidad de opiniones, Michael Roberts (2017b) insiste en que la tasa de ganancia del G7 cayó secularmente en 1964-2007. La recuperación modesta de los años ochenta y novena fue seguida de una recesión en 2001, un repunte

en los años siguientes y una fuerte caída durante la Gran Recesión en 2008-2009.

El irritante contraste entre las posibilidades de las sociedades opulentas y los mundos de la pobreza ha dado, en otro escenario, un muy fuerte impulso a las migraciones hacia los países centros. Como ha dicho en su brillante ensayo Sami Naïr (2006): «Al liberalismo salvaje de la economía mundial corresponden unas emigraciones anárquicas» (p. 278).

Por otra parte, la fuerza de las migraciones ha chocado violentamente con respuestas como el auge de la xenofobia, el racismo, el nacionalismo proteccionista y otras expresiones de la ultraderecha en esos mismos países centros, en parte sustentadas en las frustraciones sufridas por los denominados *perdedores de la globalización*, lo que se ha manifestado como un corrimiento en el espectro político en lo que va del siglo XXI, fundamentalmente en Europa y EEUU.

En cuestiones como las vinculadas al ambiente, la seguridad, sanidad o migración la globalización que impulsan y controlan los privilegiados del planeta

produce un efecto búmeran que termina pegando en sus propios rostros.

Las derechas y los perdedores de la globalización

It's the Globalization, Stupid ha titulado Roberto Stefan Foa en 2016, tratando de explicar el éxito del populismo de derechas que se expresó en el Brexit y Trump. Con la globalización se incrementaron el comercio y las migraciones (y, agregamos, también los perdedores fueron muchos), y la consecuencia habría sido el enojo y la deslegitimación de las instituciones internacionales y del propio sistema democrático, el nacionalismo y la antipatía ante los migrantes.

Joseph Stiglitz ha insistido en el vínculo entre los afectados por la globalización, el bloqueo de las políticas sociales y el auge de las derechas: hubo perdedores (cuánto se debe al cambio técnico y cuánto a la competencia externa es otra discusión, a la cual haremos referencia más adelante). Desde principios del siglo, Stiglitz (*El malestar en la globalización*, 2002) viene insistiendo en los impactos sociales negativos de la conjunción de la globalización con el neoliberalismo. En

2016 en el *Globalization and its New Discontents*[32] sostiene que el nuevo libro de Branko Milanovic *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization* aporta información reveladora sobre los grandes ganadores y perdedores durante el período 1988-2008: «Por un lado, ganan los plutócratas del 1%, pero también las clases medias de las economías emergentes; y, por otro, en el sentido de que ganaron poco o nada, estaría el resto de los sectores sociales de los países avanzados. Y aunque la globalización no es la única razón, es una de ellas». En este contexto, el comercio de bienes sustituye al movimiento de los trabajadores, y la importación de bienes de China que requieren muchos trabajadores poco calificados reduce una demanda equivalente en Europa y EEUU.

En su trabajo de 2017 *The Globalization of Our Discontent* Stiglitz recuerda que publicó quince años antes de aquel un libro que hemos mencionado y que procuraba explicar por qué había tanto descontento en los países en desarrollo con la globalización. En 2017 sostiene que existe un abordaje que consiste en la protección social sin proteccionismo, lo que han hecho

los pequeños países nórdicos, y que permite ayudar a los trabajadores a moverse de los antiguos trabajos a los nuevos. Sin embargo, no se generalizaron estas políticas.

La consecuencia es la crisis de la democracia: «La pérdida simultánea de confianza en el neoliberalismo y en la democracia no es coincidencia o mera correlación: el neoliberalismo lleva cuarenta años debilitando la democracia» (Stiglitz, 2019).

Cabe preguntarse, sin embargo, si la pérdida de empleos (caballito de batalla del vuelco a la derecha en muchos países) se debe a la globalización y a las cadenas de valor o a la revolución tecnológica. De acuerdo con estudios de la OCDE (Marcolin y Squicciarini, octubre 2017), incidieron más los cambios tecnológicos que el *offshoring* y el comercio.

Es fácil concluir de todo lo anterior que el mundo ha involucionado notablemente en muchos aspectos; pero buena parte del juicio depende de la escala histórica en la que nos situemos. Porque, y al mismo tiempo, los avances sociales también han sido muy notables en los últimos siglos y aun en las últimas décadas (y su contracara). Tanto la población como la renta nacional se

han multiplicado por 10 entre 1700 y 2020. En trescientos años la esperanza de vida al nacer pasó de 26 a 72 años. Apenas un 10% de la población mundial mayor de 15 años estaba alfabetizada a comienzos del siglo XIX, frente a más del 85% en la actualidad (Piketty, 2019, p. 31-32).

Pandemias: un mundo sin asilo ni refugio

Por cierto, no todas son rosas. La actual pandemia del nuevo coronavirus está mostrando la fragilidad de la globalización capitalista. Como decía en 2020 David Harvey: «La experiencia previa había mostrado que uno de los inconvenientes de una globalización creciente estriba en lo imposible que resulta detener la rápida difusión internacional de nuevas enfermedades» (*Sopa de Wuhan*, p. 84).

Ya hemos aludido al modelo de la acumulación capitalista y a su expansión planetaria (en dos sistemas) y a su base ecológica insostenible (como consecuencia de doscientos cincuenta años de modelo predatorio y extractivista fundado en las energías fósiles). También a sus consecuencias ambientales en materia de

contaminación, calentamiento global, daño severo a la biodiversidad y urbanización insostenible (desarrollo incontrolado de la urbanización y en particular de las megalópolis), a la crisis de la biósfera (seres vivos y medio físico) y al daño agudo de los ecosistemas. Pero no insistimos en las interacciones bióticas y en una de sus expresiones en las pandemias.

Distintos trabajos vienen señalando que las pandemias que estamos sufriendo constituyen una manifestación de la crisis civilizatoria, no solamente de la globalización, sino de la crisis ecológica, del capitalismo consumista y de la extensión incontrolada de los asentamientos urbanos. Debemos tomar en cuenta que en una década y media hemos tenido una sucesión de crisis sanitarias regionales o globales. El impacto diferencial de estas crisis sanitarias ha dependido en gran medida de la fortaleza o debilidad de los sistemas de salud y de las estrategias adoptadas ante ellas. Los trabajos de investigación que se realicen en el futuro sin duda echarán luz sobre estas cuestiones en los próximos años.

En el área de salud, el sistema propietarista de los bienes públicos está siendo jaqueado en un punto extremadamente sensible durante la pandemia del coronavirus. La actual guerra de las vacunas ha puesto en evidencia la irracionalidad más absoluta de un sistema que coloca a la humanidad en una situación de riesgo sanitario y posibilidad de muerte terrible, de enfrentamiento entre los países ricos y que deja en la más absoluta indefensión a los países pobres.

El 8 de febrero de 2021 planteábamos en una publicación en Twitter: «Si la pandemia es tan grave, que lo es, ¿por qué no se liberan las patentes? Porque los intereses económicos del capitalismo privado o de Estado tienen más poder que la salud de la humanidad. 100 millones de dosis hoy en 7500 millones es una cifra ridícula. ¡El sistema mata!».

La demanda mundial de vacunas es inmensa. El cuello de botella en la producción y en los sistemas de salud es obvio. El problema de los países en los que están los laboratorios es de ellos. En el resto hay que optar entre ponerse en la cola o apelar a las *licencias obligatorias*.

Como lo expresó Stiglitz (2006) alguna vez, cuando los ministros de Comercio suscribieron los acuerdos sobre la propiedad intelectual (los ADPIC o Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio) en Marrakech el 15 de abril de 1994 «se mostraron tan complacidos por haber llegado a un punto de acuerdo que no se percataron de que habían firmado la sentencia de muerte de miles de personas de los países más pobres del mundo» (p. 145).

La experiencia con las licencias obligatorias fue exitosa en la lucha contra el sida (Brasil y otros). Sobre la base de las resoluciones del GATT/OMC 1994 en Marrakech y Enmienda de DOHA (2001, 2003, 2005) ratificada en 2017. Es posible que algunos países tengan que apelar a ello si todo va lento y caro.

El 10 de febrero de 2021 la Red Latinoamericana y del Caribe de Educación en Bioética de la Unesco (Redbioética) manifestaba que «es urgente que las patentes farmacéuticas sean suspendidas mientras dure la pandemia, con el objetivo de garantizar que las poblaciones más vulnerables sean vacunadas y de evitar que nuevas mutaciones sean generadas» y demandaba

«implementar un sistema internacional basado en la justicia global, que tome distancia del modelo mercantilizado que rige hoy la venta y distribución de insumos y vacunas contra el coronavirus». La Redbioética plantea que los insumos para enfrentar al coronavirus «sean bienes públicos globales, libres de las barreras que imponen las patentes y otros tipos de propiedad intelectual».[33]

Poco después, el representante para esta región de Médicos Sin Fronteras planeaba desde Brasil la suspensión temporal (compensada) de patentes como el camino más adecuado para la humanidad, en particular para los países pobres.[34]

El 24 de marzo de 2021, Médicos Sin Fronteras libró un comunicado en el que se manifestaba:

> Urgimos a la Unión Europea a compartir la tecnología y los conocimientos de las vacunas y a dejar de bloquear la supresión de las patentes COVID-19 de forma temporal en la Organización Mundial del Comercio» […]. Pedimos así a los líderes europeos la adopción de medidas concretas para asegurar que se comparta la tecnología y los

conocimientos de las vacunas COVID-19 con todos los posibles fabricantes, incluidos aquellos de los países de ingresos bajos y medios, para aumentar el suministro mundial de vacunas.[35]

A su vez, el 25 de marzo de 2021 Amnistía Internacional realizaba planteos con similar objetivo, y demandaba condiciones a la financiación pública para que las empresas compartan sus datos y tecnología con otros fabricantes.

El 15 de abril 2021 más de 170 exjefes de Estado y de Gobierno y Premios Nobel pedían a Joe Biden la eliminación de los derechos de las patentes para las vacunas contra el coronavirus y una vacuna accesible a todos los países para terminar con la pandemia. El papa Francisco se pronunció en la misma dirección.

Por su parte, Joe Biden anunció que esa sería la postura de Estados Unidos en la OMC.

Los economistas debaten acerca del agotamiento del capitalismo,[36] pero frente a esta forma de la irracionalidad estamos mucho más tentados a interrogarnos acerca del agotamiento de un sistema

civilizatorio, aunque, es verdad, estas últimas señales despiertan en nosotros el aliento de la esperanza.

El cambio tecnológico y el mundo del trabajo

No es conveniente analizar la situación de los movimientos sociales sin dar cuenta de otros cambios en las sociedades, en particular en el mundo del trabajo y como consecuencia principalmente de las transformaciones tecnológicas. Juan Manuel Rodríguez (2018), teniendo en cuenta los cambios de lo que denomina «la tecnología de la cuarta revolución industrial», en particular el incremento de la potencia computacional y el manejo de los *big data*,[37] el desarrollo de la inteligencia artificial, de la robotización y de la internet de las cosas, ha avanzado reflexiones importantes sobre el cambio de situación.

Rodríguez registra cambios en los sistemas de trabajo y el dualismo en las relaciones laborales. Por un lado, el desarrollo de la fábrica inteligente (primer sistema laboral) con la introducción de la flexibilidad locativa y temporal (flexibilidad en cuanto al lugar donde se realiza el trabajo y al tiempo de trabajo). Uno de los

resultados es la extensión de la jornada y la evaluación por resultados; se generalizaría el concepto de cuenta corriente del tiempo de trabajo mensual, anual o vitalicio. Por otro lado, se encuentran los trabajos atípicos y de plataformas[38] (segundo sistema laboral). En ese contexto, según el autor, la clásica división entre dependiente y autónomo ha sido desbordada por el empleo temporal (contratos con duración determinada, por proyectos o tareas), el empleo a tiempo parcial, la tercerización (trabajadores contratados por una suministradora), y «el empleo ambiguo»; las tres primeras formas de trabajo atípico serían dependientes (trabajadores por cuenta ajena), la cuarta comprende el *crowd work*, de convocatoria abierta (tipo Uber y plataformas similares), en el cual la comunicación con el trabajador se da por medio de un ordenador.

Control y cambio cultural

Arribados a este punto, resulta pertinente colocar algunas preguntas antes de identificar rutas de salida, al menos para los progresismos en nuestra región.

¿En qué consisten las nuevas formas de control por parte de las estructuras de poder?

En segundo lugar, ¿cómo impacta la sociedad del control en la dominación y la hegemonía?

Por último, los cambios en el control y la subjetividad, ¿cómo afectan a los movimientos sociales?

De Gramsci a Guha

Si no ahondamos en estas cuestiones, por abstractas que puedan parecer, no lograremos avizorar una explicación de los fracasos y victorias de los progresismos y las izquierdas.

Como ya lo hemos advertido antes, estos cambios modifican grandemente los escenarios para las luchas políticas y para la acción de los movimientos sociales.

Estamos convencidos de que en nuestras sociedades el control desempeña un rol creciente, y la persuasión, al menos como se realizaba clásicamente, tiene un peso decreciente. Hasta hace una década la izquierda y el pensamiento político en general reflexionaban principalmente acerca del papel de los medios de comunicación masivos y de las estructuras sociales de encuadre, tales como las familias, las instituciones, las iglesias o los vecindarios territoriales, en la conformación del sentido común dominante en las sociedades. Pero esa realidad ha sido ya alterada muy profundamente por el desarrollo y la penetración de internet y, junto con ella, de las nuevas formas de control social, lo que también se asocia con estallidos de malestar y protesta que irrumpen súbitamente en las sociedades y que ni izquierdas ni derechas saben prever ni mucho menos interpretar y canalizar.

Algunos adelantados como Gene Sharp (autor del difundido manual *De la dictadura a la democracia*) percibieron los cambios y diseñaron estrategias (las *revoluciones de colores*) en relación con los estallidos de este tipo como una forma de acción política de las

derechas, aunque, como en el *Fausto* de Goethe, a veces las cosas siguen un curso inverso al diseño que las promovió.

Entre otras conclusiones a las que podríamos llegar, el esquema clásico de la hegemonía ya no se aplica tal cual lo conocimos hasta hace muy poco.

Comencemos por tener en cuenta dicho esquema, en su versión más clara, a nuestro juicio, que consiste en la relectura y desarrollo de Gramsci realizada por Ranajit Guha.

El historiador bengalí expuso el concepto de dominación, con y sin hegemonía, a partir de una reinterpretación de Gramsci. De acuerdo con el trabajo de Perry Anderson (2016) sobre los herederos de aquel, el giro dado por Guha fue muy esclarecedor. Anderson elogia con verdadero entusiasmo la obra de Guha *Dominance without Hegemony*, y la considera una sucinta obra maestra y el trabajo más llamativo jamás inspirado por Gramsci. Lo interesante es que Guha subsumió o colocó a la coerción y a la persuasión bajo el paraguas común de las distintas formas a través de las cuales se ejerce la dominación social, y consideró que la

hegemonía constituye una condición de dominación en la cual la persuasión sobrepasa a la coerción. En ese marco deja de considerar al dominio y la hegemonía como antinomias,[39] porque ello abre el espacio a la equivocada tesis liberal, en cuanto a que, si la hegemonía o el consenso son muy pero muy amplios, la coerción desaparece de la vida social. Puede haber coerción sin hegemonía (la crisis de la dominación británica en la India es un ejemplo muy revelador), pero no dominación sin coerción.

Anderson sostiene que Guha desarrolló un modelo que resolvió las ambigüedades de los escritos de Gramsci. Había una amplísima diversidad de relaciones de desigualdad en la India colonial, pero todas incorporaban una relación de Dominación y Subordinación, cada una de las cuales estaba integrada por un par de elementos interactuantes: Dominación por Coerción y Persuasión, y Subordinación por Colaboración y Resistencia.

En las distintas sociedades y tiempos, las relaciones de dominación y subordinación se alteran según el peso relativo de la coerción, la persuasión, la colaboración y la

resistencia. La hegemonía es una condición de la dominación en la cual la persuasión, el consenso, excede a la coerción. También puede suceder lo contrario y constituirse una situación, a la que alude el título de su obra, de dominación sin hegemonía (y claro, con una alta resistencia). Anderson expresa estas relaciones claramente.[40]

De Deleuze a Han

Ya en 1990 Gilles Deleuze en sus últimos textos (reunidos en *Conversaciones, 1972-1990*) realiza aportes de importancia para dar cuenta de las nuevas realidades.

En la entrevista que le realizara en 1990 Toni Negri,[41] este plantea:

> En su libro sobre Foucault […] propone profundizar en el estudio de tres prácticas de poder: el Poder Soberano, el Poder Disciplinario y sobre todo el poder del Control de la comunicación que hoy está llegando a ser hegemónico. Por una parte, este último escenario remite a la más elevada perfección del dominio sobre la palabra y la imaginación; por otra, nunca como hoy las minorías y las

> singularidades han sido hasta tal punto potencialmente capaces de recuperar la palabra y, con ella, un grado superior de libertad.

Frente a esta interrogante Deleuze responde:

> Estamos entrando en sociedades de control, que ya no funcionan mediante el encierro, sino mediante un control continuo y una comunicación instantánea. Burroughs empezó su análisis. Ciertamente, seguimos hablando de cárceles, escuelas y hospitales, pero se trata de instituciones en crisis. Y si están en crisis, las luchas relativas a ellas son ya luchas de retaguardia. Lo que se está instaurando tentativamente es un nuevo tipo de sanción, de educación, de vigilancia.[42]

Quizá nos permitan adentrarnos un poco más en esta nueva cultura los escritos del filósofo coreano-alemán Byung-Chul Han. No compartimos muchas de sus afirmaciones y el propio encuadre general, pero su agudeza permite incursionar en cuestiones clave.

En relación con la pregunta de si la sociedad de control potencia la persuasión, la construcción del sentido común, de las prácticas, significados y valores

compartidos por amplias mayorías, del consenso, la respuesta de Han es que sí. ¿Por qué potencia y transforma a la persuasión? Porque modifica las prácticas y valores corrientes al revertirlas sobre sí, sobre cada uno de nosotros; es decir, al interiorizarlas e invisibilizarlas.

¿Cómo es esto? Tratemos de discriminar tres impactos de las sociedades posmodernas (que no son, por cierto, todas las sociedades del planeta): el debilitamiento de la duración y de la temporalidad, del nosotros y de los vínculos sociales y, por último, de la privacidad y la intimidad.

El declive de la idea de proyecto personal —y de la idea del proyecto colectivo más aún— se desprende de lo anterior. Una de las virtudes de este enfoque es que, como veremos, contextualiza la cuestión del consumismo.

En primer lugar, la temporalidad deriva crecientemente en atemporalidad (en instantaneidad). Ya Manuel Castells había insistido a fines del siglo XX[43] en la desintegración del tiempo y de la duración en presentes puntuales.

Byung-Chul Han en *El aroma del tiempo* insiste con este enfoque: las actuales sociedades globalistas y consumistas se habrían convertido en sociedades puntillistas (del instante, del aquí y el ahora), sin duración, sin temporalidad extendida hacia el pasado y proyectada en el futuro; en suma, sin el espesor del tiempo. Lo que implica la «destemporalización», y la «desnarrativización».

Las sociedades se destemporalizan. De acuerdo con lo que se sostiene en *El aroma del tiempo*, el tiempo de puntos quiere suprimir o acortar los intervalos, por lo cual procura que todo ocurra o vaya más rápido, que se produzca una aceleración histérica de los acontecimientos, sin umbrales ni transiciones. En medio de la inquietud y las prisas el presente pierde el pasado y del futuro.

Esta duración desteñida impacta en las relaciones sociales, porque mina las prácticas temporales genuinas como el compromiso o la lealtad.

Según el autor, dicha desintegración del tiempo, a su vez, es funcional al capitalismo del hiperconsumo porque

los bienes no duran: son portadores de su caducidad, dado que el consumo y la duración no se llevan bien.

En segundo lugar, las sociedades se transmutan en sociedades de individuos aislados (aunque al mismo tiempo paradójicamente interconectados), de átomos que se autoexplotan. Byung-Chul Han extrema el concepto, y llega a sostener en su libro *En el enjambre* (2014) que se trataría de una explotación sin dominación, al perseguir gratificaciones que fugan incesantemente. Este concepto de *autoexplotación* de Han no parece enteramente compartible, aunque sí es cierto que muchos individuos se prodigan trabajando en forma extenuante para obtener aquellos bienes que suponen portadores de la felicidad.

La paradoja radica en que esta situación no nos permite estar más comunicados, sino que nos instituye como más solitarios. Nos des-socializa. Incluso cuando se producen olas de indignación, estas son volátiles y con frecuencia ajenas a lo público. Ello es así porque el enjambre digital no tiene alma ni espíritu, ni intimidad ni interioridad, consta solo de muchos individuos aislados que no se agrupan (eventualmente se concentran, pero

no se congregan) y que, por consiguiente, no construyen ningún *nosotros*.

Como lo dijo alguna vez Zygmunt Bauman (2007), las propias relaciones sociales se convierten en descartables.

En tercer lugar, la privacidad se destiñe completamente.

En forma complementaria, en el libro *En el enjambre* Byung-Chul Han sostiene que la comunicación digital en las redes no solamente anula las distancias, sino que privatiza la comunicación y extermina lo privado y, por consiguiente, lo público, porque este presupone apartar la vista de lo privado. Y esto no es posible (la existencia de lo público) en la medida en que la comunicación digital induce y fomenta una «exposición pornográfica de la intimidad y de la esfera privada» (en el capítulo «Sin respeto»). Y si desaparece lo privado cae también su contracara: lo público. Las caras que solicitan la atención de los otros no son semblantes, no tienen la «reserva que constituye la mirada» (en «El listo Hans»).

Si contrastamos estas afirmaciones del filósofo con lo que ha sucedido durante la crisis de la actual pandemia

quizá debamos matizarlas. Entre otras razones porque la pandemia obligó a las restricciones más drásticas de los vínculos sociales en la mayor parte de los países, y la forma más usada de revinculación consistió precisamente en la comunicación digital; y porque a la vez la pandemia desató formidables energías vinculantes y solidaristas.

Observado desde este lugar en el mundo, la filosofía de Han parece haber sido muy influida por fenómenos más presentes en las sociedades desarrolladas. Muchas dudas nos inquietan cuando valoramos el acierto de sus reflexiones en contextos de buena parte de Asia, África y América Latina. Para considerar solo un ejemplo: la fuerza política y social de los movimientos de base indígena en Bolivia y en Ecuador se inspira, al parecer, en otras visiones del mundo y de la vida. En una vereda opuesta, también es cierto que durante el ciclo reciente de los gobiernos progresistas en América Latina la lectura meritocrática («lo tengo porque me lo gané») alzó su voz con más fuerza que el relato político de las izquierdas, y en cierta medida lo avasalló.

En cuarto lugar, nace o se acentúa el *psicopoder*.

En la línea de pensamiento que Han viene desarrollando en relación con la des-socialización y el debilitamiento de la privacidad es consistente que sostenga en la *Topología de la violencia* que se registra una reversión de las exigencias sobre sí mismo. A diferencia de los sujetos de las sociedades de la obediencia y la disciplina que tienen frente a ellos a otro, sea a Dios o la conciencia, ahora los sujetos de «la sociedad del rendimiento» están marcados por una «relación narcisista consigo mismo» (en el capítulo «Psiquismo de la violencia»).

En este contexto se originarían frustraciones múltiples en las sociedades. Se produce una crisis de los encuadres tradicionales, y simultáneamente la globalización de la información y por consiguiente del espectáculo de la vida de los más privilegiados. De esa manera, el contraste entre la realidad y el ideal se expresaría con frecuencia en autoagresividad, y derivaría en trastornos psíquicos como la depresión, el *burnout* (el síndrome que se conoce como el estar quemado en el trabajo) o la hiperactividad. Se va a todo, y al no lograrlo se produce el choque y la frustración con todas sus

terribles consecuencias en las sociedades meritocráticas contemporáneas. De esta manera, se interioriza la violencia y con ello «se invisibiliza» (en la introducción del texto).

Ya *En el enjambre* Han había insistido en el concepto de psicopolítica, en el cambio post-Foucault que se ha producido: «en el lugar del biopoder se introduce el psicopoder» (en el capítulo «Psicopolítica»).

En suma, todo parece indicar que la persuasión y el consenso mayoritario que históricamente conquistaban las clases dominantes a través de las instituciones y organizaciones públicas o privadas de la sociedad civil, como las familias, escuelas, iglesias, gremios, empresas, organizaciones territoriales, deportivas, ONGs, medios masivos de comunicación, etcétera, están siendo alteradas y acumuladas con formas más sutiles de control de las conductas a través de las plataformas digitales y de la extensión de una cultura en donde cada quien se aísla y autoexige en la persecución de bienes ilusorios.

Para profundizar en este aspecto no he encontrado nada mejor que la importante investigación de Shoshana Zuboff *La era del capitalismo de la vigilancia*.

Zuboff: La era del capitalismo de la vigilancia

Hace ya un par de décadas incursionamos en una discusión acerca de los temas de la vida pública y privada[44] a propósito de la incidencia de los medios masivos de comunicación, fundamentalmente de la televisión (abierta o por abonados) y del corrimiento de las fronteras en un doble sentido de la expresión: lo público permanentemente presente en lo privado y algunos temas tradicionalmente privados, convertidos en públicos (como la violencia doméstica y la violencia de género). Nos fundábamos principalmente en los trabajos de Prost y Vicent y en investigaciones pioneras de nuestro país de Barrán, Caetano y Porzecanski.[45]

En este par de décadas transcurridas resulta más que evidente que el panorama trazado hacia 1999 ha cambiado radicalmente en materia de privacidad y de intimidad. Desde el inicio de su trabajo, Zuboff (2020) plantea su tesis central:

> El capitalismo de la vigilancia reclama unilateralmente para sí la experiencia humana, entendiéndola como una materia prima gratuita que puede traducir en datos de comportamiento. Aunque algunos de dichos datos se utilizan para mejorar productos o servicios, el resto es considerado como un excedente conductual privativo («propiedad») de las propias empresas capitalistas de la vigilancia, y se usa como insumo de procesos avanzados de producción conocidos como inteligencia de máquinas, con los que se fabrican productos predictivos que prevén lo que cualquiera de ustedes hará ahora, en breve y más adelante. Por último, estos productos predictivos son comprados y vendidos en un nuevo tipo de mercado de predicciones de comportamientos que yo denomino *mercados de futuros conductuales* (p. 21).

A lo largo de numerosas y densas páginas la autora describe minuciosamente la evolución de los sistemas de rastreo y la producción de los *big data* a partir de las personas, los nuevos desarrollos con los sensores y de la internet de las cosas (IoT), la colusión entre los cinco grandes (Google, Microsoft, Facebook, Twitter y Apple) y

los sistemas de inteligencia, la versión estatal china a través de los celulares y del expediente individual del *buen comportamiento*, las incursiones en las campañas electorales en la última década (el caso de Cambridge Analytica, que usó los datos personales de unos 80 millones de usuarios de Facebook para los anuncios de la campaña presidencial de Trump en 2016, es solo el más conocido) y, finalmente, el encuadre filosófico que adoptan con los trabajos de Burrhus Frederic Skinner sobre el conductismo y las tesis de Alex Pentland (Social Physics, 2014).

En este encuadre, lo que importa en relación a este aspecto son los patrones de conducta que se inducen y no los antiguos clivajes sociales (económicos, sociales, raciales, étnicos, de género y sexo, arreglos familiares y vínculos de parentesco, religiosos o nacionales). Advertir cómo las personas influyen unas en otras y se imitan mutuamente es la cuestión principal (Zuboff, capítulo 15).

Paradójicamente, el proceso de individualización creciente en las diferentes etapas o períodos de lo que Zuboff denomina «las tres modernidades» culmina, en la tercera, en el control conductual y en la constitución de

una colmena. Así, tendríamos una especie de sistemas de persuasión o, dicho de otra manera, de interiorización de una cultura, a través del control de la conducta que se induce.

Quizá lo más preocupante es el impacto en los jóvenes. A su juicio, distintas investigaciones han mostrado que la denominada Generación Z (nacidos a partir de 1996) es extremadamente dependiente de la conexión —prácticamente adicta a ella—, y cuando no puede sostenerla cae en un estado de aburrimiento, confusión, aflicción y aislamiento. Compararse con sus iguales, por otra parte, constituiría su principal preocupación.

En realidad, la adolescencia clásica siempre tuvo esta característica, pero lo que se viene a sostener ahora es que la veta narcisista, que había sido reforzada por la televisión, ahora es profundizada por las redes, en particular por algunas plataformas que han incrementado la intensidad, negatividad y compulsividad de la comparación social. La ronda de autorretratos vendría a ser una expresión muy típica de esta dinámica (Zuboff, capítulo 16).

Por sociedades de inclusión

Ahora bien, es posible imaginar que las sociedades del control y del individualismo extremo funcionarían sin tensiones agudas si las condiciones sociales fueran satisfactorias para las personas. Pero esto no es así. Las desigualdades sociales propician la resistencia (Ranajit Guha, 1998).

Piketty: el Estado federal, social y fiscal

Para adentrarnos en esta problemática seguiremos en primer lugar a la última obra de Piketty (2019). De acuerdo con este trabajo, las cuestiones del régimen político (poder sobre las personas) y del régimen de propiedad (poder sobre las cosas) no han dejado nunca de estar intrínsecamente ligadas. «Desde las antiguas sociedades terciarias y esclavistas hasta las sociedades poscoloniales e hipercapitalistas modernas, pasando por supuesto por las sociedades comunistas y socialdemócratas, que se desarrollaron como reacción a las crisis

desigualitarias e identitarias provocadas por las sociedades propietaristas» (p. 17).

Entre las transformaciones desarrolladas en el siglo XX para reducir las desigualdades, Piketty destaca el sistema de impuestos progresivos sobre la renta y sobre las herencias originado en EEUU entre 1865 y 1900, cuando este país se alarmó «ante la idea de convertirse en un país tan desigualitario como la Vieja Europa. Este invento también debe mucho al Reino Unido, que comenzó a dar la espalda a un pasado fuertemente desigualitario, aristocrático y propietarista a través de impuestos progresivos sobre las rentas y las herencias» (p. 47-48).

Luego del auge de la socialdemocracia (1950-1980) vinieron cuatro décadas de neoliberalismo y retornó el incremento de la desigualdad, el cual se había documentado en los trabajos anteriores del equipo conducido por Thomas Piketty.

El trabajo destaca que la regresividad y el sentimiento de abandono de los afectados se ha expresado en repliegues identitarios y xenófobos.

A su vez, la socialdemocracia ha sido incapaz de superar sus límites y ha perdido pie por ello. Ha fracasado «particularmente con respecto al tema de la propiedad social, la igualdad de acceso a la educación, la superación del Estado nación y la tributación progresiva del patrimonio» (p. 690).

En consecuencia, lo que propone es la superación de esos límites a través del Estado federal transnacional, de soberanía compartida y de justicia social y fiscal.

Este planteo supone la progresividad fiscal, la renta mínima o un equivalente, la cogestión y demás. Constituye, sin duda, una versión *aggiornada* del Estado benefactor o del Estado social. Esta propuesta está centrada en el concepto de *sociedad justa*.

¿Sociedad justa?

En 2007 en *Izquierdas y derechas en la mundialización* destacamos los aportes de John Ralws, quien propuso el concepto de *sociedad justa* fundada en dos principios: el principio de libertad y el principio de igualdad de oportunidades, este último entendido como: «Las desigualdades económicas y sociales han de articularse

de modo que al mismo tiempo: a) redunden en el mayor beneficio de los menos favorecidos, compatible con el principio de ahorros justos, y b) estén adscriptas a cargos y posiciones accesibles a todos en condiciones de equitativa igualdad de oportunidades» (p. 66).[46] De acuerdo con dicho principio, los bienes sociales primarios han de distribuirse por igual, a menos que una distribución desigual redunde ventajosa para los menos favorecidos.

Como referimos en aquella oportunidad, Amartya Sen formuló en su obra *Nuevo examen de la desigualdad* una observación clave al segundo principio al colocar el énfasis en la igualdad de capacidades frente a la igualdad de oportunidades (otros hablan de la igualdad de punto de partida), lo cual no es muy diferente a lo desarrollado por Piketty en 2019. No se debe omitir en este itinerario, por cierto, a Philippe Van Parijs.[47]

Sin duda, dicho concepto fortalece el horizonte de valores que nos comprometen sin incursionar en el rígido planteo de los modelos.

¿Poscapitalismo?

Más allá del planteo de Piketty o de las consideraciones teóricas de Rawls, debemos preguntarnos si es posible proponerse un horizonte más audaz, ¿poscapitalista? O cuestionarnos, y en lugar de ello plantearnos, que el problema principal se encuentra en otro lugar, como se ha hecho antes, en el programa que se levanta para un proyecto histórico de mediano plazo.

En distintos trabajos nuestros (fundamentalmente en 1999, 2003 y 2007) hemos incursionado e insistido en las propiedades *sui géneris* del conocimiento. Procuramos reflexionar sobre la especificidad de la economía del conocimiento, arribando a diferentes conclusiones.

La diferencia con los recursos naturales y con los bienes agrícolas e industriales y los propios servicios es radical, porque el conocimiento es infinitamente expansible (Agustín Lage Dávila, 2013). No se gasta con su uso, sino todo lo contrario. Constituye un activo intangible y no atesorable (Alvin Toffler reparó en ello). Es muy difícil de apropiar, y puede ser replicado o reproducido legal o ilegalmente; pero se deprecia muy

rápidamente al ser sustituido por nuevo conocimiento. Adicionalmente, la cultura de la descartabilidad o de la obsolescencia programada alcanza también tanto al conocimiento como a la tecnología.

En relación con ellos, prima el acceso sobre la posesión, dado que pueden ser usados por muchas personas simultáneamente.

En la actualidad se están generando reflexiones emparentadas en relación con la llamada *minería de datos*, y en particular sobre su uso político.[48]

La producción de conocimiento, por su parte, ha seguido un itinerario variable. En los países centrales se basó en el aporte de los institutos estatales; luego cobró mucho peso la inversión de las empresas en acuerdo con instituciones académicas; después la internalización de la I+D en las empresas fue poderosa; más adelante las empresas avanzaron en la tercerización de la I+D (Philip Mirowsk investigó y alertó sobre esta cuestión).

Desde hace mucho tiempo en materia de ciencia, tecnología, innovación y educación se ha superado el denominado *modelo lineal* (la rígida cadena sustancial y temporal investigación-tecnología-innovación). En

relación a esta cuestión, Donald E. Stokes, Michael Gibbons y otros realizaron trabajos en profundidad ya en los años noventa,[49] destacando las interacciones múltiples entre lo que se realiza en un contexto de conocimiento y lo que se actúa en un contexto de aplicación.

Por otro camino, desde hace un cuarto de siglo se abrió el debate sobre *la sociedad del coste marginal cero*. De acuerdo con Paul Mason (2016), Paul Drucker en 1993 fue de los primeros que advirtió el fenómeno. No obstante, «en 1990 Paul Romer en un paper, *Endogenous Thechnological Change*, extrajo las consecuencias» (p. 116).

Sostuvo que las instrucciones para hacer algo en el mundo físico o digital pueden ser usadas nuevamente a ningún costo adicional. Estas «instrucciones para trabajar con materias primas equivalen a un costo fijo y son inherentemente diferentes de otros bienes económicos» (p. 117).

Como bien lo ha explicado Juan Manuel Rodríguez (2018), en la economía artesanal el costo adicional es parecido al original (al reproducir la innovación), en el fordismo el costo de la innovación se distribuye entre

todos los productos y decrece al aumentar la escala, mientras que en la producción digital el costo marginal es casi cero.

Hace algunos años, Erik Brynjolfsson (2013) planteaba los desafíos para la métrica y el cómputo económico que esto significaba. De acuerdo con su exposición, en ese momento no se computaban 300 000 millones de dólares por año en productos gratuitos, bienes y servicios, por internet.

Rifkin (2014) llegó al punto de afirmar que, aunque se seguirían produciendo bienes y servicios con costes marginales elevados, en la medida en que más y más cosas se conviertan en gratuitas el capital social será más importante que el financiero, y la economía se desarrollará más en el *procomún colaborativo*.

De acuerdo con Mason, Marx entrevió el problema en los *Grundrisse*, en «The Fragment on Machines». De acuerdo con dicho texto, el telégrafo o la locomotora a vapor dependen, más que del trabajo directo empleado en producirlas, del estado general de la ciencia y la tecnología.

De esta forma, cuando el conocimiento deviene una fuerza productiva, el conocimiento incorporado en las máquinas es social. Mason da un paso más y sostiene que Marx sugiere que la gran cuestión se convierte no en salarios versus ganancias, sino en quién controla el poder del conocimiento.

En suma, en el fragmento habría dos ideas claves: cuando la fuerza conductora de la producción es el conocimiento y este conocimiento se incorpora en las máquinas es social, lo que crea una contradicción entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción dominadas por la propiedad privada de los medios. El conocimiento general y social deviene una fuerza de producción bajo el control del intelecto general. Para Marx, el capitalismo del conocimiento crearía esa contradicción (Mason, 2016, p. 136).

Finalmente, Mason en *PostCapitalism* arriba a ciertas conclusiones. El coste marginal de determinados productos tiende a cero o casi cero porque se los replica en la sociedad de la información y el conocimiento sin demasiado esfuerzo. En consecuencia, la innovación se diluye en esos nuevos productos. Por otra parte, también

sucede que la sustancia de las máquinas es crecientemente información: el software, por ejemplo, es una máquina eterna, un robot es una máquina, la red es una máquina...

Como la información no se gasta con su uso y puede ser replicada en idénticos productos físicos o digitales, y las máquinas se integran cada vez con más información, el coste marginal de ellas también tiende a cero.

Si las máquinas suplantan al trabajo humano mediante la automatización de los procesos como producto de los desarrollos de la inteligencia artificial, el coste del trabajo sigue idéntica tendencia.

Si lo mismo sucede con la producción de materias primas y de energía (aunque no es tan sencillo resolver los problemas de la escasez de los recursos naturales y los ambientales), entonces todo ello nos conduciría a una economía no solo crecientemente automatizada (instrucciones con impacto en el mundo físico o digital), sino también crecientemente no mercantil y de la abundancia.

Como consecuencia de lo anterior, en una economía de la abundancia de ciertos bienes se reabre la discusión sobre el poscapitalismo.

Cuatro años después, en un artículo para *Nueva Sociedad* (en junio de 2019), Mason insistió en el planteo, aunque con más cautela. De acuerdo con lo que dice, el precio de distintas mercancías cae exponencialmente hasta acercarse al costo de producción (o costo marginal casi cero); la automatización provoca una caída de las horas de trabajo necesarias para reproducir la vida; se extiende el número de horas empleadas en sectores no mercantiles que, por consiguiente, no valorizan el capital; disminuye la jornada laboral; se puede introducir el salario básico para todos, lo que debilita el nexo entre subsistencia y trabajo; los servicios fundamentales se extienden y universalizan y se fortalecen las políticas antimonopólicas. La consecuencia de todo ello es un muy importante debilitamiento de la relación salarial, en particular, como se dijo, por la disminución de las horas trabajadas en el sistema salarial (la automatización y otros procesos) como por la disminución de la jornada o por la realización de trabajos fuera del régimen salarial

(fundamentalmente en la producción de bienes públicos no mercantiles en las relaciones interpersonales, como algunos sistemas de cuidados).

En su comentario sobre el libro de Mason, Donald Gillies (2015) se pregunta: ¿Qué pasa si la economía digital supera a la industrial? Responde que probablemente en estas economías avanzadas los trabajadores en la economía digital superen a los trabajadores en la industria manufacturera y que la primera domine a la segunda; además, que el socialismo en red se transforme en el modo de producción dominante y probablemente se expanda al sector industrial.

¿Podrá el capitalismo absorber esta tendencia? Dependerá de las luchas sociales, y «aunque el capitalismo muestre una notable y poco prevista capacidad de autorepararse, asimilar fenómenos nuevos y amortiguar contradicciones, a menudo ello ha implicado transformaciones profundas y la incorporación, en su propio seno, de tendencias fuertemente antagónicas al sistema» (Rubio y Pereira, 1994, p. 86).[50]

En relación con estos problemas, seguimos convencidos de lo que venimos afirmando en diferentes trabajos de los últimos veinticinco años, aunque en honor a la verdad es posible que nos hayamos quedado cortos al considerar las posibilidades de la sociedad del conocimiento.

Por otra parte, hacemos constar que no nos hemos cansado de citar una y otra vez el comentario que un uruguayo notable nos hiciera en 1999:

> Creo que el capitalismo ha comenzado a producir rudimentos, embriones, gérmenes de una nueva relación económica, que se revela en que el instrumento de producción debilita su hegemonía y, por el contrario, refuerza su ascendencia la ciencia, ya no solo como fuerza productiva directa, sino como la principal […], de modo tal que la tendencia es exponencial, la capacidad de creación de la fuerza humana de trabajo científico y el intercambio de actividades entre los portadores-creadores de ciencia serán la forma de existencia de la producción y de los productores de una sociedad futura.[51]

En cuanto a los caminos, muy influidos por el pensamiento de Laclau, compartimos, y así lo manifestamos, su énfasis democrático, en particular las tesis expuestas en toda su obra acerca de que, mirado desde las identidades, el concepto de relaciones de producción es limitado y «la noción de lucha de clases resulta por completo insuficiente para explicar la identidad de los sujetos involucrados en las luchas anticapitalistas» (Agamben y otros, 2011, p. 204).[52] Aunque nunca nos resultaron muy convincentes sus teorías acerca de la constitución de los sujetos sociales, en este último aspecto la crítica de Perry Anderson en el trabajo sobre los herederos de Gramsci nos parece muy compartible.

Con esa orientación, concluimos en aquella época que, desde la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* en 1848 hasta la caída del Muro de Berlín en 1989, «el futuro de la izquierda ha estado ligado inextricablemente con el futuro de la lucha por construir el socialismo. Cabe interrogarse si en el siglo XXI sucederá lo mismo. Nos parece intuir que los acentos cambiarán, y que la profundización del pensamiento democrático

absorberá e incorporará lo mejor de la historia del socialismo» (Rubio, 1999, p. 15).[53]

En el fondo, y como después advertimos, parecería haberse abierto una bifurcación de caminos en un punto: o se lucha por una sociedad justa o por una sociedad poscapitalista.

En aquel trabajo de 1999 nos inclinamos decididamente por lo segundo:

> Para relacionar lo utópico con nuestro proyecto histórico, consideramos más acertado manejar el concepto de *utopía democrática* que referirnos a una *utopía socialista*. Las luchas socialistas pueden constituir la elaboración viable de una identidad democrática contra el capitalismo, o el síntoma de la imposibilidad, en el capitalismo, de la utopía democrática (p. 141).[54]

Realizado este recorrido, observamos que la lucha por una sociedad justa y la lucha por una sociedad poscapitalista de inspiración socialista (con el alcance limitado que tiene incluso en las reflexiones de Mason) es probable que converjan durante un dilatado tránsito

histórico en un mismo programa, un programa al que en nuestras tierras hemos denominado *progresista*.

Admitimos que esta denominación es muy local y puede resultar tremendamente equívoca en otros contextos. Quizá sea conveniente sustituirla por el de *sociedades de inclusión*, en la medida en que la expresión resulta más comprensible acerca de lo que se quiere; versátil, en cuanto a los medios que pueden expresarla, y evolutiva.

Repensar el progresismo

Corresponde una aclaración inicial: quizá ha parecido que usamos las expresiones *progresismo* e *izquierda* como sinónimos, pero sabemos que en realidad aluden a conjuntos que no se superponen exactamente. El progresismo representa a un agrupamiento que va más allá de la izquierda y, a su vez, algunos sectores muy radicales de ella no se sienten representados por esta expresión.

Como lo manifestamos en su momento en el documento *Replantear el Proyecto País* para avanzar en las luchas emancipatorias, por la inclusión, la democracia, la libertad, igualdad, solidaridad, justicia y participación, constituye un requisito insoslayable la identificación de los principales cambios producidos. En definitiva, dar cuenta de las transformaciones, graduales o disruptivas, que afectan a una gran parte de la humanidad. Es lo que hemos tratado de realizar en las páginas anteriores. En dicho marco, es preciso identificar

en dónde están situadas las demandas más sentidas, al menos en América Latina y en especial en nuestro país.

¿Lo nuevo es nuevo y de una sola dirección?

Planteando este problema, la pregunta más importante apunta a determinar dónde radican las nuevas pulsiones emancipatorias, las demandas de cambios más sentidas, y cómo se conjugan con el proyecto aquí enunciado. Además, ¿cómo entender y vencer los bloqueos más importantes?

Como ya hemos visto, en Occidente (pero no solamente allí) las diferentes maneras y contextos de socialización y de individuación se sustentan en nuevas realidades, con particular destaque en el uso de las tecnologías y dispositivos de la información y la comunicación. Como consecuencia de factores estructurales y también de la incidencia creciente de las TIC, se han debilitado, estallado o modificado grupos y valores de referencia e inclusión de las personas (arreglos familiares, centros de trabajo, vecindarios, instituciones educativas, iglesias, entre otros). Las instituciones clásicas de formación del consenso en la

sociedad civil o de socialización fueron profundamente alteradas por la globalización, las transformaciones productivas y tecnológicas, las nuevas tecnologías de la comunicación interpersonal, la fragmentación social y la exclusión territorial, el incremento de la violencia en las sociedades y la crisis ambiental, la aceleración del cambio y el debilitamiento de los sistemas democráticos.

Uno de los aspectos más preocupantes consiste en los impactos políticos de los cambios culturales aludidos con anterioridad. Como ha dicho Han (2014), un poco apocalípticamente, «la desmediatización» pone fin «a la época de la representación» (en el capítulo «Sin mediación»). Ahora cada quien desea estar presente, en forma personal y directa él mismo, sin ningún intermediario.

Si unimos esta crisis de la representación con la crisis de la duración (la cuestión del tiempo), la intrusión en la privacidad y la manipulación política que habilita advertimos el alcance mayor del desafío para los proyectos de cambio social.

Sin embargo, la realidad no suele ser blanco o negro. Sobre el impacto de las redes, de la horizontalidad y de

la crisis de representación vale la pena tener en cuenta las consideraciones de Niall Ferguson (2017). Siempre hubo redes naturales y sociales, pero ahora son infinitamente más rápidas y abarcantes. En una red social las conexiones se realizan por nodos, a los llamamos *relaciones*. Algunos de ellos tienen una mayor centralidad, por lo cual, por ellos pasa un gran tráfico de red.

Según el autor, por aquello de la atracción de la similitud, las redes sociales tienden a formar grupos de personas con propiedades o actitudes similares. Es decir, cada quien se comunica con sus iguales. En ello se origina una de las confusiones más frecuentes en los ambientes políticos: la tendencia a pensar que las corrientes de opinión en las redes se corresponden más o menos exactamente con los alineamientos en la sociedad.

De acuerdo con Ferguson, la oposición entre redes y jerarquías no es tan nítida como se suele afirmar. Una jerarquía sería un tipo de red en la cual un nodo de decisión tiene una alta centralidad de intermediación, y el sistema tiene una ostensible verticalidad. Por lo cual, es correcta la distinción entre redes jerárquicas y distribuidas.

Por otra parte, en Occidente en general y en nuestra región en particular se dejó espacio a la sociedad del aquí y ahora, a la que nos hemos referido al considerar las nuevas formas del control. Los ciudadanos quedaron a merced de los medios y las redes.

La cultura del consumo («En el mundo actual todas las ideas de felicidad acaban en una tienda», decía Bauman en una de sus últimas entrevistas)[55] constituye una expresión más de un proceso más hondo. Ha constituido un error importante no advertir que el consumismo enraíza en tierras profundas.

Asimismo, se produjo el debilitamiento de la ciudadanía (Streeck),[56] y el desarrollo del «individualismo de singularidad» (Rosanvallon, 2017)[57] ganó espacios, por lo cual cobraron relevancia las historias singulares con prescindencia de las colectivas.

Se podría también hablar, en el límite, de la inducción de un individualismo narcisista y posesivo, dándole un giro en esta forma de expresarlo a la clásica expresión de Crawford MacPherson.[58] El filósofo Boris Groys pudo exagerar, pero incluye buena parte de verdad su afirmación de que «la totalidad del espacio social se

transformó en espacio de exhibición»[59] de esa singularidad, lo que creó el campo propicio para la prédica (fundada o construida como «posverdad») de la antipolítica y para promover la crisis de la democracia y de las luchas por el cambio.

En verdad, las dinámicas de cambio social progresista se conjugan mal con esta cultura posmoderna. Pero esta constatación no debe conducirnos a la conclusión de que el camino consiste en retornar a los grandes relatos de la modernidad, sino, por el contrario, en apuntar a una superación de la posmodernidad con el cultivo de los valores de la inclusión y el reconocimiento (con lo que implican en materia de libertad, igualdad, solidaridad o democratización).

Sin embargo, también es cierto que recién en los últimos tiempos en los ambientes intelectuales y en las fuerzas políticas de izquierda se está comenzando a comprender la importancia de las redes o de la «autocomunicación» de masas (Castells),[60] o la relevancia de la acción en los territorios y también en el «vecindario electrónico» (Bauman).[61]

Por otra parte, la pérdida de la centralidad y de poder de lo político-estatal en Occidente frente al impulso restallante de los macro poderes globales y el vuelco al populismo de derechas, fundamentalmente entre los perdedores de la globalización, deberían ser más contrastados y matizados cuando se analiza esta crisis.

Ya hemos visto cómo, por ejemplo, muy importantes contratendencias se están desarrollando, en particular algunas que se vienen registrando durante la actual pandemia. Muchos cambios estructurales que se están produciendo en estos mismos meses apuntan en nuestras sociedades hacia los Estados sociales y hacia las sociedades de inclusión.

Por consiguiente, demos la lucha por ellos con todas nuestras energías, pero con la conciencia de que no hay resultados predeterminados, sino áreas en disputa.

Las movilizaciones de 2019 en adelante y los recientes resultados de las elecciones de constituyentes y otras autoridades en Chile en 2021, por ejemplo, muestran que las sociedades del control por parte de los poderes dominantes encuentran la resistencia que provocan las necesidades básicas insatisfechas de las

sociedades. Estas urgencias colectivas pueden traducirse no solamente en estallidos sociales prolongados, sino también en expresiones políticas que liquidan el tradicionalismo de derechas e izquierdas clásicas. El futuro dirá si la horizontalidad y el espontaneísmo de la resistencia pueden traducirse en políticas consistentes de mediano y largo plazo, prescindiendo de la estructuración en colectivos partidarios de izquierda.

Ahora bien, ¿estas consideraciones no nos llevan a profundizar un poco más en las transformaciones de los movimientos sociales y en su vínculo con las estructuras partidarias? Porque ahí ha estado uno de los principales nudos de los progresismos. Y también, ¿no deberíamos dar más cuenta de las transformaciones que se están produciendo en la subjetividad, fundamentalmente en las nuevas generaciones, y de los profundos impactos que en esa subjetividad se están produciendo como producto de la pandemia del coronavirus?

Los movimientos sociales

Resulta decisiva la participación de los movimientos sociales en el proceso de cambio social progresista y de

izquierda, de los movimientos nacidos en todas las etapas y que se han ido sumando a las luchas. Durante un tiempo largo esto ha sido así, fundamentalmente en el mundo occidental.

No podemos ignorar que la fragmentación y complejización del mundo del trabajo afecta (y mucho) a algunos de estos movimientos, y que los cambios aludidos y producidos en la subjetividad, la cultura y la comunicación transversalizan sus impactos prácticamente en todos. La agregación y la organización de las luchas tras metas compartidas resultan muy afectadas por lo que se ha denominado como *cultura posmoderna* y por sus impactos en los comportamientos individuales y colectivos. Las más que conocidas súbitas eclosiones de malestar y protesta son mucho más compatibles con esa cultura, pero su potencial transformador finalmente resulta mucho menor, aunque experiencias recientes también están mostrando que las derivas pueden ser múltiples.

En ese marco, ¿cuál ha sido la evolución de los movimientos sociales? Nos referimos a aquellos

vinculados con el mundo de valores de izquierda y progresistas.

Desde este punto de vista, podemos coincidir con Wallerstein (2003) en su caracterización sobre la evolución de los movimientos sociales en un sentido amplio. En palabras del autor, en la primera etapa, iniciada en la segunda mitad del siglo XIX encontramos sindicatos, partidos socialistas y movimientos de nacionalismo político y cultural —de liberación nacional—. En la segunda etapa ubicamos nuevos movimientos sociales de los sesenta del siglo XX, fundamentalmente ambientalistas, feministas, de opción sexual diferente, étnicos y de la nueva izquierda. En la tercera etapa, organizaciones de derechos humanos, y no gubernamentales, de los setenta, ochenta y noventa. Y en la cuarta etapa, los denominados movimientos antiglobalización, y últimamente altermundistas, como reacción frente al neoliberalismo de los noventa, el Consenso de Washington, y los organismos financieros internacionales.[62]

Llegado este punto, entendemos que corresponde realizar distintas puntualizaciones y ampliaciones.

Por un lado, preferimos mantener la distinción clásica entre movimientos sociales y partidos o movimientos políticos. Es claro que abarcamos solamente aquellos movimientos que podemos calificar genéricamente de progresistas en un sentido amplio: expresiones como las reacciones atávico-identitarias, las de expansión de la xenofobia y un sinnúmero de manifestaciones conservadoras o de extrema derecha escapan al objeto de este análisis.

Por otra parte, el espectro debería ser más amplio en cuanto a los movimientos mencionados. Por ejemplo, el pacifismo en los años sesenta del siglo XX tuvo un fuerte arraigo en el mundo desarrollado (reacción ante los temores en torno a una guerra nuclear, las políticas neocoloniales, la resistencia a la guerra de Vietnam, etcétera); a su vez, los movimientos comunitarios territoriales y vecinales han sido y son muy importantes particularmente en América Latina. A modo de ejemplo, aquellos movimientos orientados a la economía social y similares (como lo es el cooperativismo de vivienda en nuestro país, por cierto, muy exitoso) han tenido importancia, y es probable que la incrementen en

numerosos países. Así también, el replanteo de los movimientos clásicos en torno al trabajo en una época de profunda revolución tecnológica es destacable, las cuestiones de la identidad y el reconocimiento emergieron con fuerza renovada en los años recientes (aunque ya estaban presentes), las demandas en torno a la protección de la vida y la convivencia en seguridad aparecerían con empuje y clamor en áreas importantes del planeta dado el impacto de las violencias en la vida cotidiana y, en general, de las prácticas delictivas vinculadas o no a la economía de las adicciones, ya sea de porte local, nacional o transnacional.

Por su parte, las protestas y nuevas demandas en torno a la democratización de la educación y de la diversidad cultural y de los bienes básicos han sido relevantes y han jugado por lo menos un papel tan importante como ambiguo en el Brasil bajo Dilma Rouseff.

Los pesos relativos de los distintos movimientos sociales han sido muy variables de acuerdo a tiempo y lugares. Las formulaciones conceptuales se han modificado (repárese en el destaque de la agenda de

derechos en nuestro medio en la actualidad o en la importancia de distinguir las cuestiones de género de las sexuales). Las formas de organización han variado: más o menos centralismo u horizontalidad, más o menos vinculación institucional, más o menos espontaneidad.

Las etapas desarrolladas por Wallerstein no abarcan, como es obvio, la eclosión de las protestas y estallidos sociales de la última década larga. Estas surgen a partir de un hecho que provoca indignación, emergen desafiando toda previsión y se apoyan notablemente en las redes. Lo radicalmente nuevo fue advertido por Manuel Castells, entre otros, al hablar de la aparición de un nuevo patrón al referirse a la eclosión de las protestas urbanas (fundamentalmente desde la crisis de 2008 hasta la actualidad: en América Latina el ejemplo chileno en 2019 es tremendamente revelador).

Quizá este planteo sobre las protestas recientes y los estallidos sociales en países de la región debería vincularse en el análisis con el desarrollo de las sociedades de control y de la emergencia de nuevas formas de la subjetividad, porque, como se verá más adelante, es su otra cara.

Sigue siendo cierto, no obstante, que «la fuerza de los movimientos sociales proviene de los conflictos no resueltos en la sociedad. Pero estos movimientos encuentran límites infranqueables para su accionar si no establecen vínculos con otros dinamismos transformadores» (Rubio, 1999, p. 168). Lo radicalmente nuevo en relación con la afirmación que hicimos hace veinte años es el avance inaudito de la sociedad del control y la eficiencia de sus instrumentos. Por ello, estimo que el componente contracultural, que clásicamente contraponíamos al dominio mediático, debe ser mucho más importante y selectivo en la actualidad.

El vínculo de estas transformaciones sociales y culturales con las transformaciones políticas en América Latina ha sido virtuoso, pero hay que reconocer que en algunos casos también ha alimentado contradicciones y bloqueos. Muchas veces las políticas y los programas desarrollados en nuestros países en el marco del progresismo han estado demasiado vinculados al peso o, en su caso, a la debilidad de los movimientos sociales. Ese ha sido uno de los orígenes de lo que en Uruguay hemos

tematizado y caracterizado por nuestra parte como *inconsistencia estratégica* al referirnos a las causas de la derrota electoral del progresismo en 2019 después de quince años de gobierno del Frente Amplio.

El impresionante inventario de logros, que defenderemos con uñas y dientes, no debe ocultarnos la inconsistencia estratégica del progresismo. Si un bloque aspira a predominar en forma sostenida debe implementar políticas coherentes en todos los frentes, continuas a lo largo del tiempo, que conquisten el aval del consenso ciudadano predominante en todo el territorio y que sean sostenibles en distintas fases del ciclo económico y en diferentes contextos internacionales (hoy crisis y auge de las derechas). No puede ir atrás, ni distante de dicho consenso predominante ni adoptar medidas que solo sean sostenibles en la fase de bonanza. Y el progresismo no se atuvo a esas reglas. No mantuvo una línea de continuidad adecuada. Implementó en sus políticas públicas estrategias de agregación. Con marchas y contramarchas. Empujes sectoriales y manejo de los tiempos con independencia del consenso y el ciclo. Y no

tuvo capacidad para crear poder en manos de la sociedad civil y del movimiento popular. Como se ha dicho, gobernó más en favor que con el pueblo (Rubio, 2020).

Debemos reconocer que el ejercicio de la política en la izquierda frenteamplista constituye un arte difícil, ya que procura armonizar la pluralidad ideológica con la unidad programática, la defensa de los intereses nacionales con la necesaria apertura en la inserción internacional, la gravitación del Estado con las tensiones del mercado, las demandas ciudadanas y de los movimientos sociales con los intereses y recursos globales, la heterogeneidad territorial del país con la cohesión nacional y la unidad de la fuerza política con su diversidad. Lo hemos intentado permanentemente, pero no siempre lo hemos logrado.

La historia reciente también muestra que allí donde la izquierda tiene un anclaje fuerte en los movimientos sociales, su resistencia ante los embates conservadores es muy superior; y cuando no la tiene, se debilita. Es el caso de la recuperación del poder en Bolivia, que podría ser un ejemplo de lo primero, y el reciente fracaso

electoral del progresismo en Ecuador, como ejemplo de lo segundo.

También constituyen buenos ejemplos de esa capacidad de resistencia del progresismo cuando logra vincularse con corrientes sociales amplias los acontecimientos recientemente producidos en Perú y en Uruguay. El respaldo popular de Pedro Castillo en Perú expresaría la fuerza de los movimientos que sintonizan con la raíz popular e indígena. La exitosa campaña de recolección de firmas en favor de un referéndum derogatorio de 135 artículos de una Ley de Urgente Consideración aprobada en 2020 por el gobierno conservador en Uruguay, realizada esa recolección en las más adversas condiciones determinadas por la pandemia del coronavirus, también expresaría la fortaleza ciudadana de la alianza entre los movimientos sociales y la izquierda política.

Autocrítica y nuevo impulso

Si analizamos los principales procesos regionales, en particular la evolución reciente del progresismo sudamericano, parece claro que no hubo (con la salvedad

de la muy importante legislación y lucha por los derechos humanos, sociales y culturales y contra la discriminación de género, sexo, étnica o de capacidades diferentes) una vigorosa y eficaz disputa por la hegemonía cultural durante sus mandatos. Más aún, si tenemos en cuenta que los valores de la cultura posmoderna (entre ellos, el manido «hacé la tuya» o el mantra repetidamente sostenido «todo lo que tengo me lo debo a mí mismo») han ganado terreno durante los mandatos del progresismo.

Esto resulta paradójico si tomamos en cuenta que, en América Latina, durante la fase neoliberal las clases dominantes habían perdido la hegemonía sobre las sociedades, y que posteriormente, durante el progresismo, recuperaron posiciones en la opinión colectiva, apoyados en ciertos temas y en puntos clave como lo son la ética en la función pública, el papel de las empresas públicas, la jerarquía de la educación pública o la cultura del consumo.

Los logros de la era progresista en la región no fueron mayormente interpretados como resultado de la lucha por un nuevo proyecto colectivo ni como procesos.

Los partidos políticos de izquierda, a su vez, no propiciaron ni tuvieron la lucidez para producir la síntesis política de estos procesos en los ciudadanos y ciudadanas. Esta última fue realizada mucho más por los operadores e *influencers* de los medios de comunicación colectivos —o por las nuevas o emergentes corrientes religiosas— que por los partidos políticos de cualquier signo.

Para poder calibrar esta evolución acerca de la interpretación de los logros, también es altamente conveniente remitirse a las investigaciones históricas de la larga duración. En otra oportunidad hemos citado el trabajo de Luis Bértola (2000) en el que se muestra cómo Uruguay y Argentina tenían al comienzo de la primera guerra mundial un producto per cápita próximo al de los primeros países del mundo. Eran los años de las vacas gordas. En Uruguay y Argentina, con diferencia en los tiempos y en los procesos políticos, económicos y sociales y en los contextos internacionales, la redistribución social de una parte de ese producto alimentó lo que después sería la base material de un

imaginario del pasado dorado, sustento, entre otros procesos, del batllismo y el peronismo.

Cuando un pueblo tiene una memoria cultural con estas características tiende a considerar los logros de una manera particularmente diferente a aquellas sociedades que cuentan con un pasado carente de una época dorada. En todo caso, esta cuestión bien puede alimentar tanto las investigaciones de los historiadores como las propuestas de futuro.

No obstante, estos procesos se entienden también a partir de otros datos. En puridad, corresponde anotar que gran parte de los poderes fácticos y corporativos no fueron profundamente cambiados ni casi afectados: así sucedió con el poder económico, el poder burocrático, el poder comunicacional y, también, en parte el militar.

Las gestiones del progresismo en el gobierno en nuestros países ayudaron a ganar en derechos e ingresos, elevaron las expectativas y promovieron la autovaloración de los individuos, fundamentalmente de los más postergados. Sin embargo, por diferentes motivos, no se sintetizó discursivamente dicho proceso ni enroló en luchas y movilizaciones, salvo excepciones

como, en el caso uruguayo, la defensa de los derechos humanos, las movilizaciones por los derechos de la mujer, por la diversidad, contra la rebaja de la edad de imputabilidad o determinadas luchas sindicales y de otros movimientos sociales, los cuales, justo es reconocerlo, han impactado en los valores y en los intereses sociales.

Los logros del progresismo no fueron sintetizados como tales por parte de muchísimos ciudadanos. ¿A qué se debió esto? En un artículo que publicamos el 1 de enero de 2020 en el periódico *La Diaria* titulado *¿Solo autocrítica?* intentamos una respuesta. En primer lugar, formulamos la pregunta en relación con Uruguay: «¿Por qué la derecha pudo matrizar un diagnóstico con más componentes virtuales que reales?».

A continuación, nos planteamos:

> ¿Cómo fue posible? Fue posible porque abandonamos el territorio, el diálogo directo con el ciudadano, que es el que permite la escucha y la realización de la síntesis política, la persuasión, la construcción del consenso de las mayorías en torno a las razones y virtudes del proyecto de izquierda. El

uso, muy limitado y desigual, por cierto, de los medios de comunicación colectiva, la acción en las redes, el impacto de las propias políticas públicas, no compensaban ni por asomo la prédica opositora (social, política y cultural). Las campañas y movilizaciones exitosas de los movimientos sociales: de los trabajadores sindicalizados, por los derechos de la mujer y las minorías discriminadas, por los derechos humanos y el ambiente, por todos los oprimidos, ayudaron y mucho pero no nivelaron, ni podían, la situación.

Anotamos que la agenda de derechos, llevada adelante por los movimientos y las políticas públicas, por sí misma no produce síntesis política. Es más temática que global. Supone la síntesis, entre otras cosas, para diseñar una estrategia capaz de llegar a los sectores culturalmente refractarios a sus propuestas y para enamorar a todos sus partidarios.

Finalmente, procuramos dar una respuesta al problema de fondo de esta manera:

Y ¿por qué abandonamos el territorio? Porque la izquierda se estatizó. Cientos de «cuadros» fueron a

parar al Estado (abandonaron sus trabajos y profesiones durante diez o quince años y quedaron prisioneros de las lógicas y estructuras públicas) y no tuvieron relevo alguno en la fuerza política y en el territorio. Lo que explica, además, la creciente fragmentación y vaciamiento de las estructuras políticas y el arrasador predominio de las dinámicas electorales (paradójicamente cuando más se ha debilitado el complejo partidos-Estado en el marco de la globalización neoliberal en gran parte del planeta). Como consecuencia, el internismo y el perfilismo pasaron a constituir las dos caras de la misma moneda. De la disputa por un lugar en el Estado.

Es necesario encontrar los caminos para superar esa realidad o riesgo de estatización de la izquierda. Desde este punto de vista, nada más sanador que el reclamo de los ciudadanos. Porque durante mucho tiempo, las demandas y las pulsiones emancipatorias de los sujetos y colectivos dominados y discriminados, la defensa del medio ambiente, las demandas por bienes públicos, requerimientos de igual punto de partida para la

realización personal y las vivencias de felicidad, junto a los reclamos por mayor seguridad y de protección social en todo el ciclo de vida, de transparencia, democratización y acceso en los más diversos campos persistirán como demandas de nuestras sociedades, en particular las latinoamericanas.

Será preciso redoblar las apuestas a los procesos, a la revinculación social en un *nosotros*, a la salvaguarda de la privacidad y de la autonomía personal, otros frente a las tendencias que operan como sociedad del control (presentismo, desocialización, desprivatización personal, etcétera). Esta disputa cultural es central.

Para ello, es preciso que los intelectuales y partidos de izquierda y los movimientos sociales avanzados se relegitimen. La cuestión política principal para los partidos de izquierda y progresistas consistirá en lograr que las sociedades los perciban como organizadores y portavoces de las demandas más sentidas y que muestren su capacidad para traducirlas en programas y en políticas públicas.

En ese marco, en Uruguay, como ya lo expusimos, nos parece que la estrategia central para *Replantear el*

Proyecto País debe innovar en las políticas de desarrollo y profundizar en materia de derechos. También en ese contexto privilegiar las luchas y fuerzas que transversalizan los problemas, principalmente las luchas vinculadas con el género y la diversidad, el ambiente, la innovación científico-tecnológica, el trabajo, la inclusión de las comunidades y los territorios marginados y la reversión de la fragmentación social. Reflexionar en torno a estas cuestiones parecería que constituye un desafío bien importante.

Sin embargo, no podemos ignorar, reiteramos, los cambios en la subjetividad que se están produciendo o acentuando. Algunos psicólogos advierten que la pandemia del coronavirus ha conmocionado, como situación total y transversal, todos los vínculos y relaciones. Que ella reveló y profundizó, al decir de la psicoanalista argentina Alicia Leone, el desauxilio de las personas en el procesamiento del dolor. Que se visibilizó la desigualdad social estructural en todos los órdenes (ingresos, hábitat, conectividad a internet y otros). Que se produjo la pérdida de los espacios personales en el trabajo o en los centros de estudio y una alteración

radical de las rutinas, así como la crisis de las certezas y de los imaginarios sobre el futuro. Que irrumpió la privación de los rituales como el festejo de los cumpleaños o los propios velorios como instancias del procesamiento del duelo. Que advino el aislamiento como modo del cuidado de sí mismo, incluso en el proceso de la muerte, e inversamente a la práctica social milenaria del cuidado de los otros. Que se radicalizó la evacuación de esta y de los muertos convertidos en números (Audepp, 2021). Las consecuencias subjetivas son, a no dudarlo, inconmensurables. Y los impactos políticos contradictorios.

No se trata de instalarnos en la añoranza de una modernidad que ya fue y no se repetirá, y en el rechazo de la posmodernidad que después vino. Por el contrario, se trata de evolucionar hacia un mundo inclusivo. Esta pandemia ha venido para recordarnos que sin un entramado colectivo y sin la ética de la responsabilidad social nuestra sobrevivencia como especie está siendo desafiada.

Es verdad que la pandemia puede estimular muy diversas tendencias. Como lo destaca Rita Laura Segato

en un lúcido ensayo,[63] desde el corrimiento hacia la derecha y la aglutinación conservadora frente al enemigo común, pasando por el estado de vigilancia máximo y el estado de excepción de descripción agambeniana hasta el estado protector y maternal. ¿Qué primará? Dependerá de las luchas y de los relatos.

Es posible que en muchos lugares «el virus hará posible derrumbar la ilusión neoliberal y abandonar la acumulación egoísta, porque sin solidaridad y sin Estados proveedores no nos vamos a salvar».[64] Es una deriva posible, en todo caso bien vale la pena luchar por ella. Pero sabemos que no va a ser fácil. Que será necesario revertir las tendencias dominantes antes de la pandemia de incremento de la desigualdad, erosión del gasto público, debilidad de la inversión, incremento del endeudamiento, incremento del stock de carbono en la atmósfera.[65] Algunas de estas tendencias se profundizaron en la pandemia en distintos países, pero también las contrarias en otros.

No existe un futuro predeterminado.

«Nada tenemos que esperar sino de nosotros mismos». (José Artigas)

Bibliografía

AGAMBEN, G., Butler, J., Laclau, E. y Zizek, S. (2011). *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda.* Argentina: FCE.

Agencia Nacional de Investigación e Innovación (2019). Informe de Seguimiento Anual. Recuperado de www.anii.org.uy

ALBERTONI, N. (2017). Are we Facing a New International Trading System? Reflecting on Trump and the new Wave of Protectionism. *Uruguayan Council for International Relations.* Volumen (2).

ALLISON, G. (2017, setiembre-octubre). China vs. America, Managing de Next Clash of Civilizations. *Foreign Affairs*.

AMADEO, P. (Ed.). (2020). *Sopa de Wuhan*. Argentina: ASPO.

ANDERSON, P. (2016). *The Heirs of Gramsci*. NLR 100. (p. 86-87). (Traducción española de economia.unam.mx.)

ARTEAGA, J. J. (2017, agosto). Influencia del imaginario histórico en la inserción internacional del Uruguay: una aproximación. CURE (n. 9).

AUDEPP (2021, 14 de mayo). Ponencia vía zoom «La pandemia como revelador. La tramitación del dolor psíquico». https://youtu.be/LzVZo9CxwYc

BALDWIN, R., Kawai, M., y Wigaraja, G. (2014). *A World Trade Organization for the 21st Century, The Asian Perspective*. Tokio: Asian Development Bank Institute.

BÉRTOLA, L. (2000). *Ensayos de Historia Económica. Uruguay y la región en la economía mundial 1870-1990*. Montevideo: Trilce.

BLANCARTE, R. (2016, enero-abril). El Estado laico y Occidente. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Volumen (226), p. 141-158.

BROWN, K. (Ed.). (2017, febrero). The Critical Transition: China's Priorities for 2021. *Chatham House*. Recuperado de https://www.chathamhouse.org/2017/02/critical-transition-chinas-priorities-2021

BRZEZINSKI, Z. (2016, 17 de abril). Hacia un realineamiento global. *The American Interest*. Volumen (11), Número (6).

(2008, setiembre-octubre). La decisión de Putin. El futuro de Rusia. *Política Exterior*. Volumen (125) EEUU.

BAUMAN, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: Fundación de cultura económica.

CAPPARIELLO, R., Felettigh, A., Stehre, R., Oddo, G., Federico, S., Borin, A., y otros. (2016). *Global value chains: new evidence and implications*. Workshop and Conferences 21, Bank of Italy, Economic Research and International Relations Area.

CARCHEDI, G. (2017, 4 de enero). El agotamiento de la fase histórica actual del capitalismo. *Sin Permiso*. Recuperado de https://www.sinpermiso.info/textos/el-agotamiento-de-la-fase-historica-actual-del-capitalismo

Cepal (2018). *Datos, algoritmos y políticas: la redefinición del mundo digital* (LC/CMSI.6/4), Chile.

DELEUZE, G. (1990). *Conversaciones, 1972-1990*. España: Pretextos.

DELGADO WISE, R. y MARTIN, D. (2015, octubre-diciembre). La economía política del arbitraje laboral global. *Problemas del Desarrollo.* Volumen (183), México.

FACHIN, P. (2017, 15 de febrero). Modelos civilizacionais em disputa e os desafios para a sua superação. Entrevista especial com Yann Moulier Boutang. *Instituto Humanitas Unisinos*. Recuperado de http://www.ihu.unisinos.br/159-noticias/entrevistas/564868-desafios-para-superar-disputas-de-modelos-civilizacionais-entrevista-especial-com-yann-moulier-boutang

FERGUSON, N. (2017, setiembre-octubre). The False Prophecy of Hyper-connection. *Foreign Affairs*. Recuperado de https://www.foreignaffairs.com/articles/2017-08-15/false-prophecy-hyperconnection

FERNÁNDEZ, V. R., Trevignani, M. F. (2015, abril-junio). Cadenas Globales de Valor y Desarrollo: Perspectivas Críticas desde el Sur Global. *Revista de Ciências Sociais.* Volumen (58), Número (2).

FMI (2016). *Perspectivas de la economía mundial: crecimiento demasiado lento por demasiado tiempo*. Washington.

FOA, R. S. (2016, 6 de diciembre). It's the Globalization, Stupid. *Foreign Policy*. Recuperado de https://foreignpolicy.com/2016/12/06/its-the-globalization-stupid/

FRANKEL, J. (2016, julio). Globalization and Chinese Growth: Ends of Trends? *Harvard Kennedy School*. Recuperado de https://www.hks.harvard.edu/publications/globalization-and-chinese-growth-ends-trends

FRENKIEL, É. (2016, enero-febrero). Entrevista por Émilie Frenkiel, Partido, capitalistas y clases sociales en la China actual. *Nueva Sociedad*. Volumen (261).

GILLIES, D. (2015, diciembre). Review of Paul Mason's book, PostCapitalism. A Guide to Our Future, Real-world economics review, No. 73, University College London.

GONZA LEZ GUYER, F. (2018, octubre). ¿La lucha contra el calentamiento global es realmente progresista? *CURI*.

GUHA, R. (1998) *Dominance without Hegemony: History and Power in Colonial India*. Estados Unidos: Cambridge University.

HAASS, R. N. (2017, enero-febrero). World Order 2.0: The Case for Sovereign Obligation. *Foreign Affairs*. Recuperado de https://www.foreignaffairs.com/articles/2016-12-12/world-order-20

HAN, B. C. (2014) *En el enjambre*. Barcelona: Herder.

(2015) *El aroma del tiempo*. Barcelona: Herder.

(2013) *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder.

HIGUERAS, G. (2017, mayo). El Nuevo Orden Chino. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*. Recuperado de http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2017/DIEEEO58-2017_Nuevo_orden_China_GeorginaHigueras.pdf

HOPENHAYN, D. (2017, 19 de enero). Martin Hilbert, experto en redes digitales: «Obama y Trump usaron el Big Data para lavar cerebros». *The Clinic.* Recuperado de https://www.theclinic.cl/2017/01/19/martin-hilbert-experto-redes-digitales-obama-trump-usaron-big-data-lavar-cerebros/

IPCC (2013). *Cambio Climático 2013: Bases físicas*. Cambridge University Press: Estados Unidos. Recuperado de https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/2018/03/WG1AR5_SummaryVolume_FINAL_SPANISH.pdf

IPCC (2019). *Calentamiento global de 1,5 °C.* Recuperado de https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/sites/2/2019/09/IPCC-Special-Report-1.5-SPM_es.pdf

JUTARIOV, V. (2014, 17 de julio). *El extraño pájaro que reemplazó la hoz y el martillo.* Rusia: RBTH.

KATZ, C. (2016, 31 de octubre). Tres etapas de la visión metrópoli satélite. Recuperado de www.lahaine.org/katz.

KENNEDY, S. (2017, agosto). The fat tech dragon. *Center for strategic and international studies (CSIS)*. Recuperado de https://www.csis.org/analysis/fat-tech-dragon

KHARAS, H. (2017, febrero). The unprecedented expansion of the global middle class: an update. *Global economy & development at Brookings.* Recuperado de https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2017/02/global_20170228_global- middle-class.pdf

KREIMERMAN, R. (2018, 26 de setiembre). Intervención sobre los Caminos al Desarrollo en el Ciclo de Conversatorios sobre Las Nuevas Reformas organizado por la Vertiente Artiguista. Hotel Embajador, Montevideo.

(2017). Contexto económico en América Latina: Perspectivas y tendencias para la transformación social-ecológica. En C. Denzin y Á. Cálix (Eds.), *Las aguas en que navega América Latina* (pp. 169-226). Ciudad de México: Friedrich Ebert Stiftung.

LAGE DA VILA, A. (2013). *La Economía del conocimiento y el socialismo*. Cuba: Academia.

LAM, W.W. L. (2015). *Chinese Politics in the Era of Xi Jinping*. Londres: Routledge.

LENOIR, T. (2015). Neurofuturos para sociedades de controle. *Revista do Instituto Humanitas Unisinos*. Volumen (13), Número (221).

LUQUE, A. A. (2016). *Estados Unidos e Rússia: Convergência e Divergência Geopolítica (1989-2016)*. Brasil: Universidad Federal de San Pablo.

MANSILLA, R. (2017, 6 de junio). Ponencia sobre los BD en el Frente Amplio (https://youtu.be/OYv56Dmo4_c).

MARCOLIN, L. y SOUICCIARINI, M. (2017, octubre). Investing in innovation and skills: thriving in global value chains. *OECD science, technology and innovation policy papers.* Recuperado de https://www.oecd-ilibrary.org/science-and-technology/investing-in-innovation-and-skills_9e296b43-en

MASON, P. (2016) *PostCapitalism. A Guide to Our Future*. Nueva York: Allen Lane.

MASON, P. (2019 a). El nuevo espíritu del poscapitalismo. *Nueva Sociedad*. Recuperado de https://nuso.org/articulo/poscapitalismo-ciudades-izquierda-mason-socialismo/

MASON, P. (2019 b). Es tiempo para el poscapitalismo. *Nueva sociedad*. Recuperado de https://nuso.org/articulo/es-tiempo-para-el-poscapitalismo/

MARTIN, S. (2016). La Ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia y su validez explicativa de las crisis económicas. La nueva interpretación temporalista. *Tiempo&economía*. Recuperado de https://revistas.utadeo.edu.co/index.php/TyE/article/view/1094

MINIAN, I. (2009). Nuevamente sobre la segmentación internacional de la producción. *Economía UNAM*. Volumen (6), Número (17). Recuperado de http://www.revistas.unam.mx/index.php/ecu/article/view/2976

Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA). (2020, febrero). Informe de Gestión 2015-2020.

MORTON, K. (2016, setiembre). China's role in an emerging global order. *East Asia Forum*. Recuperado de https://www.eastasiaforum.org/2016/09/01/chinas-role-in-an-emerging-global-order/

NAÏR, S. (2006). *Y vendrán… Las migraciones en tiempos hostiles*. Barcelona: Planeta.

NAKAJIMA, J., Takatomi, K., Mori, T. y Ohyama, S. (2016, diciembre). Slow Trade: Structural and Cyclical Factors in Global Trade Slowdown. *Bank of Japan*. Recuperado de https://www.boj.or.jp/en/research/brp/ron_2016/data/ron161222a.pdf

NYE Jr. y JOSEPH S. (2017, enero-febrero). Will the Liberal Order Survive? The History of an Idea. *Foreign Affairs*. Recuperado de https://www.foreignaffairs.com/articles/2016-12-12/will-liberal-order-survive

PÉREZ DEL CASTILLO, C. (2014, mayo). Inserción internacional del Uruguay. Realidades, desafíos y estrategias.

PÉREZ, C. (2016, 17 de diciembre). Crear un nuevo modelo de desarrollo global sustentable e incluyente. *Caras y Caretas*.

PÉREZ TORRES, D. y LÓPEZ GARRIDO, S. J. (2011). *Los rumiantes y el calentamiento global: alternativas para disminuir las emisiones de metano*. México: Universidad del Mar. https://www.researchgate.net/publication/264970686 LOS RUMIANTES Y EL CALENTAMIENTO GLOBAL ALTERNATIVAS PARA DISMINUIR LAS EMISIONES DE METANO

PFAFF, W. (2015, marzo). La crisis del mundo islámico. *Política Exterior*. Número (164). Recuperado de https://www.politicaexterior.com/articulo/la-crisis-del-mundo-islamico/

PIKETTY, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.

PIKETTY, T., Alvaredo, F., Chancel, L., Saez, E. y Zucman, G. (2018). *Informe sobre la Desigualdad Global 2018*. México: Libros Grano de Sal.

PIKETTY, T. (2019). *Capital e Ideología*. España: Deusto.

PINTO, E. (2017. enero-junio). Geopolítica da água. *Revista de Geopolítica*. Volumen (8), Número (1). Recuperado de http://www.revistageopolitica.com.br/index.php/revistageopolitica/article/view/172

PITTALUGA, L. (2017, 23 de noviembre). *El Uruguay productivo actual en clave geopolítica*. Presentación realizada en CEFIR, más notas agregadas a nuestro pedido el 11-12-2017, Montevideo.

PITTALUGA, L. (2018a). Oportunidades y Desafíos para la Transformación Productiva de Uruguay: «El caso de la Bioeconomía». Recuperado de https://www.academia.edu/37119185

PITTALUGA, L. (2018b). Revoluciones tecnológicas y transformaciones productivas. Presentación en Taller en Fesur.

RIFKIN, J. (2014). *The zero marginal cost society*. Estados Unidos: Macmillan.

ROBERTS, M. (2017, 16 de setiembre). Towards a world rate of profit – again. [Mensaje en un blog]. Recuperado de https://thenextrecession.wordpress.com/2017/09/09/towards-a-world-rate-of-profit-again/

ROBERTS, M. (2019, 1 de julio). The G20 and the cold war in technology. [Mensaje en un blog]. Recuperado de https://thenextrecession.wordpress.com/2019/07/01/the-g20-and-the-cold-war-in-technology/

RODRÍGUEZ, J. M. (2018). *La revolución tecnológica. ¿El fin del trabajo? Opciones para Uruguay y países emergentes*. Montevideo: Banda oriental.

RUBIANES, E. (2017). La Política de Ciencia, Tecnología e Innovación de los gobiernos progresistas en Uruguay (2005-2017).

RUBIO, E. (2003). *Saber y Poder. La cuestión democrática en la sociedad del conocimiento*. Montevideo: Fundación Friedrich Ebert.

RUBIO, E. (2007) *Izquierdas y derechas en la mundialización*. Montevideo: Banda Oriental.

RUNGI, A. y DEL PRETE, D. (2017). *The "Smile Curve": where Value is Added along Supply Chains*. Development studies working papers, n. 428. Centro Studi Luca d'Agliano, University of Milano.

STIGLITZ, J. E. (2006). *Cómo hacer que funcione la globalización*. Argentina: Taurus.

(2017, 5 de diciembre). The Globalization of Our Discontent. internet.

(2019, noviembre). El fin del neoliberalismo y el renacimiento de la historia. *Nueva Sociedad*. Recuperado de https://nuso.org/articulo/crisis-neoliberalismo-historia-elites-capitalismo-protestas/

UNCTAD (2016). *Trade and development report. Structural transformation for inclusive and sustained growth*. Nueva York y Génova: United Nations.

(2017). *Informe sobre las inversiones en el mundo. La inversión y la economía digital.* Ginebra: Naciones Unidas.

(2018). *Informe sobre el comercio y el desarrollo. El poder, las plataformas y la quimera del libre comercio*. Nueva York y Ginebra: Naciones Unidas.

(2020). *Informe sobre las Inversiones en el Mundo 2020. La producción internacional después de da pandemia*. Ginebra: Naciones Unidas.

VÍCTOR, D. G. y Yanosek, K. (2017, julio-agosto). The next energy revolution: The promise and peril of high-tech innovation. *Brookings*. Recuperado de https://www.brookings.edu/blog/planetpolicy/2017/06/13/the-next-energy-revolution-the-promise-and-peril-of-high-tech-innovation/

WALLERSTEIN, I. (2003). *The Decline of American Power*. Canadá: The New Press.

WILSON, J. L. (2015). Russia and China Respond to Soft Power: Interpretation and Readaptation of a Western Construct. V. 35 (3-4).

ZUBOFF, S. (2020) La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder. Barcelona: Paidós.

Notas

1 Ortega, A. (23-05-2017). Investigador del Real Instituto Elcano, internet. CNN divulga el increíble desarrollo interior con base en los trenes de alta velocidad: https://cnn.it/3oYX1J7

2 Brzezinski, Z. (17-04-2016). EEUU, disponible en internet.

3 Jutariov, V., para RBTH, internet. Según el historiador, el escudo actual de Rusia es el águila bicéfala, uno de los símbolos indoeuropeos más antiguos, tomado por la dinastía Paleólogo y convertido en el símbolo del cristianismo oriental. Con la aparición de la palabra Rusia, en el escudo estatal aparece también el águila. Esto sucede a finales del siglo xv. El águila bicéfala regresó a Rusia en 1993, por decreto del presidente Borís Yeltsin, como escudo de un águila sin coronas. Sin embargo, con la presidencia de Vladímir Putin recuperó las tres coronas y los símbolos de poder.

4 *El Estado Emprendedor. Mitos del sector público frente al privado* (2017). España: RBA (pág. 30-31).

5 Rubio, E. (30-04-2018). borrador, *Replantear el Proyecto País*. Montevideo: Fesur.

6 Arteaga, J. J. (agosto de 2017). Influencia del imaginario histórico en la inserción internacional del Uruguay: una aproximación. CURE, n. 9.

7 Katz, C. ha realizado un pormenorizado inventario de variantes, fundamentalmente en marxistas. En internet: «Tres etapas de la visión metrópoli satélite», 31-10-2016, www.lahaine.org/katz, «Centro y periferia en el marxismo de posguerra», Rebelión, 13-07-2016. «Argumentos antidependentista», 21-02-2017, internet.

8 Sader, E. (05-04-2018). Aunque la «repolitización» de las Fuerzas Armadas ha avanzado, Other News.

9 «Orientaciones políticas para la inserción comercial internacional del país en los próximos dos años (2018-2020)», 16-03-2018.

10 También se puede consultar UNCTAD, 2018.

11 Posteriormente, estudios realizados o encomendados por la propia OPP y por DINOT mapearon la expresión territorial de esas cadenas.

12 http://bazarlove.website/watch/jfyRne2ZHTc

13 El éxito de la plataforma uruguaya de pagos *dLocal*, que es una firma de tecnología financiera creada en 2016 y que acaba de cotizar en la Bolsa de Nueva York, constituye quizá el más reciente ejemplo de un itinerario muy destacado.

14 Documento de Trabajo para Fesur, Montevideo, en el marco del proyecto aludido más arriba de 2017-2018. Recientemente Rubianes ha situado el porcentaje de 2010 en 2018, lo que equivaldría a 290 millones de dólares.

15 En materia de emprendimientos innovadores el *Informe de Seguimiento Anual 2019* de la ANNI da cuenta de algunos resultados prometedores.

16 *Brecha* (21-07-2017), Montevideo.

17 Filgueiras, F. ha propuesto en distintas oportunidades una «redefinición curricular de la formación docente de carácter universitario, en la que muchas de las materias específicas puedan cursarse en las diferentes carreras universitarias ya disponibles».

18 Existe un debate importante sobre el vínculo entre los ciclos largos y las revoluciones tecnológicas. Supera nuestras posibilidades. Pero no deberíamos ignorarlo. Contrariamente a Kondratieff que centra los ciclos en las alzas y bajas del producto y de la inversión, Carlota Pérez, seguidora de Schumpeter, la centra en las revoluciones tecnológicas (Mason 46). Para entender los ciclos largos hay que incluir, según Mason, economía, tecnología y lucha de clases (Mason 76).

19 Žižek, S. (27-02-2020). Russia Today. Este artículo forma parte de una recopilación de distintos autores sobre la pandemia publicados en internet bajo el título de SOPA DE WUHAN, realizado por Pablo Amadeo en marzo de 2020.

20 Rubio, E. y Pereira, M. (1994*). Utopía y Estrategia. Democracia y Socialismo.* Montevideo: Trilce.

21 Rubio, E. (2007). *Izquierdas y derechas en la mundialización.* Montevideo: EBO (p. 71).

22 Rubio, E. (2013). *El Nuevo Mundo.* Montevideo: EBO.

23 En: «Cambio Clima tico 2013: Bases físicas. Contribución del Grupo de trabajoI al Quinto Informe de Evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Clima tico» [Stocker, T. F., D. Qin, G.-K. Plattner, M. Tignor, S. K. Allen, J. Boschung, A. Nauels, Y. Xia, V. Bex y P.M. Midgley (eds.)]. Cambridge University Press, Cambridge, Reino Unido y Nueva York, NY, Estados Unidos de América. Resumen para responsables de políticas.

24 Genta, J. L. (23-03-2016). Mundo líquido, Día Internacional del Agua: riqueza, responsabilidad y desafíos. *La Diaria*, Montevideo.

25 Gautreau, P. (2014). *Forestación, territorio y ambiente. 25 años de silvicultura transnacional en Uruguay, Brasil y Argentina.* Trilce: Montevideo.

26 Genta, J. L. (julio de 2020). «El desarrollo y la inversión en infraestructura de transporte», http://www.cuencariouruguay.org/assets/files/Serie-DocdeTrabajoNr211.pdf

27 Terrazas Salinas, R. (octubre de 2015). «Las hidrovías Sudamericanas», CAF.

28 Rubio, Enrique, ob., cit.

29 La gráfica se puede encontrar también en el Resumen Ejecutivo en internet.

30 Roberts, M. (06-05-2017). «La participación del trabajo en la renta nacional», internet. Sostiene que en 2017 las opiniones de economistas y organismos internacionales eran coincidentes en cuanto a la caída de la participación de los trabajadores en el ingreso nacional desde el comienzo de los años 80.

31 Kharas, H. (febrero 2017). «The unprecedented expansion of the global middle class. An update. Global economy & development», working paper 100, Brookings Institution, EEUU.

32 Versión en internet: *La globalización y sus nuevos malestares.*

33 *La Diaria* (10-02-2021), Montevideo.

34 *La Diaria* (25-03-2021), Montevideo.

35 https://www.msf.es/actualidad/union-europea/ue-tienes-una-oportunidad-unica-darle-la-vuelta-la-escasez-global-dosis

36 Carchedi, G. (16-01-2017). El agotamiento de la fase histórica actual del capitalismo. *Sin Permiso,* internet.

37 De acuerdo con CEPAL 2018: «los datos tienen características propias y los efectos de su utilización no son similares: son reproducibles y de uso no rival, tienen costos marginales y de transporte cercanos a cero, tienen rendimientos crecientes a escala (a más información, más precisión de los algoritmos predictivos y de aprendizaje) e involucran aspectos de privacidad y seguridad. En este sentido, parecería que no hay un claro entendimiento del "poder" de los datos, ni por parte de los consumidores […], ni por parte de muchas empresas que no gestionan eficaz y eficientemente la información que poseen ni por parte de los gobiernos que son sorprendidos por nuevos modelos de negocios que desafían las normas existentes» (p. 17).

38 De acuerdo con CEPAL 2018, en *Datos, algoritmos y políticas: la redefinición del mundo digital*, hay muy diferentes tipos de plataformas: mercados digitales (Amazon, eBay, Alibaba, Mercado Libre, Google Play, Apple Store, Airbnb, Uber, etc.), medios sociales y contenidos (Youtube; Facebook, Instagram, Twitter, etc.), motores de búsqueda (Google, Bing, Yahoo, Booking, Trivago, Youtube, AOL), publicidad digital, financiamiento, gestión del talento (Linkedin), servicios móviles (Android, iOS), industriales, participación y servicios abiertos (ciudades inteligentes, etc.).

39 Anderson, P. (2016). Versión española, p. 96-97.

40 En p. 86-87, versión original, internet. Hemos traducido libremente estas citas de Anderson.

41 En *Conversaciones*, particularmente importantes los textos finales: la entrevista que le realizara Toni Negri, que aparece titulada *Control y Devenir* (Futur antérieur, n. 1, primavera de 1990); y el texto *Post-scriptum sobre las sociedades de control* (L'Autre Journal, n. 1, mayo de 1990).

42 Sobre las reflexiones de Deleuze ha llamado la atención Timothy Lenoir (2015) Neurofuturos para sociedades de controle. *Duke University*, Cuadernos IHU ideas, n. 221 (versión en portugués de los jesuitas brasileños).

43 Sobre las reflexiones de Deleuze ha llamado la atención Timothy Lenoir (2015) Neurofuturos para sociedades de controle. *Duke University*, Cuadernos IHU ideas, n. 221 (versión en portugués de los jesuitas brasileños).

44 Castells, M. (2000). «La orilla de la eternidad: el tiempo atemporal» en *La era de la información: economía, sociedad y cultura.* España: Alianza Editorial.

45 Rubio, E. (1999). *La Izquierda del Futuro.* Montevideo: Biblioteca de Marcha.

45 Prost, A. y Vicent, G. (1991). *La vida privada en el siglo xx* (Tomo 9 de la *Historia de la vida privada*). Buenos Aires: Taurus. Barrán, J. P., Caetano, G. y Porzecanski, T. (dir.). (1996). *Historias de la vida privada en el Uruguay.* Montevideo: Ediciones Santillana.

46 Rawls, J. (1986). *Justicia como equidad. Materiales para una teoría de la justicia.* Madrid: Tecnos. Manejábamos su versión.

47 Parijs, P. (1992). *¿Qué es una sociedad justa? Introducción a la práctica de la filosofía política.* Buenos Aires: Nueva Visión.

48 Mansilla, R. (06-06-2017). «Las redes, el hipercontrol y las técnicas de manipulación política», ponencia sobre los *big data* en el Frente Amplio (https://youtu.be/OYv56Dmo4_c). HILBERT, M. (19-01-2017). «Obama y Trump usaron el Big Data para lavar cerebros», reportaje de Daniel Hopenhayn, internet.

49 Stokes, D. E. (2005), *O cuaddrante de Pasteur. A ciência básica e a inovaçâo tecnológica.* Brasil: Editora Unicamp. Gibbons, Michael, Limoges, Camille, Novotny, Helga, Schwartzman, Simon, Scott, Peter y Trow, Martin (1997). *La nueva producción del conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas.* Barcelona: Pomares-Corredor.

50 Rubio, E. y Pereira, M. (1994). *Utopía y Estrategia. Democracia y Socialismo.* Montevideo: Trilce.

51 Rodríguez, J. (17-12-99). comentario privado al libro *La Izquierda del Futuro.*

52 Capítulo sobre «Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas».

53 Rubio, E. *La Izquierda del Futuro,* ob. cit.

54 Rubio, E. (1999). ibíd.

55 Bauman, Z. (07-11-2016), internet.

56 Streeck, W. Los ciudadanos como clientes. consideraciones sobre la nueva política de consumo. *New Left Review*, internet.

57 Rosanvallon, P. (mayo-junio 2017). La democracia del siglo XXI. *Nueva Sociedad*, Venezuela.

58 Macpherson, C. B. (1970). *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke.* Barcelona: Fontanella.

59 *La Nación* (26-04-2015), Argentina.

60 Una versión de divulgación en la charla en Chile en 2014: «Comunicación y poder en la sociedad red», disponible en internet.

61 *Perfil* (09-08-2015). Revista Ñ, 19-09-2015, *Clarín*: Buenos Aires.

62 Wallerstein, I. (2003). The Decline of American Power. *The New Press*, Canadá. Capítulo 12: «The Movements: what does it mean to be antisystemic movement today?».

63 El futuro después del COVID-19, 2021, Argentina Unida, Buenos Aires, Rita Laura Segato «Coronavirus: Todos somos mortales. Del significante vacío a la naturaleza abierta de la historia».

64 Ibíd. Una de las posibles derivas.

65 Kozul-Wright, R. (2021) son las que destaca en «Un nuevo pacto verde global para una recuperación sostenible y un futuro resiliente Resumen de los "Informes sobre el Comercio y Desarrollo 2019-2020"», de UNCTAD actualizados a la situación Covid-19.

Setiembre, 2021. Depósito Legal Nº 379.929
w w w . t r a d i n c o . c o m . u y